

BERTA MIR DETECTIVE

El caso del asesino invisible

Jordi Sierra i Fabra



Las Tres Edades Serie Negra

Siruela

BERTA MIR DETECTIVE

**EL CASO DEL
ASESINO INVISIBLE**

La quinta y última novela de Berta Mir

JORDI SIERRA I FABRA

 **Siruela**

Las Tres Edades Serie Negra

Créditos

Edición en formato digital: junio de 2014

En cubierta: ilustración de © Raj Kuter

© Jordi Sierra i Fabra, 2014

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-93-2

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

EL CASO DEL ASESINO INVISIBLE

Más que detener mi castigada moto en el aparcamiento situado frente al hospital, lo que hice fue frenar con la rueda delantera golpeando el bordillo, calarla a causa de los nervios y casi caerme por las prisas.

Por lo menos, guardé el casco bajo el asiento y le puse la cadena.

Castigada o no, vieja o no, me gustaba.

Luego eché a correr.

A correr pasando por entre un par de unidades móviles de la tele y varios coches de policía que parecían hacer guardia al pie del centro médico.

La mujer de recepción, habituada a que las visitas de urgencias se abalanzaran sobre el mostrador con caras de susto y preocupación como la mía, no perdió la compostura. Resistió el acoso de mi impaciencia y acabó de hablar por teléfono mirándome con aire de aviso: «Espera a que termine, chica».

Esperé.

Colgó.

—¿El señor Alfredo Sanllehí, por favor?

—¿Ha ingresado hoy?

—Es el policía herido —me costó decirlo.

Con eso no buscó en ninguna lista ni miró su ordenador. El nombre era uno más. «El policía herido» únicamente uno.

—UVI. —Señaló con un dedo hacia el cielo—. Última planta. Los ascensores...

Ya no la oí. Volví a correr. Los ascensores estaban a la izquierda. Había cuatro pero el que abordé tardó una eternidad en llegar, otra eternidad en vaciarse, camilla incluida, y una eternidad más en llenarse con la gente que esperaba. Gente de caras serias.

En el hospital sólo sonreían los que salían curados o los que acababan de oír palabras mágicas como «es benigno», «no es nada» o «está bien».

Paramos en todos los pisos, así que para cuando alcancé la última planta ya no podía más. Otra carrera y llegué a una especie de centro de enfermeras, circular, con dos de ellas sentadas y otras dos de pie. Las habitaciones de cuidados intensivos se extendían a ambos lados de su puesto de guardia, tanto por delante como por detrás. Desde allí, desde su estratégico punto neurálgico, lo controlaban todo.

La vida de los pacientes que dependían de ellas, de su vigilancia, de su rapidez en caso de un fallo vital.

—¿Alfredo Sanllehí?

La enfermera, unos cincuenta años, rostro grave, hermosa y de mirada noble, hundió sus ojos en mí.

—¿Es familiar?

—No, pero...

—Lo siento.

—Dígame al menos cómo está, por favor.

En lugar de contestarme, vi que desplazaba los ojos hacia mi espalda, como si allí hubiera alguien.

Lo había.

Me volví y me encontré con una mujer de unos veintiocho o veintinueve años, muy atractiva. Se parecía a Alfredo. Instintivamente recordé haberla visto en alguna parte, no hacía mucho, quizás unas semanas, o meses. Su rostro estaba sereno, pero los ojos delataban el enrojecimiento provocado por unas lágrimas recientes. La piel era blanca, pálida como las batas de las enfermeras que nos rodeaban.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Me llamo Berta Mir.

—¿La detective? —Esbozó una sonrisa cariñosa.

—Sí.

—Soy Blanca, la hermana de Alfredo. —Se acercó a mí y me dio dos besos en las mejillas.

—¿Cómo está?

—Ven.

Me cogió de la mano y me condujo durante unos pocos metros, hasta una sala de espera vacía en la que había varias sillas y una mesa con revistas. Fue la primera en sentarse. Yo lo hice a su lado, pero con el cuerpo vuelto hacia ella, más y más impaciente.

—Celebro conocerte —volvió a hablar.

—No me imaginaba que Alfredo hablase de mí.

—Lo hace.

—Para quejarse.

—No. —Reapareció aquella sonrisa dulce—. Y ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Te pareces mucho a Yolanda, y no sólo en lo físico. Al menos por lo que me ha contado de ti.

De pronto recordé cuándo y cómo la había visto.

Un día, viendo pasar a Alfredo Sanllehí en coche, riendo.

Ella era la mujer que lo acompañaba.

La mujer que pensé que era su novia.

—No me has dicho cómo está —insistí.

—Estable.

—Y eso ¿qué significa?

—Que es joven y fuerte, además parece fuera de peligro, pero hay que esperar al menos unas horas, veinticuatro, cuarenta y ocho... Nunca se sabe. Los médicos siempre son prudentes. Si no hay complicaciones...

—Dios...

Me vine abajo. Todos los nervios, la angustia, el desasosiego, afloraron en mí como si, de pronto, exudara los miedos y las angustias de los últimos minutos.

—¿Cómo lo has sabido? —Blanca puso una mano encima de las mías y las presionó con

cariño.

—De casualidad, por la radio, aunque no han dicho mucho salvo que fue anoche. — Intenté no temblar—. ¿Se sabe quién ha sido?

—No, sólo que un hombre le ha disparado por la espalda dos veces.

—Pero alguna idea tendrán sus compañeros...

—Ninguna. Ya están investigando. Es todo lo que me han dicho.

La mano de Blanca Sanllehí continuaba presionando las mías. Era una mano hermosa, suave. No llevaba ningún anillo. Tampoco joyas visibles, ni pendientes ni un collar alrededor del cuello. Nada. Lo único, un discreto reloj de pulsera. Y pese a todo, era elegante, destilaba personalidad. Sin maquillaje, su belleza era muy natural.

—Se alegrará de que hayas venido —me dijo.

—Me parece asombroso que te haya hablado de mí. —Mantuve mi sorpresa.

—Te aprecia. —Ahora sonrió un poco más—. Dice que estás loca pero te aprecia, y, sobre todo, valora tu valentía. Sé que tienes un padre impedido y que tú te has hecho cargo de su agencia de detectives fingiendo ser él.

—No lo digas en plural. Antes era él solo, y ahora soy yo sola.

—Alfredo dice que eres buena, que tienes intuición, pero que te metes en muchos problemas.

—Y eso que no se lo cuento. —La que sonrió ahora fui yo.

Nos quedamos mirando una a la otra, súbitamente amigas.

Dejamos transcurrir unos segundos. Yo los necesitaba para acabar de serenarme. El caos de mi cabeza fue cayendo como una fina lluvia capaz de empapar mis sentidos, mantenerlos vivos, pero ya no enloquecidos.

—Es curioso. —Suspiré.

—¿Qué es curioso?

—Ni siquiera sabía que tuviera familia.

—La tiene, como todo el mundo.

—Para mí era el hombre misterioso. Tan inspector, tan elegante, tan serio casi siempre... —Me di cuenta de que parecía hablar de otra persona, no de Alfredo—. Me ayudó hace casi un año cuando atentaron contra mi padre y nos hemos visto varias veces, siempre con casos policíacos de por medio. Yo... yo creía que me consideraba una plasta.

—No.

—Pues vaya —suspiré.

Quería preguntarle quién era aquella Yolanda a la que me parecía.

Me mordí la lengua.

—¿Puedo verle?

—¿Quieres?

—Sí, por favor.

—No es una imagen agradable, por los tubos y toda esa parafernalia hospitalaria.

—No me importa.

La última mirada. La última presión sobre mis manos.

–De acuerdo, ven conmigo. –Se incorporó la primera.

Salimos de la sala de espera y enfilamos el pasillo. La habitación en la que estaba Alfredo era la última, y quedaba fuera del alcance visual del centro operativo de las enfermeras. Lo comprendí porque en la puerta hacía guardia un policía de uniforme. Miró a Blanca, pero sobre todo me miró a mí.

–Viene conmigo –le informó mi compañera.

El agente no dijo nada.

Cuando entramos en la habitación, lo primero que vi fue la cama y, sobre la cama, a Alfredo.

Su hermana tenía razón. No era una imagen agradable. Ojos cerrados, el cabello revuelto, los tubos de la respiración asistida saliendo de sus fosas nasales, las agujas clavadas en su brazo, las máquinas que controlaban su ritmo cardíaco, la presión...

Dos personas se incorporaron de sus respectivas sillas al otro lado de la cama. Un hombre y una mujer, mayores ambos, como de sesenta años.

Intenté no quedarme colgada de aquella imagen tan deprimente. Mi amigo debatiéndose entre la vida y la muerte.

–Mamá, papá –dijo Blanca–. Ella es Berta. –Y agregó–: Berta Mir, la chica detective.

Tuve que hacer un esfuerzo para dejar de mirar a Alfredo.

El hombre me tendió la mano. La mujer me dio dos besos y me sonrió mirándome de hito en hito. El resultado de su exploración fue tan curioso como el primero con Blanca.

–Te pareces a Yolanda –manifestó.

Otra vez ella.

No era el momento de hacer preguntas. Volví a centrar mi atención en Alfredo.

Tan distinto.

Recordaba cada momento de nuestra corta y agitada relación. Su decisiva intervención en la resolución del caso de intento de asesinato de papá. Su oportuna aparición cuando me metí en la boca del lobo del traficante de animales exóticos. Nuestro viaje de ida y vuelta a Andorra, sin duda el momento de nuestras vidas en que más tiempo estuvimos juntos y más hablamos. Su ayuda cuando me sacó de la cárcel tras ser detenida en aquella manifestación...

–Las dos balas han salido por delante, y eso ha sido bueno –mencionó Blanca–. La que le ha perforado el pulmón ha hecho daño, pero sin duda la que ha pasado cerca del corazón ha sido la peor. Un centímetro más...

Me estremecí.

–Creía que los asesinos que disparaban por la espalda lo hacían a la cabeza.

Nadie dijo nada. La mujer seguía mirándome. El hombre en cambio observaba a su hijo.

–No quieren que haya más de dos personas aquí –me hizo saber Blanca.

–Claro.

La despedida fue rápida. Emocionada.

La madre de Alfredo hizo algo más que darme otros dos besos: me acarició la mejilla con una enorme ternura y unos ojos cargados de bondad.

Fue cuando caminábamos por el pasillo cuando por fin hice la pregunta:

—¿Quién es Yolanda?

La respuesta me dejó paralizada a pesar de que seguí caminando.

—Era la novia de Alfredo. Iban a casarse. Ella murió hace dos años en un atraco a causa de una bala perdida.

Tener que ir al hospital a causa de la conmoción creada por la noticia del atentado, había alterado todos mis planes. La nueva conmoción, motivada por el descubrimiento de la familia y, sobre todo, del pasado de Alfredo, lo único que hizo fue acelerarme.

No quería pensar. Necesitaba moverme, hacer algo.

Yo me parecía a su antigua novia.

¿Por eso me ayudaba? ¿Por eso era mi ángel guardián a pesar de las broncas que solía echarme por actuar sin una licencia que amparase mi trabajo? ¿Veía en mí a una prolongación de su novia muerta y le caía simpática sólo por eso? ¿O simplemente era un buen tío más que un buen poli?

Con corazón.

Me subí a la moto y, pese al vértigo, cerré los ojos. Temblaba. Quizás él no hubiera querido que yo conociese su secreto.

—Saldrá de está —me dije—. Y volverá a darte la vara, como siempre.

Suspiré de alivio, pero también sintiéndome cómplice de una relación que, finalmente, adquiriría un sentido.

Tuve que reaccionar.

Miré la hora.

Por lo menos no llegaría tarde a mi cita de las dos, y me quedaba tiempo para empezar a trabajar en el caso que había aceptado la tarde anterior.

Los 47.000 euros salvados del fuego en casa de Roman Vitrescu hacía unos meses, justo antes de grabar nuestro disco, me habían permitido ser más exigente con los casos que aceptaba y seleccionar bien qué hacer. ¿La excusa? Decía a los clientes que estábamos a tope, que el señor Mir no podía atender más encargos. Así me evitaba marrones como tener que espiar al personal de una empresa, lo cual me habría obligado a trabajar en una oficina todo el día, o seguir a maridos o esposas. Unos días antes uno me había pedido que siguiera a su amante, para ver si se la pegaba con otro. Un cerdo.

El caso de Fernando Miralles era diferente. Sí, se trataba de una esposa, pero no había que seguirla: había que buscarla.

Desaparecida.

Me dirigí a la primera dirección facilitada por mi cliente, aun sabiendo que si él había fracasado en la búsqueda de su mujer, yo no iba a hacer otra cosa que seguir sus pasos sin mucho más éxito. Cuando una esposa se larga y no quiere ser encontrada, no se la encuentra fácilmente. La pregunta era: ¿por qué se había ido?

Según el marido, eran felices. Estaban enamorados al máximo. Y desde luego, el tipo lo parecía.

Ella...

El piso que compartían las amigas estaba situado en la parte izquierda del Ensanche. Casa grande y vieja, media docena de habitaciones, media docena de chicas compartiendo gastos y vidas.

Todas emigrantes, la mayoría colombianas además de una mexicana y una venezolana.

Pasé junto a la portera, que, cosa rara, no me preguntó adónde iba. Quizás hubiera algún médico o abogado en alguno de los pisos. Cogí el ascensor, muy nuevo y también muy, muy pequeño, encajonado en lo que en otro tiempo debió de ser una simple escalera con su hueco central, y bajé en la cuarta planta, que contando el entresuelo y el principal, era la sexta. La chica que me abrió la puerta llevaba unos shorts recortados, con el forro de los bolsillos asomando por encima de sus muslos, y me mostró unas largas piernas y unos largos brazos más allá de la espantosa camiseta con la que se cubría, de un color fucsia violento y mareante. Su piel era ligeramente cobriza. Los rasgos, con un toque indígena.

—¿Está Gloria? —hice la pregunta absurda porque Gloria era la esposa desaparecida.

—No, no se encuentra —me respondió con su dulce acento, posiblemente tan colombiano como la esposa desaparecida.

—¿A qué hora vuelve? —insistí haciéndome la loca.

—Ella ya no vive acá. Se casó y se fue.

—¿Sabes dónde?

—Tengo las señas de su esposo.

—Vaya. —Me traía la lección de la inocencia aprendida—. ¿Siguen viviendo aquí Cecilia, Catalina, Marcela, Natalia y Carolina?

—No, no, señora. —Recordé que en algunos países tratar de usted no era por respeto, sino por modismo del lenguaje—. Marcela y Carolina se fueron ya. Yo soy Natalia. ¿Para qué buscabas a Gloria? —me tuteó de nuevo.

—Éramos amigas y no sabía nada de ella desde hace... Bueno, la tira.

—Lo siento. —Permaneció en la puerta como si tal cosa.

—¿Alguna de ellas era más amiga que otra?

—Cecilia.

—¿Y dónde la encuentro?

—Acaba de irse. Trabaja en el Pans & Company de Urquinaona.

Primeras pistas, ya sabidas. Pero era el proceso. No dar nada por supuesto ni dejar nada al azar. Yo partía de cero.

—Siento haberte molestado.

—Para nada. —Envolvió las dos palabras con un canto dulce—. Que tenga un buen día.

Antes de cerrar la puerta sonó un teléfono justo por detrás de ella. No era un móvil. Era un fijo. Natalia aceleró el movimiento y me dejó en el rellano.

Sólo por deformación profesional, pegué el oído a la madera y cerré los ojos concentrándome.

Oí su voz. Con un tono diferente. Meloso.

—¿Sí? —Una pausa pequeña—. Hola, mi amor, ¡qué bueno! ¡Cuántos días sin llamarme! —Segunda pausa—. Uy, pero qué malo eres, cachorrín mío... Mira, me encuentras saliendo de la ducha, desnuda, desnudita y chorreando agua... —Tercera pausa—. Sí, me caen gotitas, claro. —Cuarta pausa—. ¿Ya quieres que me lo toque? ¿No quieres hablar un poquito antes? A mí me apetece, ya lo sabes. —Quinta pausa—. ¿Y qué importa que el

contador corra si estás conmigo? ¿Acaso no lo valgo? Oh..., mira, mi tigre, ya me estoy excitando con sólo oírte... ¿Dónde tienes las manos tú?

Me aparté de la puerta antes de saber dónde tenía las manos él. Sexo por teléfono. Interesante.

Al menos la tal Natalia era joven. Siempre me había imaginado que los salidos que pagaban por el teléfono erótico hablaban con amas de casa entradas en años y en kilos.

Salí de la casa y me dirigí al Pans & Company de la plaza Urquinaona. Sabía que no podría hablar con Cecilia, la amiga de Gloria Restrepo Mendoza, porque estaría trabajando, en el mostrador o en la cocina, pero al menos la localizaría, vería su aspecto.

No me arrancaba a Alfredo de la cabeza. Su imagen entubada era...

Estuve a punto de pegármela contra el coche que iba por delante de mí y que conducía un tipo con aspecto de ejecutivo agresivo. Frenó en seco y yo lo hice justo a un milímetro de su trasero. Lo miré con irritación. Sólo con rozarlo me habría echado la bronca, seguro. «Niña con moto.» Peligro. El coche era uno de esos que lucen ahora los nuevos pijos, un Audi. Antes preferían los BMW. Y mucho antes, eso según papá, fueron los Mercedes. Lo mismo que las tribus urbanas se identifican por sus rasgos externos más característicos, los nuevos lobos salidos de la crisis lo hacen a través de sus coches.

En el siguiente semáforo pasé por su lado.

Cuarenta. Cabello engominado y brillante. Traje de Armani o similar. Corbata. Rolex que lucía con la mano apoyada en la ventanilla. Anillo de casado. Ni me miró. Si hubiera llevado falda, seguro. Una pierna es una pierna, y con casco, sin que se le vea la cara a la chica, un misterio. Pero conducir con vaqueros le quita emoción.

Por lo menos dejé de pensar en Alfredo.

Llegué al Pans & Company y entré en el local tras asegurar la moto, que no por aparcar sólo dos minutos iba a estar a salvo. Cecilia no trabajaba en la cocina, sino en el mostrador. La reconocí primero por sus rasgos, tan latinoamericanos como los de Natalia, y segundo porque llevaba una plaquita con su nombre impreso.

Era guapa, veintipocos, de rostro exuberante, labios gruesos, cabello muy negro y abundante recogido por detrás, cejas espesas, ojos turbios.

No quise preguntarle directamente.

Preferí al chico que barría el local.

—¿A qué hora sale Cecilia del trabajo? —le susurré de espaldas a ella.

—A las once —dijo mirándome con sorpresa.

—¿De la noche?

—Claro.

Un buen y largo turno.

—Gracias, Daniel. —También leí su placa.

—No hay de qué.

De nuevo sentada en la moto saqué mi bloc de notas y estudié mi tercera pista: el lugar en el que trabajaba la esposa desaparecida, aunque según su marido llevaba muy poco tiempo en él.

Justo al otro lado del mundo, en Hospitalet.

No me daba tiempo a ir y volver para atender a mi cita de la una. Más aún, la cita era muy cerca, a menos de cien o doscientos metros, en el bar situado junto a Radio Barcelona, en la calle Caspe.

Prefería que me sobraran quince minutos a llegar cinco tarde.

Así que me fui a mi encuentro con Hortensia Soldevila Moragues, a la que sólo conocía después de haber hablado por teléfono y tras aceptar ella las condiciones en las que trabajaba el honorable señor detective Cristóbal Mir.

Me había dado la impresión de ser una mujer muy asustada.

Mi clienta era alta, guapa y desprendía un cierto toque de clase. No tanto por la ropa o lo que llevaba encima, apenas dos pulseras, el reloj y los pendientes, sino por el estilo, la forma de caminar, moverse o sentarse. Le calculé unos veinticuatro o veinticinco años. Labios delgados, ojos grandes, cabello corto, cuello de cisne, hoyuelo en la barbilla, nariz perfecta. Nada más ocupar una silla enfrente de la mía, en la terraza exterior, aprovechando el soleado día previo a la primavera, y tras darnos la mano, me hizo la primera y más pertinente pregunta.

—¿Es usual el método del señor Mir?

—No, pero es el suyo —me limité a responder con la confianza y naturalidad que da el hecho de no necesitar ya el dinero de manera imperiosa—. Garantiza total seguridad y discreción, sólo eso. Si tiene dudas...

—No, no. Supongo que lo importante son los resultados.

—Eso se lo aseguro.

—¿Lleva él personalmente todos los casos?

—Sí, aunque tiene dos ayudantes.

—¿Tú lo eres? —me tuteó.

—Sí. —Mantuve la distancia—. Hay casos en los que es muy útil ser joven. Puedo introducirme en círculos en los que él cantaría como una almeja.

—Puede que este lo sea. —Bajó la cabeza y su voz flaqueó por primera vez.

—¿De qué se trata?

No pudo decir nada porque apareció el camarero. Yo ya tenía mi refresco en la mesa. Ella pidió un café, así que deduje que, o le daba mucho a la cafeína o acababa de comer temprano. Pensar en ello hizo que mi estómago rugiera, aunque por lo general lo abasteciera en torno a las tres de la tarde y todavía faltaba mucho para eso.

Volvimos a quedarnos solas.

—No sé por dónde empezar —admitió soltando una bocanada de aire.

—¿Por el comienzo?

—Sí, supongo que sí. —Tenía las manos apoyadas sobre la mesa y se miró las uñas. Largas, cuidadas, pintadas de rojo.

Yo decidí esperar.

—Tuve novio, ¿sabes?

Otro silencio.

Sus ojos se perdieron en algún lugar de sí misma, muy, muy adentro de su ser.

—Me alegro de contar esto a una mujer —dijo—. No había pensado en ello hasta ahora.

—Un detective suele ser algo así como un ser neutro, como los médicos.

—Supongo. Aun así... —Hizo un gesto de desagrado con los labios y miró en dirección a la puerta por la que debía de aparecer el camarero con su café—. Estaba muy colada. Mucho. Era... como viajar en una montaña rusa alta, muy alta. Y yo estaba arriba del todo, con él. Una sensación poderosa, embriagadora, casi como una droga. Me sentía

fuerte, libre, capaz de todo.

–El amor suele ser así –comenté como si fuera una experta.

–Un día él me grabó desnuda, mientras dormía. –Hizo una mueca cansina, no precisamente feliz–. Cuando lo vi... Cuando me vi, me gustó. Era un contraluz precioso, y mi cuerpo parecía... Bueno, no sé, el de una actriz o algo así. Tan sensual, tan puro y brillante. –Se mojó los labios con saliva, como si se le hubieran resecado de pronto–. De ahí a tomarnos vídeos eróticos –medió un suspiro.

–¿Los grababa él?

–Unas veces sí, conmigo sola. Otros nos filmaba a los dos moviendo la cámara... En fin, no hace falta entrar en detalles, ¿verdad? También solía dejarla en un trípode, fija.

–¿Cámara profesional o una casera?

–Casera, de esas digitales que todo el mundo tiene y luego fotos y películas se pasan al ordenador. A veces también lo hacía con el móvil, si nos daba por hacerlo en algún lugar... diferente.

–De acuerdo.

–No sé cuántas películas hizo. Decenas. Las veíamos juntos y eso todavía nos excitaba más. Él proponía poses, escenas, situaciones... La mayor de las fantasías.

No me gustaban mucho los casos con imágenes de por medio. El del chantajista pelirrojo había empezado igual. Estaba escamada.

–Imagino que esas películas las guardó él –quise ayudarla a seguir.

–Sí.

–¿Cuánto duró esa relación?

–Varios meses. Yo... ni siquiera podía pensar. No había un antes, ni había un después. Únicamente era el presente, él, mi vida entera. Vivía en medio de una alucinación perpetua. Viéndolo en perspectiva creo que no era yo, que me volví loca. Jamás me hubiera imaginado así, tan estúpidamente enamorada.

–¿Quién cortó?

–¿Importa eso? –Su nuevo gesto fue de dolor–. Tal y como había empezado todo, también terminó. Un día nos miramos en la cama y lo comprendimos. Nos habíamos abrasado en un tiempo récord, quemándonos en las mismas semanas que otros destinarían toda una vida. Fue... igual que abrir los ojos, despertar de golpe de un sueño irreal. De pronto también me di cuenta de lo que yo era en realidad: su compañera de juegos. Me amaba en la misma proporción en que me sometía a él. Me quería siempre y cuando estuviese a su altura y le siguiese en todo. Pero se apagó el fuego, murió la llama, y con ello desapareció el amor.

–El amor siempre es extraño –se me ocurrió decir, como si fuera una experta.

–Ahora creo que todo fue sexo, deseo, y por mi parte estupidez y sumisión. Estaba ciega. Lo estuve. Y créeme: despertar de algo así y verte como en realidad eres, como una idiota, es muy duro y amargo. Lo peor... –Hizo un esfuerzo para no llorar y cerró ambas manos.

Las convirtió en sendos puños.

El camarero apareció en ese instante con su café. Se lo dejó en la mesa, colocó la

cuenta en un platito, junto a la mía, y se marchó sin mirarnos demasiado.

Hortensia Soldevila cogió la taza sin ponerle azúcar y bebió un sorbo.

Volvió a dejarla en la mesa.

—Cuando lo dejamos, él mostró su verdadera cara, la de maltratador y machista. Yo creía que era virilidad, pero no. Le dije que se había terminado...

—¿Fue usted? —la interrumpí.

—¿La que dio el paso? Sí, fui yo. Él se quitó entonces la careta, se mostró arrogante, se situó en un plano superior. Me dijo que se sentía herido y traicionado, que gracias a él yo había dado el salto a la madurez. Me dijo que me había forjado, creado, y que ahora otro se aprovecharía. Me dijo que había cogido a una chica inexperta y la había convertido en una mujer.

Empecé a odiar a su ex.

—¿Y los vídeos?

—Se los pedí, claro, pero me dijo que ni hablar, que eran su pago, por servicios prestados, y que al menos le servirían para no olvidarme y disfrutarlos cada noche.

Empecé a temerme lo peor: que ya estuvieran en internet, en cuyo caso era imposible que yo pudiera hacer nada.

¿Por qué a todas las parejas les daba por grabarse y luego la parte perjudicada, casi siempre la mujer, sufría las consecuencias? ¿Por qué tantas adolescentes se plegaban a los deseos sexuales de los depredadores de la red? ¿Por qué todo eran arrebatos primero y lágrimas después?

—No pude hacer nada. —Se encogió de hombros—. Los primeros meses los pasé con mucho miedo, temiendo... qué se yo, que se los mandara a mis amigos, a mis padres, o que hiciera con todos ellos una película porno casera. —Se estremeció—. Finalmente me tranquilicé, me relajé, y acabé pensando que no iba a suceder nada.

—Pero ha sucedido.

—Sí.

—¿Chantaje? ¿Internet?

Hortensia Soldevila movió la cabeza de lado, sin afirmar ni negar.

—La última vez que vi a Mateo fue hace un año. En este tiempo mi vida ha sido discreta, llena de culpas y miedos que me ha costado mucho, si no superar, sí llegar a dominar. Me he llegado a sentir... bloqueada, incapaz de exteriorizar mis emociones. Sinceramente, y puedo decírtelo porque eres mujer, creía que jamás podría volver a hacer el amor. Incluso a enamorarme. Lo veía casi imposible.

—Y no ha sido así —empecé a comprender.

—No —admitió mientras reaparecía algo parecido a una sonrisa en sus labios—. Hace un mes conocí a alguien, y ese alguien ha iluminado mi vida de nuevo. Es... simplemente maravilloso. —La sonrisa se torció—. Lo malo es que cometí el error de decirle que nunca había tenido novio antes.

—¿Por qué le mintió?

—No lo sé.

—¿Es puritano o algo así?

–¡No lo sé! ¡Me salió del alma! ¡Me enamoré de él y quería que me viera... pura, virginal, inocente!

¿Quién es puro, virginal e inocente a los veinticuatro o veinticinco años en el mundo de hoy?

Empecé a pensar que Hortensia Soldevila era una soñadora.

El mundo perfecto.

–¿Le dijo que era virgen? –No pude creerlo.

–Le dije que había tenido un par de relaciones, nada importantes ni duraderas.

–¿La creyó?

–¿Por qué no iba a creerme?

–Así que ahora le preocupan esos vídeos.

–Es algo más que eso. –Volvió a coger la taza de café para darle un segundo sorbo–. Mateo ha reaparecido.

–¿Su ex?

–Me vio con él y me llamó, celoso, casi enloquecido. Yo ni siquiera sabía que había estado espíandome todos estos meses. Me preguntó si amaba a Carlos.

–¿Carlos?

–Carlos Andreu, mi novio.

–¿El apellido de Mateo?

–Miró.

–De acuerdo.

–Me preguntó eso y entonces me salió con que seguía enamorado de mí, que no me había olvidado, que cada noche veía nuestras películas una y otra vez... –Tragó saliva–. Luego me dijo que o volvía con él, al menos para grabar más cosas, o las colgaría en internet.

Finalmente, internet. La Gran Caja de Pandora.

Llegaba la pregunta del millón.

–¿Qué quiere que haga yo? Bueno, el señor Mir.

–Que le robe el móvil a Mateo y borre el disco duro de su ordenador.

–¿Qué?

–¡Pagaré lo que sea!

–No se trata de pagar. Lo que pide es un delito, y doble. Robar un móvil primero, luego allanamiento de morada y sabotear el ordenador de una persona.

–¡No es una persona, es una bestia!

Los clientes de las dos mesas más cercanas se volvieron para mirarnos. Tuve que acabarme mi refresco para resistir el sofoco. Mi clienta se acabó el café.

–Por favor... –suplicó.

–¿Ha ido a otras agencias?

–No.

–La verdad.

Se hundió un poco sobre sí misma.

–Sí –admitió.

–Y no han querido el caso.
–No.
–¿Qué le han sugerido?
–Que vaya a la policía.
–¿Por qué no lo hace?
–Porque a Mateo le basta un minuto para colgarlo todo en YouTube, y aunque lo quiten de inmediato, el daño ya estará hecho. Y lo mismo si decide enviarlo a mis padres o amigos. –Se me quedó mirando hasta que se hundió y rompió a llorar ahogadamente. Me mantuve en mi lugar. Era mi clienta, no mi amiga.
–¿Quiere caminar?
–No –gimió–. Estoy... desesperada.
–Lo entiendo.
–¿Por qué no lo intentáis? –Apretó sus manos una contra otra hasta blanquearlas–. Por lo menos eso. Si no puede ser, no puede ser, pero al menos... Tengo dinero. Mi abuela murió y me dejó su herencia. Sólo quiero vivir en paz, y borrar ese maldito pasado.
¿Cómo decirle que los pasados no se borran nunca, hubiera o no el testimonio de unas grabaciones?
–¿Mateo Miró vive solo?
–Creo que sí.
–¿Lo cree?
–Hace un año que no sé de él.
–¿Hábitos?
–Quitarle el móvil no creo que sea difícil. Un tropezón con él en la calle, o fingir que te liga... Y lo mismo que el móvil, las llaves del piso. –Me miró fijamente–. Tú eres guapa y muy joven. Picaría seguro.
–No es tan fácil.
–Lo sé.
Me di cuenta de que, más que pensar en ella y ayudarla, pensaba en fastidiar al capullo de su ex.
–¿Sabes que te cobraremos por el tiempo que dediquemos a ello, sin importar los resultados?
–Me parece justo –susurró llena de esperanza abriendo los ojos.
Volví a pensármelo.
Capullo o no, era peligroso.
Demasiado.
–¿Qué edad tiene?
–Veintinueve.
No era precisamente un crío.
Veintinueve, soltero, depredador... Un maldito idiota que sin duda se merecía el palo.
«Demasiado riesgo», me anunció mi voz interior.
–De acuerdo –dijo la exterior.
–¡Oh, Dios... gracias! –se emocionó ella llevándose ambas manos al rostro para unir las

por debajo de la nariz.

–Déme un teléfono de contacto y sus señas.

–¿Te quedó grabado el número de mi móvil cuando te llamé ayer?

–Sí.

–Pues es ése.

–Sus señas y las de él.

Me las dio, atemperando sus nervios, como si acabase de salvarle la vida en lugar de decirle que lo intentaría. Por lo demás, no sabía nada de lo que pudiera hacer en la actualidad Mateo Miró. Nada. Como si fuera un completo desconocido. Lugar de trabajo, ninguno. Su ex se lo montaba en casa, en plan informático, al menos cuando eran novios. Para haber salido con él varios meses, y aunque hubiera pasado un año, sabía muy poco del hombre por el que había enloquecido.

Quedaba el tema económico.

–Solemos pedir un adelanto.

–No hay problema –dijo más calmada.

¿Le pedía mil?

–Quinientos euros.

–¿Me acompañas a un cajero?

–Sí.

Fue la primera en ponerse en pie. También pagó ella, las dos consumiciones. Dejó diez euros sin mirar las notas y sin esperar el cambio. Cuando se puso a caminar, sus altos tacones repiquetearon nerviosos sobre la acera.

–Allí creo que hay uno. –Señaló calle Caspe arriba, en dirección a Pau Claris.

–No llevo nada encima para hacerle un recibo.

–No importa, ya me lo darás. –Le echó un vistazo a su reloj.

La observé de reojo.

Papá siempre decía que el detective ha de confiar en el cliente, porque de lo contrario, la relación no prospera. Igual que un médico con su paciente.

También decía que los clientes solían mentir. O al menos no contarle todo. Para protegerse.

Instintivamente me pregunté de qué más podría querer protegerse Hortensia Soldevila Moragues.

Me disponía a poner en marcha la moto cuando pasó un coche de la policía a toda velocidad y con la sirena ululando a plena potencia. Me quedé clavada en el asiento.

Porque de pronto volví a pensar en Alfredo.

Inconsciente, con sus dos heridas de bala, vivo de milagro mientras el mundo seguía moviéndose a su alrededor.

Me sentí súbitamente agotada.

En el fondo, era el trabajo lo que me mantenía en pie. Seguir y seguir. Sabía que si me detenía, me alcanzaría el tanque del miedo, la opresión que me devolvía a la adolescencia y su vulnerabilidad. Una novia muerta, yo pareciéndome a ella físicamente. Increíble. Y les había hablado a sus padres y a su hermana de mí, de la loca que jugaba a ser detective.

¿Quién habría querido matarle, y por qué? ¿Una venganza? ¿Para que dejara de meter las narices en algo que tuviera entre manos? Y si no lo habían conseguido... ¿volverían a intentarlo?

La mera idea me hizo temblar.

—Berta... —me previne a mí misma.

Tenía el caso de Gloria Restrepo Mendoza, la joven colombiana desaparecida, y ahora el de Hortensia Soldevila Moragues, víctima del chantaje emocional de su ex. En ambos casos, detrás de ellas, dos hombres: Fernando Miralles, el marido tal vez abandonado, y Mateo Miró, el novio que grababa sus escarceos amorosos.

El caso de Gloria Restrepo olía a escapada, abandono del hogar conyugal, después de conseguida la nacionalidad española gracias a su matrimonio.

El de Hortensia Soldevila era distinto.

¿Me había conmovido la desesperación de mi cliente o el hecho de sentir furia por aquel y todos los machistas como Mateo Miró?

Todavía no arranqué la moto.

Me fijé en los apellidos: Soldevila Moragues. Una campanita empezó a repiquetear en mi cabeza.

Luego en la dirección que acababa de darme.

Sarrià-Pedralbes.

Donde no vivían precisamente los obreros.

Dinero.

¿Cómo caía una chica de más que posible buena familia en el morbo de las películas eróticas caseras?

O ella era una inocente, o el tal Mateo Miró un buen seguidor.

—Está visto que llueve sobre mojado en todas partes —volví a hablarme en voz alta.

Y además, acudía a un detective.

Ir a ver el lugar en el que trabajaba Gloria Restrepo, en Hospitalet, sabiendo que me dirían lo que ya sabía, que no la veían desde su desaparición y que llevaba muy poco con

ellos, me desalentó de nuevo.

Mateo Miró en cambio vivía más cerca, en Sants, no muy lejos de la plaza de España.

Podía echar un vistazo, hacerme una idea de cómo estaba la cosa, y después comer algo a mi hora.

Me fui a Sants.

Lo bueno del barrio era que se mantenía todavía como un pueblo adosado a Barcelona más que como un barrio con identidad propia. Había casas sencillas, humildes, y algunas muy bajas, de dos plantas, como la de Mateo Miró. Encima, vivía en el entresuelo. Eso indicaba que tal vez tuviera un patio, un lugar por el que acceder si es que me decidía a convertirme en una allanadora de moradas y destructora de discos duros de ordenador.

Me detuve frente a la puerta indecisa.

¿Llamaba por el morro, a ver qué pasaba?

¿Y qué podía decirle?

Seguí mirando la casa.

¿Como acaba una chica bien de Sarrià-Pedralbes en brazos de un tipo que vivía humildemente en Sants?

No, algo no cuadraba.

Y esa sensación me hizo dar un paso atrás.

Soldevila Moragues. Soldevila Moragues. Soldevila Moragues.

La campanita continuó repiqueteando en mi cabeza.

Luego me armé de valor, di un paso y pulsé el timbre del entresuelo.

Silencio.

Nadie.

Miré arriba y abajo de la calle. Luego a la acera de enfrente. Había una panadería, de las de siempre, de las de toda la vida, antes de que en los supermercados vendieran pan de goma, que no crujía ni aunque lo calentaras en la tostadora.

Crucé la calzada y entré en ella. La única parroquiana salía en ese momento así que me encontré sola frente a la mujer que atendía el mostrador.

Se parecía a mi abuela.

—Perdone, ¿conoce usted a Mateo Miró? Vive ahí enfrente.

—Claro que le conozco, desde que era un crío.

—¿Sabe a qué horas está en casa?

—Pues no, porque por lo general entra y sale mucho, va y viene. ¿Para qué lo buscas?

—Por un recado.

—¿No eres una novia? —Puso cara de mala.

—No.

—Vaya. —La cara de mala se volvió bondadosa—. Pensaba que por fin... —Luego soltó una risa y me hizo un gesto distendido con la mano—. Nada, cosas mías. Este Mateo, siempre tan intelectual y raro...

Las dos palabras me atravesaron.

Intelectual y raro.

Iba a abrir la boca, para estar seguros de que hablábamos de la misma persona, cuando

la panadera señaló la calle.

—Mira, ahí va su madre.

Volví la cabeza. Una mujer mayor, anciana prematura, menuda y cargada con bolsas del supermercado, se disponía a entrar en el edificio en el que yo no había podido entrar.

—¡Gracias! —le dije a la panadera saliendo a la carrera.

Llegué junto a la madre de Mateo Miró cuando ella buscaba las llaves de la puerta de la calle en su bolso. Al detenerme a su lado pegó un respingo y sujetó fuerte el bolso con ambas manos, protectora. Se encontró con mi sonrisa pero eso no la tranquilizó demasiado.

—¿Señora Miró?

Sus ojitos eran tristes. Una pátina de dolor los orlaba igual que una indeleble marca de origen. Le calculé unos sesenta y pocos años, pero por su aspecto la edad física tenía poco que ver con la mental o la anímica. Vestía con sencillez.

La imaginé de «suegra» de Hortensia Soldevila y no pude.

—¿Sí? —Parpadeó.

—Estoy buscando a Mateo.

—No está.

—Ya lo sé. He llamado. ¿Sabe cuándo podría encontrarle?

—Está intentando conseguir trabajo, como siempre. —Su tono fue de infinito cansancio—.

¿Tú quién eres?

—Una amiga.

—Eres muy guapa. —Suavizó su expresión.

—Gracias.

—¿Sois novios?

La panadera había insinuado lo mismo.

—No, no.

—Claro. —La mujer suspiró—. Tan joven... Aunque hoy en día la diferencia de edad no importa tanto, ¿verdad? —continuó sin esperar mi imposible respuesta—. Es un buen chico, ¿sabes? Y muy listo. —Pareció divagar un poco al decir esto y miró sus bolsas—. He de poner esto en la nevera.

—Déjeme que la ayude.

—No, hija, no.

—Sí, por favor.

—¡Ay, gracias!

Ahora sí, sacó la llave y abrió la puerta de la calle. Yo cogí las bolsas, algunas bastante pesadas. La seguí por el diminuto vestíbulo, con la escalera que subía al piso superior a la derecha, y abrió la puerta del piso, hundida en la parte izquierda. Nada más entrar en el piso la campanita volvió a sonar.

Con gritos de alarma.

Mateo Miró vivía con su anciana madre. Mateo Miró vivía en una casa pequeña y más que humilde. Mateo Miró no parecía ser ni de lejos un novio capaz de seducir y enloquecer a Hortensia Soldevila.

La intuición se hizo evidencia al ver su foto.
Porque tenía que ser él.
Cara redonda, ojos tristes como los de su madre pese a la sonrisa de la instantánea, escaso cabello, un nulo atractivo...
—Déjalo en la cocina, hija.
La sala era una especie de mausoleo lleno de retratos de Mateo. Infancia, adolescencia, juventud. Más que ver el progreso de una vida, lo que parecía mostrar era su deterioro. Ni rastro de un padre. Ni rastro de nada que no fuera el de él y su madre.
Puse las bolsa en la cocina.
—¿Han vivido siempre juntos?
—Sí, claro.
Sentí una extraña opresión en el pecho.
Si Hortensia Soldevila mentía, la pregunta era ¿por qué?
¿Qué podía haber en el móvil y el disco duro del ordenador de Mateo Miró para que ella quisiera borrarlo?
—¿Para qué buscabas a Mateo? —preguntó su madre.
—Una amiga se casa y venía a decírselo.
—Todo el mundo se casa. —Suspiró de nuevo—. Y tienen hijos.
Sus palabras me sonaron a abuela imposible.
—¿Puedo ir al servicio antes de irme?
—Sí, claro. —Se asomó al pasillito—. Es esa puerta.
Me metí en el cuarto de baño y cerré la puerta. Luego me miré a mí misma en el espejo situado encima del lavamanos. El mismo espejo en el que se miraba todos los días Mateo Miró.
Tenía un caso que había empezado con una mentira.
Pero el dolor de Hortensia Soldevila me había parecido real.
Muy real.
Observé el lugar. Una vieja bañera, un inodoro sucio, una bata colgada de la percha de detrás de la puerta, los habituales utensilios para el aseo personal.
Cuando abrí de nuevo la puerta, lo hice en silencio.
La madre de Mateo Miró colocaba las cosas en la nevera, paciente. Como mucho disponía de un par de minutos.
Los aproveché.
Abrí dos puertas sin hacer ruido. Una era la de la habitación de la mujer, con una enorme cruz presidiendo el cabecero de la cama y dos imágenes de dos vírgenes a ambos lados. En el tocador, más fotos de su hijo. Evidentemente lo idolatraba. La segunda puerta era la de la habitación de Mateo.
La cama era individual.
Allí nunca había hecho el amor con Hortensia Soldevila.
No vi nada más.
Y lo que no vi, puesto que tampoco estaba en la sala, era justo lo más evidente.
Ningún ordenador.

¿Se manejaba con un portátil que llevaba siempre consigo?
Regresé a la cocina y me encontré con ella en la puerta.
–¿Quieres que le dé yo el recado?
–Dígale que se casa Alicia. Yo soy Laia.
–Será mejor que lo apuntes, porque de aquí a un minuto ya no recordaré los nombres
–lamentó.
–Entonces no importa. Ya localizo yo a Mateo.
–Pero...
–No, en serio. También he de ver a una buena amiga suya.
–¿Amiga?
–Hortensia Soldevila Moragues.
–No me suena.
–Alta, guapa...
Su cara lo dijo todo.
Nunca había visto a su hijo con alguien así.
¿Por qué?
–He de irme. –Le sonreí fingiendo un afecto que no sentía.
Porque, de pronto, aquella mujer, más que ternura, me inspiró desagrado. Lo que se llama «efecto piel».
–Gracias, hija. Dios te lo pague.
No la besé en la mejilla. Ni le di la mano. Llegué a la puerta y mientras ella la cerraba yo crucé el vestíbulo y salí a la calle.
No me dirigí a la moto, aparcada en la esquina. Había visto un bar subiendo. Tenía tres mesas afuera y una estaba libre. Desde ella podía ver perfectamente el portal, situado a unos quince metros de distancia. También se hacía tarde. Quizás lo aprovechara para comer.
Lo peor de todos los casos eran las esperas. Las horas quemadas aguardando algo.
Antes de que el camarero pudiera acercarse para preguntarme qué quería tomar, sonó el móvil.
–¿Sí?
–Soy Sandra. –No esperó a que le respondiera. Se la notaba excitada, con la adrenalina a tope–. ¿Tienes algo que hacer después de comer?
¿Trabajo?
–Pues...
No me dejó seguir.
–¡Ya hay disco!
Comprendí su excitación, porque yo a duras penas pude reprimir la mía.
–¿En serio?
–¡Ha llegado! ¡Ya lo tiene DJ! ¡Esta tarde en su estudio, a las cuatro y media! Vendrás, ¿no?

Tuve ganas de llorar.

Nuestro disco.

La Séptima Cuerda, finalmente, tenía su propio disco, con nuestras propias canciones.

El primer paso verdaderamente profesional, aunque ya habíamos actuado bastante, sobre todo en verano, y teníamos firmadas bastantes galas para la primavera.

La primavera.

Además, ya tendría los diecinueve.

De pronto sentí deseos de echar a correr.

Libre.

Y al diablo Hortensia Soldevila, Mateo Miró... Incluso Fernando Miralles y su esposa colombiana desaparecida.

Los miles de euros guardados en mi habitación no iban a durar siempre, pero podían bastar para jugármela, apostar por mí misma, dejar de trabajar.

Y ¿qué pasaría si me gustaba mi trabajo?

La agencia, suplir a papá...

—¿Qué tomarás?

El camarero también era latino. Y guapo. Sonrisa de dientes perfectos. Me lo quedé mirando un par de segundos antes de decir:

—Algo con burbujas. Un agua mineral. Esto hay que celebrarlo.

No lo pilló, pero mantuvo la sonrisa y desapareció por la puerta del bar.

Seguí oteando la calle, por si aparecía Mateo Miró, mientras mi cabeza le daba vueltas a todo, como si mi mundo, de pronto, fuese una coctelera inmensa.

¿Bastaba un primer disco para que una vida cambiase?

Si tenía éxito, sí. Si de la noche a la mañana nos hacíamos famosos, un tema pegaba, aparecíamos en la tele o acaparábamos la atención de los medios, sí.

¿Cuántos grupos soñaban con lo mismo?

¿Cuántos lo conseguían, tan o más buenos que nosotros?

Después del ramalazo de alegría, me sentí triste, casi con ganas de llorar.

Tantos sueños...

El largo proceso, los ensayos, la hermandad finalmente lograda entre Sandra, Marcos, Lucas, Iván y yo, había labrado un camino que nos había hecho fuertes hasta desembocar en nuestro disco. Autofinanciado y autoproducido, sí, pero nuestro disco al fin y al cabo.

Y muchos decían que lo importante era el camino.

El disco era el final del viaje.

—O un nuevo comienzo —me dije en voz alta.

El camarero volvía a estar allí, con mi agua y su sonrisa. La dejó en la mesa, me lanzó una última mirada y se fue. La cristalera del bar anunciaba que se hacían bocadillos y platos combinados.

Si un día conseguía vivir de la música, dejaría la agencia. Fin.

Pero si no era así...

Si tenían que esperar a un segundo, o un tercer disco...

¿Seguiríamos unidos?

Oí la voz de Alfredo en mi cabeza:

—Estudia, sácate la licencia. Sólo eso. Por lo menos ve de legal. ¿Cuánto puede durarte la excusa de que el detective Cristóbal Mir nunca da la cara y se mantiene en el anonimato para trabajar mejor? ¿Cuánto lo de que tú eres su ayudante? ¿Cuánto tardará un cliente en averiguar que él vive convertido en un vegetal? ¿Y si te metes en un lío y un periodista escribe algo? ¡Sácate la licencia, Berta!

Nuestra agencia era lo seguro. De ella comíamos la abuela y yo. Y gracias a ella papá estaba en casa, no en una clínica. La música siempre sería un albur.

Tantas dudas...

—Pero tenemos nuestro disco. —Me aferré a mi sueño de golpe mientras levantaba el vaso con el agua mineral y brindaba con los invisibles dioses de mi Olimpo particular.

Bebí.

Y las burbujas me picotearon la garganta.

Luego llamé a la abuela y tuve el mismo diálogo de siempre con ella.

—No iré a comer.

—A ver qué te zampas...

—Tranquila.

—Oh, sí, tranquila. Te veo con una de esas hamburguesas de suela de zapato y esas salsas que nadie sabe de qué están hechas.

—Siempre como sano.

—Me gustaría verlo.

—Vale, ¿y papá?

—Igual.

Papá llevaba dos o tres días sin apenas comunicarse conmigo. Su dedo índice sólo trazaba alguna letra perdida, un sí o un no lacónico. A veces parecía irse, otras apagarse, las más...

—Abuela.

—¿Qué?

—Ya tenemos el disco. Esta tarde nos lo dan.

—Bueno.

Aséptica, como siempre.

—¿No te alegras?

—Ya hablaremos.

—Venga, mujer.

—A mí todo esto de la farándula...

—¡Que estamos en el siglo XXI, abuela! ¡Farándula, por Dios!

—Da lo mismo cómo lo llames.

—Si hago de detective, te preocupas. Si canto, crees que me convertiré en carne de

telebasura. ¿Qué quieres, que me haga cajera de un banco?

—Pues mira.

—Si lo sé no te llamo.

—Y por la noche me quito la alpargata.

Siempre que hablaba así me entraban ganas de reír.

Nunca se había quitado la alpargata, sobre todo porque no llevaba. Y jamás me habría puesto la mano encima, lo mismo que papá y mamá.

—Voy a comer, adiós.

No hubo más.

Comí.

Le pedí al camarero de los dientes perfectos un plato combinado y continué con mi vigilia. Si Mateo Miró iba a comer a casa, no podía tardar mucho. Si no llegaba hasta la noche, perdería el tiempo.

Volví a pensar en Hortensia Soldevila Moragues.

La chica bien que vivía en Sarrià-Pedralbes y que me había contratado mintiéndome. De eso ya estaba segura. Mintiéndome a pesar de que su dolor era sincero, y su odio hacia su presunto ex, también.

¿Por qué?

¿Qué secreto escondía Mateo Miró?

¿Por qué había mentido ella?

¿Por qué la apasionada historia de los amantes convertidos en estrellas porno?

¿Por qué quería que hiciera desaparecer todo rastro del móvil y el ordenador de un tipo raro que vivía con su madre en una casa de lo más sencilla?

—¿Y si la historia, por absurda que parezca, es cierta? —volví a hablar sola.

No. Sabía que no.

Saqué mi móvil y entré en internet. Primero, Facebook. Ni rastro de Mateo Miró. Pero Hortensia sí tenía perfil. Y extenso. Su foto era espectacular, radiante. Luego había más fotos, ninguna con un hombre. La más relevante era una en la que se la veía con su hermana pequeña, porque la chica era una adolescente. Decía: «Marga, mi hermana perfecta». Entre los datos que figuraban en su perfil uno me llamó la atención: «Estudio Arte Dramático en la Escuela de Cine de Barcelona».

¿Hortensia Soldevila quería ser actriz?

Después de Facebook, teclee en Google los apellidos «Soldevila Moragues».

Y ahí se hizo la luz.

Sergio Soldevila Pou, industrial, casado con Rosalía, la hija menor de la saga de los Moragues, los grandes empresarios turísticos de Barcelona. La hija mayor del matrimonio se llamaba Rosa, la seguían dos hermanos varones, después Hortensia, otro hermano varón y, la última, era Margarita.

Dejé de buscar en Google y me quedé mirando el móvil. Me bastaba con hacer una llamada y decirle a mi cliente que dejaba el caso, que no tragaba y que los quinientos euros eran el pago por las horas dedicadas a él.

No sé por qué no lo hice.

¿Curiosidad?

¿O porque el dolor, el miedo y la angustia de Hortensia Soldevila eran sinceros?

La comida podía pasar. ¿Qué espera una de un plato combinado en un bar? Por lo menos que sea decente. Y era más que decente. Lo malo es que media hora después de terminar, ya próximas las cuatro de la tarde, Mateo Miró seguía sin aparecer.

Y tenía no menos de media hora en moto hasta el estudio de DJ, en la calle Damius, detrás del Turó de la Peira.

Me disponía a irme cuando le vi.

Casi se me desencajó la mandíbula.

Mateo Miró ya no era siquiera el de las fotos del piso que habitaba con su madre. Y desde luego, no tenía veintinueve años, sino treinta y cinco o más. Prácticamente calvo, con solo una mata de cabello central no muy dignamente peinada, era un hombre extraño, ojos huidizos, sin el menor atractivo. Tampoco le ayudaba la ropa, informal pero no menos de una talla mayor que la suya. Caminaba encorvado, casi arrastrando los pies, y desde luego no llevaba ningún ordenador.

Sus manos estaban vacías.

Ni en un millón de años, Hortensia Soldevila habría hecho algo con aquel hombre, y mucho menos lo que había dicho.

El amor puede ser ciego, pero no es idiota.

Por un momento sentí la tentación de echar a correr, plantarme delante de él e interrogarle. O disimular, tratar de... ¿De qué? ¿De intimar?

Por un momento.

Me pudo el sentido común.

¿Cómo iba a borrarle un ordenador que no tenía, o quitarle un móvil sin acercarme lo suficiente a él?

—A la mierda. —Me pudo el cansancio.

Quería ver mi disco, tocarlo, sentirlo. El recién iniciado caso de Hortensia Soldevila estaba tan en punto muerto como el de Gloria Restrepo Mendoza, aunque por causas diferentes.

Así que me olvidé de la Berta detective y volví a ser la Berta músico, bajo y segunda voz de La Séptima Cuerda.

Me esperaba «mi» disco.

La primera vez que estuve en el pequeño estudio de DJ, antes de grabar el disco, hablamos del dinero que nos iba a costar y yo ni siquiera sabía de dónde sacarlo. Había sido en los días del caso de Roman Vítrescu, el «martillo blanco», los dos camellos y aquella niña que buscaba a su verdadera madre. Eso fue después de verano. Desde entonces, en el fondo, el tiempo había transcurrido muy rápido.

Detuve la moto cerca de la esquina con Espinauga y me di cuenta de que estaba temblando. Jamás lo hubiera creído. Temblaba de emoción. Mientras caminaba hacia la puerta vi aparecer a Marcos.

El guitarra estaba muy cambiado con relación a los comienzos, sobre todo desde aquella noche en que yo le había parado los pies y se me había caído la venda de los ojos. Todo era mucho mejor tras resolver aquella tensión sexual. Él por fin me respetaba y yo ya no le veía como al frustrado amor de una adolescente tardía. Ahora éramos amigos. Si algo tenía la música era eso: aunaba los esfuerzos, nos medía a todos por el mismo rasero, el de servir o no servir para el fin global: llegar a hacer buena música, tocar lo más posible, tener éxito y, quizás, triunfar.

—¡El gran momento!

Me abrazó tras decirlo, y yo me dejé fundir entre sus brazos.

Lucas e Iván ya estaban dentro. Nos abrazamos también con ellos. DJ sin embargo no dio su brazo a torcer cuando le pedimos que nos enseñara el disco.

—Cuando lleguen Sandra y Boss.

El Boss era como DJ llamada a nuestro manager.

Y no es que se pareciera a Bruce Springsteen. Sólo era por llamarlo Jefe.

Sandra no tardó más de tres minutos. Se precipitó en el estudio como si acabase de correr una maratón y nos echamos a reír. Por detrás, más calmado, hizo acto de presencia el Boss, Mauro Gómez. Desde su aparición nos sentíamos ya mucho más profesionales. Él había apostado por nosotros y nosotros por él. Negocios, sí, pero con el mismo amor por la música. Por eso los últimos tres meses habían sido muy buenos, y las perspectivas para la primavera y el verano, ya con el disco, óptimas.

Formamos una piña a la espera de que DJ mostrara el tesoro.

Y lo sacó de un cajón.

Nuestro primer disco, nuestro primer CD, con nuestra foto en la portada.

Nos pusimos a gritar como locos.

Yo evité llorar.

Tener aquello en las manos era... Bueno, no sé lo que debe de sentirse con un hijo, pero para el caso, en ese instante, era lo mismo. Nosotros habíamos parido aquello, canción a canción, letra a letra, y también lo habíamos grabado, financiado...

Lo sabíamos de memoria, pero cuando DJ puso uno en su reproductor y sonó por el estudio...

Me fijé en el rostro de DJ.

Él también estaba orgulloso.

—¡Bárbaro! —Suspiró Lucas.

Las tres primeras canciones. La mía como solista era la cuarta. «Quiero». Mi voz, mi letra, tan íntima y personal...

Sandra asintió con la cabeza.

Durante una hora hablamos poco, o mucho, según se mire. Comentarios, bromas, más y más emoción. Cuando se extinguió la última nota de la última canción, volvimos a gritar, para liberar toda aquella tensa borrachera de sensaciones. Yo oía hablar a los demás como si asistiera a una película en un cine, borracha de placer. DJ nos dio diez CDs a cada uno. A Mauro Gómez cien. Era el trato. Cien para promoción, ir a las radios, la prensa, las televisiones y quienquiera que pudiera ayudarnos, sin olvidar enviar alguno a representantes latinoamericanos. Nos quedábamos mil para venderlos directamente en los conciertos y el resto se lo dábamos a una distribuidora. No era un lanzamiento más, ni barato. Era un verdadero alarde.

Porque, como decía DJ, sólo jugando fuerte se ganan los partidos.

Lo celebrábamos con una botella de cava cuando sonó mi móvil.

Pasé de él.

Nada podía ser mejor que ese momento. Y, desde luego, no quería estropearlo.

Brindamos. Por el disco, por nosotros.

Miré a Lucas, que seguía enamorado de mí pero ya resignado. A su hermano Iván, el loco Iván de los brazos machaca-baterías. A la hermosa Sandra, dispuesta a comerse el mundo con su voz y su imagen. Y a Marcos, brillante, rápido, sin duda el mejor guitarra solista de entre los desconocidos a punto de arrasar.

Tal vez un día, como sucedía a todos los grupos formados por caracteres y personalidades distintas, nos matáramos entre nosotros.

Tal vez.

Pero para llegar a eso teníamos que vivir y consumir tiempo, crecer y experimentar mil sensaciones.

¿Y quién piensa en el fin cuando se está en el comienzo?

Saqué un papel del bolsillo y apunté la idea para una letra: «Cuando dices hola estás empezando también a decir adiós».

DJ acabó sacando una guitarra acústica de alguna parte y se puso a improvisar una letra burlona con la música de un viejo rock cuyo título ni recordaba.

Nace un nuevo conjunto.

Ya todo está a punto.

Los llaman La Séptima Cuerda.

Y ya no son una mierda.

Tienen su primer cedé.

Se meten en un merdé.

Van dispuestos a arrasar.

Decididos a triunfar.

Adiós, Coldplay y U2.

Se acabó la vida del Boss.

No más Beatles ni Madonna.

¡A dormir todos la mona!

Acabamos echándonos sobre él para que no siguiera cantando y lo aplastamos con nuestro peso. De paso, él no se quedó con las manos quietas.

Sandra fue la primera en notarlo.

Rodamos por el suelo como niños. Gritando, riendo. Todos menos Mauro Gómez. Fue la explosión final. El adiós de nuestra niñez musical. Cuando acompasamos nuestras respiraciones y volvió la calma, nos pareció que habíamos crecido de golpe.

Eran más de las seis de la tarde.

—¿Hoy no ensayamos o qué? —protestó Marcos.

Le arrojamos los cojines de las butacas del control del estudio.

Pero tenía razón.

Yo no quería volver a mis casos. Me apetecía tocar. Me apetecía ir al local de ensayo, cerrar los ojos y dejarme llevar por aquel éxtasis.

Pensé en Alfredo.

Esta vez, ni su imagen en el hospital me torpedeó el ánimo.

Iba a vivir, y escucharía mi disco. Quizás incluso, si me atrevía, hablaríamos de Yolanda.

Si me atrevía o se rendía él.

—Ahora mismo veo el mundo de color de rosa —le dije a Lucas.

Me pasó un brazo por encima de los hombros y me besó en la mejilla.

Fuerte, muy fuerte.

Y yo le dejé hacer.

¿Por qué no?

—Chicos, chicas, ha sido un placer —se despidió DJ—. Espero que no seáis tan famosos para olvidaros de mí cuando grabéis el segundo disco.

Era un típico productor de la industria, sí, pero sabía lo que se hacía, de qué hablaba.

Sus dos últimos abrazos fueron para Sandra y para mí.

—Te espero para cuando quieras grabar algo en solitario... o me necesites para lo que sea —me susurró al oído.

Me separé y me guiñó un ojo.

Pero no pude enfadarme con él por intentarlo.

Salimos del estudio de grabación. No hacía frío. El final del invierno traía ya la bonanza de una primavera adelantada. Nos íbamos al local de ensayo, cada uno por su cuenta. Yo, además, sólo llevaba mi casco en la moto.

Me subí a ella, guardé los diez CDs debajo del asiento y entonces recordé la llamada perdida de mi móvil.

Era de Fernando Miralles, el marido enloquecido por la ausencia de su esposa.

Tan jóvenes los dos. Tanto.

Estuve a punto de seguir pasando, toda la tarde y toda la noche, hasta el día siguiente, para disfrutar de mi nirvana personal, pero mi alegría no empañó mi responsabilidad. Fernando Miralles estaba hundido, asustado, y me había contratado para un trabajo que

tenía encallado. Me había dicho una docena de veces que a su mujer le había sucedido algo, que ella nunca se iría sin más, y sabía que lo diría una docena de veces si le devolvía la llamada.

Le llamé.

Se puso al teléfono antes de que se extinguiera la primera señal.

—¿Berta?

—Sí, soy yo.

—Perdone que la llame, pero... —La ansiedad era aún mayor que la primera vez, la tarde anterior—. ¿Hay alguna novedad?

—No, lo siento. Esta noche hablaré con Cecilia.

—Ella me dijo que no sabía nada.

—Lo sé —repetíamos la misma charla casi palabra por palabra—. Pero quizás a usted no quiso o no pudo contarle la verdad. Si era su mejor amiga, ha de saber algo. Tal vez yo tenga más suerte, como mujer y como detective. Esté tranquilo.

—¿Por qué no la interroga el señor Mir?

A veces olvidaba que era papá el que «trabajaba» en los casos.

Intenté subsanar el error.

—En este caso, dado que ella es una chica joven, es mejor que intervenga yo, créame.

El silencio sonó como un viento helado por entre los dos extremos de la línea telefónica.

—Son ya muchos días, Berta. —El tono se hizo más y más compungido—. Demasiados. No hago más que esperar que aparezca un cadáver o... qué se yo.

—No se torture, por favor.

—Todos creen que se ha ido, que me ha abandonado. Todos, hasta mi familia. ¡Pero no la conocen! ¡Para nada! ¡Digan lo que digan y piensen lo que piensen, ella jamás se iría de mi lado! ¡Ha de creerme!

—Yo le creo, señor Miralles. Lo malo es que no tenemos nada, y usted lo sabe. Ni una pista, ni un indicio. Me dijo que su esposa no tenía secretos para usted.

—¡Y no los tiene! ¡Estamos enamorados! ¡Eso no se finge!

Era un hombre atrapado en el vértigo de su locura.

Necesitaba hablar con alguien, porque estaba solo.

Y yo no quería ser ese alguien. No en ese momento, por egoísta que pareciese.

—Sin embargo me dijo que se casó para ayudarla, para que ella fuera española y no la devolvieran a Colombia.

Sabía cómo reaccionaría, pero necesitaba oírlo.

¿Para estar segura?

—¡Me quería! ¡Se lo ofrecí, sí, pero ella ya me quería! ¡Me lo dijo después, y a las pocas semanas, una noche, me abrazó llorando y me lo repitió mil veces! ¡Me dijo que yo era lo mejor que le había pasado en la vida! ¡Y vi sus ojos! ¡Yo los vi! ¿Cree que una mirada de amor puede fingirse o engañar?

Me esperaba mi ensayo.

Mi libertad.

Pero no podía dejarle así.

¿No saber nada de alguien era peor que saberle muerto?

–¡Berta, dígame que la encontrarán! –me suplicó la voz de Fernando Miralles–.
¡Dígamelo, por favor!

Cuando nos reunimos en el local de ensayo, continuaba el buen humor. Ya teníamos la base de los conciertos, los quince temas grabados con DJ. Pero desde la grabación hasta este momento, habíamos seguido trabajando en otros, tanto versiones de piezas de rock clásico para dar marcha en los bises de las actuaciones como canciones propias, para no dormirnos.

¿Era absurdo pensar ya en un segundo disco?

Tal vez sí, pero sentíamos la adrenalina a tope.

Mientras cada cual ponía a punto su instrumento, yo saqué el papel en el que había anotado aquella frase. «Cuando dices hola estás empezando también a decir adiós.» Era perfecta para acabar una letra muy compleja en la que estaba trabajando.

De pronto estaba terminada.

Tenía incluso la música.

—¿Qué haces? —me preguntó Lucas, siempre atento a mis evoluciones, sentimientos, preocupaciones...

—Acabo una canción —le dije en voz baja.

—¡Eh, panda, que Berta tiene un nuevo tema! —gritó él anunciándolo a los cuatro vientos.

Quise asesinarlo.

No me gustaba hacer nada de lo que no estuviese segura, o que no hubiese acabado al cien por cien.

Sandra, Marcos e Iván se me plantaron delante.

—Aún no la tengo... —intenté decir yo.

—Vamos, cántala. —Marcos me ofreció una de sus guitarras acústicas.

—No es idónea para el grupo —insistí.

—Bueno, ¿y qué? —En las últimas semanas Sandra se había convertido por fin en una amiga, no a nivel de compartir intimidades, pero sí de fortalecer nuestra unión como las dos chicas de la banda—. Compártela, ¿no?

Estaba atrapada.

Miré la hoja de papel garabateada con mi letra.

—De acuerdo —suspiré.

Tomé la guitarra, la acomodé sobre mis piernas, miré que estuviera debidamente afinada, y mientras los demás me rodeaban, de pie o sentados en el suelo, comencé a rasgar las cuerdas.

Mi voz fluyó con armonía y la letra se ajustó a la música como un guante a una mano.

*Sólo me queda gritar
Todo lo que pueda cantar,
ya lo cantó Dylan.
Todo lo que pueda decir,
ya lo dijo Dylan.*

Solo me queda gritar:

*¿Piensas en mí al ver la luna llena?
Todos los caminos conducen al cielo.
Quizás porque este mundo es un infierno.
Eh, hombre de la pandereta,
toca una canción para mí,
y deja que la oiga con mi corazón.*

*Sólo me queda soñar:
Todo lo que puedo amar;
ya lo amó Dylan.
Todo lo que pueda pensar;
ya lo pensó Dylan.
Sólo me queda soñar:*

*¿Echas de menos mi sexo en la noche?
Déjame que te acaricie el alma
y te cubra de sonrisas la piel.
Eh, hombre de la pandereta,
toca una canción para mí.
La llevaré conmigo hasta el fin.*

*Sólo me queda recordar:
Todo lo que pude ser;
ya lo fue antes Dylan.
Todo lo que quiero vivir;
ya lo vivió antes Dylan.
Sólo me queda recordar:*

*¿Alguien ha vuelto a hacerte sonreír?
Todos los holas del mundo
acaban con un adiós.
Eh, hombre de la pandereta,
toca una canción para mí,
y la cantaré toda la eternidad.*

*Sólo me queda gritar:
Sólo me queda soñar:
Sólo me queda recordar:
Sólo me queda todo...*

Mi voz se fundió con la suave melodía y la guitarra se la comió con las últimas notas.
A mi alrededor se hizo el silencio.

Les miré.

—Ya os he dicho que es rara —empecé a defenderme.

—Jo, tía, es la releche. —Se apuntó el primero Lucas.

—Tú sola en escena, con un foco cenital alumbrándote... —asintió Marcos.

El mejor elogio lo hizo Sandra:

—Cada día compones mejor. Y tu vena intimista desde luego es brutal.

—¿En serio os ha gustado? —insistí.

Se me echaron encima. Los cuatro. Y acabé riendo por las cosquillas.

Tal vez fuera el momento más feliz de nuestras vidas, aunque cuando tocábamos en directo y la gente nos aplaudía, también rozábamos el cielo con las manos.

Pero sí, les había gustado.

Faltaba saber cuánta gente joven conocía todavía a Bob Dylan.

Pasado ese instante, ensayamos de nuevo. La idea de que cada uno de nosotros tuviera su propio set en los conciertos largos, se hacía cada vez más necesaria. Lucas era muy bueno con los teclados, los solos de batería de Iván ponían al personal a mil, los de guitarra de Marcos lo mismo. Sandra ya era la solista. Yo jamás había pensado hacer un solo de bajo.

Pero cantar mis propias canciones, como «Quiero» o la que acababa de terminar...

Cuando terminamos el ensayo, sucedió lo que solía suceder a veces: que Lucas y yo nos quedamos solos. A veces no sabía cómo demonios lo conseguía.

—Déjame ver esa letra —me dijo.

Se la pasé y vi cómo la leía atentamente.

—Pensaba en ponerle un fondo de sintetizador, o unas gotas de piano, pero no, mejor tú sola con la acústica.

—Sí, es más bien íntima, ¿no?

Lucas solía hundir sus ojos en los míos. Era como si me explorara el cerebro. Sentía sus dedos en mi cabeza. Atravesaba mis defensas y me hacía sentir desnuda. A veces me incomodaba, porque sabía de sobras sus sentimientos. Pero en este momento no.

Era una mirada de rendición.

—Me alegro de que no nos marcháramos del grupo para formar ese dúo electroacústico que te propuse —me dijo—. Aunque con canciones como esta habríamos triunfado, eso seguro.

—Yo también me alegro de no haberte hecho caso.

—Siempre hay tiempo.

—Claro.

—Berta...

—¿Qué?

—Hace mucho que no hablamos.

—No es cierto.

—A solas.

No iba a volver a declararse, lo sabía. Aun así lo miré con atención. Era el mejor de los chicos.

—Después de nuestra aventura de hace unas semanas, con aquella explosión incluida... No sé, pensé que me necesitarías más veces, como ayudante.

Tuve ganas de reír.

¿Cómo olvidar la cara y la actuación de Lucas haciendo de mi novio con aquel traficante de pastillas o cuando voló su laboratorio por los aires?

—Ya veo que te gustó jugártela.

—Adrenalina pura.

–Pues no he vuelto a meterme en ningún marrón de esos.
 –Pero sigues trabajando como detective, y cada tarde, llegas aquí, ensayas, y me muero de ganas de preguntarte cosas.
 –Es más aburrido de lo que parece, ya te lo dije.
 –Será aburrido, pero es más excitante que lo que hacemos los demás.
 –Tranquilo que cuento contigo si te necesito.
 –¿De verdad?
 –Que sí.
 –Tú estás bien, ¿no?
 –¿Por qué no iba a estarlo?
 –Es que hay cosas...
 Me resigné a seguir hablando.
 –A ver, ¿cuáles?
 –Nunca me dijiste de dónde sacaste el dinero para tu parte del disco, porque dos días antes estabas sin blanca, y de pronto...
 –Tuve suerte.
 –Mucha suerte –quiso dejarlo claro.
 –Mucha suerte –se lo reafirmé yo.
 Entonces, de pronto, bajó los ojos, soltó una bocanada de aire que se me antojó muy limpio, y lo soltó.
 –Estoy saliendo con alguien.
 Fue un impacto. Primero por lo que significaba. Segundo porque era la típica frase que en las películas equivalía a decir: «Me estoy acostando con una chica».
 Casi pensé en abrazarle. Feliz.
 –¡Lucas!
 Sonrió como un niño bueno que acaba de decir algo hermoso y volvió a mirarme.
 –Ya ves –suspiró.
 –Bien, ¿no?
 –Sí. –La sonrisa aumentó–. Todo es tan... distinto. Y quería decírtelo yo, para que nadie te viniera con el rollo o nos vieras.
 –Gracias, Lucas.
 –No lo sabe ni mi hermano. Es reciente.
 –Así que soy la primera en saberlo.
 –Siempre serás la primera. Y siempre te querré. –Fue sincero.
 –No creo que esto sea justo para ella. –Me puse seria.
 –No pasa nada. Quería que lo supieras y ya está.
 –¿Puedo hacerte una pregunta?
 –Claro.
 –¿Estás enamorado de ella?
 –Sí.
 –¿La quieres?
 –Sí.

–¿Eres feliz?
–Son tres preguntas.
–Responde.
–Soy feliz. Pero quería pedirte algo.
–¿Qué es?
–Un último abrazo.
–Nos abrazamos siempre, en escena, en...
–Un último abrazo de verdad.
Entendí lo que quería decir. Hay abrazos y abrazos. No con todos se siente lo mismo.
Me incorporé y abrí mis brazos.
Luego él me devoró con los suyos.
Igual que un oso.
Y me apretó.
Y le apreté.
Y nos sentimos, realmente.
Nos sentimos.
No sé cuánto duró. Desde luego mucho, aunque nunca fuera suficiente.
Al separarnos, a Lucas le brillaban los ojos.
–Todos los holas del mundo acaban con un adiós –me dijo rememorando mi letra.
–Pero después de cada adiós, aparecen nuevos holas –dije yo.
–Se llama Diana y estudia arte.
–¡No me digas que posaste desnudo en una clase de pintura!
–¿Cómo lo sabes? –soltó una enorme carcajada.

Mi «cita» con Cecilia, la amiga de Gloria Restrepo, era a las once de la noche, así que me fui a casa para hacer feliz a la abuela y que me viera el pelo.

También quería ver a papá, y tratar de comunicarme con él.

—Hola, abuela. —Le puse el disco en las manos mientras le daba un beso en la frente.

Se lo quedó mirando, largamente.

—Estás guapa —me dijo.

—Gracias.

—La otra es preciosa, pero tú estás guapa.

—Así que Sandra es más potente, ¿eh?

—Tú lo has dicho así. Yo lo llamaría de otra forma.

—Vamos, abuela... Es un disco, somos artistas.

—Pero lleva más carne al aire libre que tapada.

Decidí, por enésima vez, que era imposible.

—Voy a ver a papá.

—Espera. —Me retuvo—. ¿Podemos oírlo juntas, y así me explicas?

Me sorprendió. Era la primera vez que...

Y explicárselo.

—Ven. —La cogí de la mano.

Fuimos a mi habitación, y durante la siguiente hora no me habló de nada, ni de la cena. Tampoco tuve que explicarle nada, aunque las letras no siempre eran comprensibles. Se quedó quieta, como una estatua, con las manos sobre el regazo. Y cuando yo cantaba mi tema, sola, vi titilar un destello de emoción en sus ojos. No tuve que decirle que era yo, no Sandra. Lo supo. A lo mejor porque a veces ensayaba en mi cuarto, sola, y ella no fingía pasar como solía hacer siempre.

Cuando acabó el disco esperé su veredicto.

Temí que no dijera nada, que se levantara y se fuera.

La habría matado.

Pero se acercó a mí, me besó en la mejilla, me acarició la otra con su mano arrugada, y entonces me dijo:

—No entiendo de esas músicas, pero sé que es bueno. Lo único que pido es que tengas cuidado.

Tener cuidado.

—Vamos a cenar, que se ha hecho tarde. —Dio media vuelta para salir de mi habitación, tan pragmática como siempre después de su leve momento de emoción contenida.

Aproveché para decírselo.

—He de salir. A las diez y media.

—¿Trabajo?

—Claro. —Añadí—: ¿Si te digo que me voy de marcha sufrirás menos o más?

—Lo mismo. Pero sé que es por trabajo, como siempre.

—¿Y por qué no puedo ir de marcha? —aluciné—. ¿Y si tuviera novio?

—Es martes. Los martes no hay... marcha, como dices. En cuanto a lo de tener novio... No, no tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara de pava que se nos pone a todas cuando nos enamoramos.

No supe si echarme a reír o asesinarla de una vez.

Y además hablaba siempre tan seria...

Ahora sí, ante mi desconcertado silencio, ella se marchó a la cocina y yo entré en la habitación de papá.

Me acerqué a su cama, me senté a su lado y le cogí la mano, como siempre, dejando que su dedo índice, su única parte viva, cayera sobre la palma de mi mano. Bajo la penumbra estudié aquel rostro que jamás, jamás, volvería a expresar la menor emoción.

—¿Papá?

Esperé.

Nada.

—Papá, soy yo.

Tal vez estuviera dormido. Dentro de su estado jamás sabía cuándo o cómo dormía, de qué manera despertaba, qué sentía cuando mi voz fluía hacia él.

—¿Estás bien?

Su dedo se movió.

«?»

—¿Qué quiere decir eso?

«?»

—Vamos, papá... —intenté no llorar.

Esta vez su dedo trazó algunas letras.

«A.C.A.R.I.C.M.»

Quería que le acariciara.

Me pedía...

Tragué saliva y lo hice. La frente, las mejillas, los brazos, las manos. También le besé en las mejillas, dejando que mis labios le comunicaran el calor de mi presencia.

¿Cómo lo sentía?

No quise llorar. Tenía mi disco, era feliz. Un disco que él jamás oiría.

¿O sí?

Pronto haría un año de su falso accidente convertido en atentado contra su vida. Antes, yo daría un salto más y cumpliría los diecinueve. En aquellos meses habían pasado muchas cosas.

Continué acariciándolo, sin que su dedo se moviera, hasta que apareció la voz de la abuela en la puerta de la habitación.

Sólo su voz.

—A cenar.

Me incliné sobre papá y le dije:

—Te quiero.

Su respuesta fue una sola letra. Suficiente.

«G.»

Gracias.

Me senté a la mesa y la abuela ocupó su silla enfrente mía. Quizás fuera por el disco, pero hizo algo que no solía hacer. Preguntarme:

—¿En qué trabajas que has de salir de noche?

Por una vez, me alegré de compartir mi vida con ella.

—Un hombre, español, llamado Fernando Miralles, quiere que busque a su esposa. Ella es colombiana. Se casaron para que la chica pudiera quedarse en España, pero, según él, también por amor. De pronto la mujer se ha ido, sin más, sin un aviso. Lo ha dejado todo, marido, trabajo, amigos...

—Nadie se va así.

—Es lo que él cree. Piensa que le ha sucedido algo malo.

—¿Por qué se fue de su país, buscaba una vida mejor?

—A su padre le mataron las FARC. A su madre los paramilitares. Estaba harta de violencia y se vino aquí nada más cumplir la mayoría de edad. Hizo de todo, trabajos de los más duros, conoció a Fernando, y cuando se le cumplió el visado y pasó a ser ilegal sabía que si la pillaban en algo la devolverían a casa. Él le ofreció la solución. Se casaron y en un par de meses... el amor fue recíproco. A ella, Gloria, nadie la había tratado jamás como la trataba su enamorado marido. Así que se rindió. Él insiste en que se aman mucho, que vivían una perpetua luna de miel y no tiene sentido que se haya ido. ¿Adónde?

—Habría otro. Incluso antes. Otro colombiano, tan ilegal como ella.

—No digas eso. Suenan xenófobo.

—Los extranjeros mienten, para protegerse, pero mienten, y si están desesperados, más. ¿Qué quieres que piense? ¿Qué de malo puede haberle pasado? No la habrán secuestrado para pedir un rescate, digo yo. ¿Recuerdas al señor Vicente?

—Sí.

—Se fue a Cuba y vino casado. En dos semanas. Casado. Y al año ella lo abandonó. Que si «el gorrión», que si la añoranza, que si la familia, que si el frío que hace aquí en invierno... Esos matrimonios no salen bien nunca.

—Mi cliente jura que ellos se quieren, y en base a esto...

—¿Ha ido a la policía?

—Sí.

—¿Y?

—Ella es mayor de edad. Y por supuesto no les contó lo de que primero se casaron para que ella consiguiera la nacionalidad española. Si le creyeron, no pienso que estén haciendo mucho. Probablemente opinen como tú.

—¿Crees que la encontrarás?

—Nadie desaparece del todo. Sólo necesito un rastro, por leve que sea.

—¿Y dónde hallarás ese rastro?

—Estoy en ello. He ido al piso donde vivía con otras emigrantes y esta noche veré a su

mejor amiga, que le dijo al marido que tampoco sabía nada. Sólo espero tener más suerte.

—¿Qué harás si la encuentras?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que si das con ella y resulta que lo ha abandonado, será un palo para él.

—Mejor eso que no saber nada, ¿no crees?

—Las relaciones humanas siempre son un misterio, Berta. Y más las de las personas de diferentes culturas. Por un lado, si nunca vuelve, él no dejará de amarla. Sufrirá, de una forma dura y amarga, pero la idealizará. Por el otro, si lo ha dejado una vez conseguido su propósito, ese hombre vivirá más amargado de lo que puedas imaginarte. Amargado, burlado y frustrado. —Hizo una pausa para beber agua—. Cómo se nota que no ves la tele. ¿Sabes la de hombres o mujeres que se marchan llevándose a sus hijos y dejando a la otra persona aquí sola, enloquecida? Todo son dramas.

—Mucha tele ves tú.

—Es la vida.

—La vida según la tele.

—Más real de lo que crees.

Nos quedamos mirándonos. Hacía tiempo que no hablábamos tanto, tan de cerca, sin reproches o malas caras, como una abuela y su nieta, compartiendo lo cotidiano.

Y de pronto presentí que la pregunta inicial, la de en qué trabajaba esa noche, ocultaba algo más.

Una necesidad.

Hacer que me sintiera cómoda para...

—Berta, ¿puedo hacerte una pregunta?

Había dado un largo rodeo para eso.

—Sí.

—Sabes que no soy curiosa, que nunca he registrado tu habitación.

Se me aceleró la sangre.

—Lo sé.

—Es que el otro día... —buscó la forma de decirme lo que ya intuía—. Buscaba una cosa y en tu armario encontré una caja cerrada con llave.

—¿Y la pregunta?

—En esta casa nunca ha habido nada cerrado con llave.

—¿La habrías abierto si no llega a haber un candado?

—¡No!

—Entonces ¿qué temes? ¿Te intriga lo que tu descocada nieta pueda guardar en ella, como si no pudiera tener secretos o vida propia?

—No, no, perdona. No quiero que pienses...

Me levanté decidida. Después de todo, era mejor así. Fin de los misterios y de las mentiras acerca de clientes ricos. Fui a mi habitación y regresé con la caja. La coloqué delante de ella y le entregué la llave.

—No, Berta —dijo dolorida.

–Ábrela.

–Así no.

–Tenía que habértelo contado en su momento. Ábrela.

Sabía que si no lo hacía ella, lo haría yo, así que introdujo la llave en el candado y liberó su cierre. Lo quitó y levantó la tapa.

Los billetes de quinientos euros casi echaron a volar, como si tuvieran vida y alas propias.

Los ojos de la abuela se demudaron.

–Dios... –exhaló.

–Esto es nuestro –le dije.

–¿Cómo...? –Volvió a quedarse sin terminar la frase.

–De ahí salió el dinero del disco y la tranquilidad de estos meses.

–¿Cuánto hay?

–Había cuarenta y siete mil. Ahora quedan más de cuarenta y dos.

–¿De dónde ha salido ese dinero? –Endureció de nuevo sus facciones.

–Tuve un caso –fui sincera–. Me vi en una situación comprometida, muy delicada. Hubo violencia y el dueño del dinero, un traficante de drogas, murió asesinado. La casa empezó a arder. Pude irme, sin más, pero se habría quemado igualmente. –Señalé los euros–. Así que me los llevé.

–¿Por qué no los entregaste a la policía?

–Porque nadie sabe que yo estaba allí. Hubiera sido peor.

–Entiendo –se estremeció un poco, por lo que acababa de contarle, y hundió aquellos ojos acorados y siempre críticos en mí.

–¿Tranquila?

Ya no hubo respuesta.

Me bastó un único destello de resignación.

Una relajada paz.

Yo me levanté, rodeé la mesa, cerré la caja, le puse el candado, y luego, antes de devolverla a mi habitación, le besé en la frente y le acaricié la mejilla con la mano.

–Deja que cuide de papá y de ti, ¿de acuerdo? –le susurré al oído–. Nunca haré nada de lo que puedas sentirte avergonzada, pero tampoco voy a regalarle nada a la vida sin luchar.

Era hora de ir a ver a Cecilia.

Pans & Company debía de cerrar más tarde, pero el horario de Cecilia la liberaba a las once y fue puntual en su salida. Seguía habiendo gente en el interior cuando la chica colombiana apareció bajo la noche con la cabeza baja y aspecto cansado. Llevaba sandalias, luciendo sus muy decoradas uñas, y sostenía una bolsa bastante aparatosa de su hombro derecho. Mi miedo, que tuviera un novio esperándola, se disipó enseguida. No la dejé dar ni media docena de pasos.

—¿Cecilia? —Sonreí para infundirle confianza.

—¿Sí? —me respondió sin disimular su recelo.

—¿Podría hablar contigo cinco minutos?

—¿A estas horas? —No le gustó la idea.

—Lo siento. Es importante.

—¿De qué se trata? —Frunció el ceño—. ¿Eres María?

—No, me llamo Berta.

La noté aliviada, aunque sólo a medias.

—Oye, en serio —manifestó llena de desgana—. Si te manda ella, dile que ya no veo a Raúl, de verdad. Yo no sabía que él...

—Soy detective privado —la detuve.

Le cambió la cara.

—¿Detective?

—Estoy buscando a Gloria.

Echó a andar de golpe.

—Yo no sé nada de eso —dijo.

—Espera, espera. —Me puse a su lado sin perder su ritmo—. ¿De qué no sabes nada? Todavía no te he preguntado.

—No sé dónde está. —Me atravesó con una mirada furiosa.

—¿No eres su mejor amiga?

—Se casó y se apartó de nosotras. Ya había conseguido lo que quería.

—Fernando dice que están muy enamorados.

—¿Te manda él?

—Sí.

Se detuvo tan en seco como había arrancado a andar. No hacía frío, pero se abrazó a sí misma como si lo tuviera. Los ojos se le habían puesto súbitamente vidriosos. El chasquido de su lengua reflejó el fastidio que la inundaba, pero también la inquietud.

—Escucha, ¿quieres hacerle un favor a Fernando?

—Claro.

—Dile que la olvide.

—Es su mujer.

—Mira, él no sabe nada.

—¿De qué?

–¡No importa! Le dije la verdad cuando vino a verme, ¡no sé dónde está!

–No dejará de buscarla. Está desesperado.

–¿Desesperado? ¡Loco! –Abrió las manos–. ¡Esto es España, pero nosotras somos colombianas!

–¿Qué significa eso?

–¡Nada! ¡No significa nada ni pasó nada! ¡Déjame en paz, niña!

–Sí, tú sabes dónde está –la detuve antes de que arrancara a andar de nuevo. Su grito atravesó la noche. El fuego de sus ojos, a mí.

–¡No!

–Pero sí lo que le ha podido suceder... o le ha sucedido.

Cecilia tragó saliva, pero no evitó el alumbramiento de sus lágrimas. Bajo la luz de las farolas brillaron con un tono mortecino. Hizo un verdadero esfuerzo para contenerlas.

–Conseguirás que la maten –dijo–. Si vas haciendo preguntas conseguirás que la maten, y también a él.

–¿Matarla? ¿Quién?

El miedo apareció igual que una erupción volcánica. Se proyectó de dentro afuera y estalló en el centro de su mente. Lo transmitió primero por los ojos. Después en el nuevo arranque de furia que la llevó a correr como una loca.

Intenté seguirla.

Un gesto inútil, porque ya no iba a hablar conmigo aunque la alcanzara.

Me quedé viéndola marchar y me mordí el labio inferior.

Era el primer indicio de que Gloria Restrepo Mendoza no se había ido sin más.

«Matarla». Y a él, si seguía buscándola.

¿Por qué? ¿Quién?

Saqué el móvil y llamé al marido. Debía de dormir muy poco, o nada, porque se puso al teléfono de inmediato.

–Siento llamarle a estas horas.

–No importa, por Dios. ¿Qué sucede?

–He de hacerle unas preguntas.

–Adelante.

–Cuando conoció a Gloria, ¿dónde trabajaba? Usted me dijo que llevaba poco en el sitio donde lo hacía ahora.

–Servía en un bar, el Aguapanela.

–¿Sabe la dirección?

–Claro. Está en el Raval, calle de la Riereta.

–¿Le habló de otras amigas aparte de las chicas con las que compartían con ella su piso?

–No.

–¿Y de amigos?

–Tampoco. No era de relacionarse mucho, por miedo, cautela...

–¿Iba a buscarla a ese sitio, el Aguapanela?

–Sí, claro.

–¿Y cuándo lo dejó?

–Al casarnos.

–¿Por qué no volvió a él?

–No quiso seguir siendo camarera. En el otro lugar ganaba menos, pero para ella era mejor, más digno. Así aprovechaba que cosía bien. Verás... –buscó la forma de expresarlo–. Gloria es muy guapa. Mucho. Una auténtica belleza, ya viste sus fotos. Los clientes del bar no la dejaban en paz, insinuaciones, ofertas sexuales de forma directa, borrachos con manos ligeras... No era feliz allí.

–No le pregunté algunos detalles íntimos, pero que pueden ser esenciales.

–Lo que haga falta.

–¿Cuánto tardó en pedirle que se casara con usted?

–Yo me enamoré a la primera. Se me notó. Ella lo supo. Salimos un par de veces y... bueno, no es que fuera muy habladora, pero al contarme su situación... Yo se lo propuse. La sola idea de tener que regresar a su país la aterraba. Ver morir a tu padre a manos de unos y a tu madre a manos de otros, ha de resultar muy duro. La violencia ha decrecido, pero ella sentía demasiado miedo. Aceptó y ya te conté el resto. La noche que me dijo que era muy fácil enamorarse de mí fue... la mejor de mi vida. Desde ese día todo cambió. Nunca la he visto tan feliz.

–¿Mantuvo algún contacto con alguien de ese bar?

–No.

–¿Seguro?

–Que yo sepa, seguro.

–¿Así que su única relación era con sus amigas colombianas y especialmente con Cecilia?

–Sí.

–¿Alguna llamada inusual, visitas...?

–No, no. Estábamos solos. –Suspiró–. Máxima felicidad.

–¿Quién vino a la boda?

–Por parte de ella solo sus compañeras de piso. Oye, ¿por qué me haces estas preguntas? ¿Qué tienen que ver con su desaparición?

–¿Le decía que todo tenía que ver cuando sucedía algo anómalo en la vida?

–Tenía que habérselas hecho antes –reconocí–. Quizás no sea el presente, pero sí algo del pasado lo que ha desencadenado todo esto –no lo dejé intervenir–. Los días previos a su desaparición, ¿cómo estuvo?

–Pues... no sé, normal. Se comportaba como una niña feliz. Para ella poco siempre era mucho. Lo único inquietante en esos días fue su regla.

–¿Su regla?

–No le venía, y ella es muy puntual. Dos noches antes de su desaparición se echó a llorar diciendo que seguro que estaba embarazada y que lo sentía.

–¿No querían tener hijos?

–Ni lo habíamos hablado. Supongo que sí, pero más adelante.

–Así que estaba triste.
–Un poco. Más bien nerviosa.
–¿Qué hizo usted?
–Mirarla más, decirle que si lo estaba, pues lo estaba, y en paz. ¿Qué iba a hacer? Oye, te lo dije, tengo un buen trabajo, no me va mal, y ya casados y enamorados, éramos... somos una familia, ¿no?
–Me dijo que no tenía móvil.
–No, no lo tenía. ¿A quién iba a llamar? Es juiciosa con los gastos.
–¿Y pasaporte?
–Me contó que lo había perdido.
–¿Perdido? ¿Cuándo?
–Hace tiempo.
Empecé a pensar rápido. Sin pasaporte, ella tenía que seguir en España. Pero ¿perdido?
–Fernando, haga memoria: ¿seguro que no tenía a nadie en Colombia?
–A nadie directo. Unos primos en su pueblo y poco más. Allá las familias tienen muchas ramas, pero la suya moría con los padres y ella. Cuando se quedó sola quedó desplazada. Así llegó a la capital de su estado, Medellín.
–¿Cómo consiguió el trabajo en ese bar?
–Ni idea. Pero la aguapanela es una bebida colombiana, así que los dueños deben de ser compatriotas, de ahí el nombre.
–No lo sabe seguro.
–Tampoco hablamos de ello. Nunca quería hablar de ese sitio. Lo aborrecía. Y eso a pesar de que lo frecuentaban colombianos como ella.
Miré la hora. Las once y quince.
–Gracias, Fernando. Seguimos con ello, no se preocupe.
Pedirle que no se preocupara era una estupidez.
Pero le noté aliviado.
–Gracias.
–Buenas noches –me despedí de él.

El Aguapanela no sólo estaba abierto, sino en plena ebullición a pesar de ser un día laborable. Nada más cruzar el umbral de su puerta, a una la envolvía la música que sonaba con rítmica intensidad. Pura salsa.

En un rincón amplio, para permitir sus fulgurantes y vertiginosas evoluciones, una pareja bailaba como los ángeles.

Compenetrados.

Cuerpos, pies, manos, giros, miradas...

Me quedé observándolos unos segundos, con envidia. Imaginé que había que nacer en un lugar especial y tener genes autóctonos, para llegar a dominar tanto un arte como aquel. Era un placer verles.

Cuando reaccioné, me acerqué a la barra.

Por suerte, y gracias a Alejandra, ya conocía algunos modismos del habla antioqueña, el paisa, porque la chica de la barra, una belleza de piel muy blanca y ojos increíbles, me preguntó:

—¿Qué te provoca?

Una colombiana igual que ella le respondería: «¿Me regalas...?», y a continuación lo que quisiera tomar.

Así que me puse a la altura de las circunstancias.

—¿Me regalas una cerveza?

Sabía que yo no era de los suyos. Sabía que yo era española. Pero su sonrisa fue cómplice.

—¿Águila, Club, nacional, alguna marca?

—La más suave.

—Bueno, pues.

Alejandra también soltaba esa coletilla final.

Esperé la llegada de la cerveza, atenta, sin despistarme, porque si me dejaba lo pedido en la barra y se iba tendría que buscar otra excusa u otro momento para preguntarle.

Fue rápida.

—Oye. —Me acerqué a ella para que pudiera oírme mejor—. ¿No trabajaba aquí una chica llamada Gloria?

Le cambió la cara.

Miss Sonrisa, pero ahora congelada.

—No recuerdo.

—Gloria Restrepo, guapa, labios alargados, nariz grande, ojos almendrados...

—No, no sé. —Hizo ademán de retirarse.

—Me dijo que se iba a casar —insistí.

Por primera vez desvió la mirada. Un gesto instintivo, muy rápido. Hacia su izquierda.

No quise seguir la dirección de sus ojos. Continué con los cinco sentidos puestos en ella.

—Ya te digo que no lo sé. —Dejó de sonreír—. Llevo aquí muy poco.

Me tocaba disimular.

Mi mano acarició la suya por encima de la barra.

—Lástima. —Le guiñé un ojo—. Venía por ella, ¿sabes?

—Sí, lástima —dijo retirándola.

Se fue al otro extremo de la barra y yo me quedé sola con mi cerveza. Todavía tardé unos quince o veinte segundos en deslizar la vista hacia el lugar al que había mirado ella con tanta ansiedad.

Sentado en una mesa, al lado de la puerta que comunicaba el bar con el fondo, el almacén o lo que fuera, vi a un tipo gordo, muy gordo, calvo, mejillas de trompetista y ojos porcinos, porque la carne se le subía casi por encima de ellos. Vestía una guayabera estridente y llevaba un aparatoso anillo en un dedo de la mano. Un anillo que podía matarte si le daba por cerrar el puño y golpearte.

No me moví.

Fui bebiendo mi cerveza, sorbo a sorbo.

Pero sentía los ojos de la camarera fijos en mi cogote.

En mi nuevo papel, me dediqué a mirar a las mujeres y no a los hombres.

La pareja que bailaba no dejó de hacerlo en los siguientes minutos. Cinco, diez, quince. Finalmente se cansaron y se sentaron, aunque la música siguió sonando con estridencia. Una vez en su mesa, sudorosos, se besaron en la boca con aparatosidad. Si el baile era sexo, pura expresión de deseo, fuera de él lo practicaban a la vista.

Nadie les prestó ya la menor atención.

El Aguapanela fue convirtiéndose en un hervidero. Una fiesta.

A los veinte minutos, y con mi cerveza en las últimas, entró un hombre con la mirada extraviada y paso vacilante aunque no tanto como para tropezar o caer redondo al suelo. No llegó a la barra. Fue directo al gordo sentado junto a la puerta que daba a la parte de atrás. Cuando el gordo lo vio, se levantó y la cruzó, con él detrás.

No tardaron más de un minuto.

El colgado no sonreía precisamente. Parecía contrariado.

Cruzó el bar y salió de nuevo a la calle. El gordo volvió a su puesto sin cambiar un ápice su expresión.

Yo ya tenía lo que quería.

No hacía falta ser muy lista para saber lo que se cocía allí.

Me volví a la camarera cuando pasaba cerca y le pregunté:

—¿El servicio?

—Por ahí.

El mismo lugar por el que el gordo y el colgado habían entrado y salido.

Abandoné la barra, caminé hasta allí y pasé junto al hombre gordo. Ni me miró. Los servicios eran las dos primeras puertas, una frente a la otra. El de mujeres era el de la izquierda. Al fondo, oscuro, sin que la luz llegase hasta allí, vi tres puertas más, una entreabierta que daba a la cocina y las dos restantes, cerradas.

Me metí en el cuarto de baño y me tomé mi tiempo.

No podía jugármela. Tampoco sabía qué iba a encontrar si me daba por abrir aquellas dos puertas haciéndome la loca. Y la excusa de comprar droga... No era lo mío.

Al otro lado de mi puerta escuché unos pasos.

La entreabrí.

El gordo caminaba por el pasillo con otro hombre, alto y delgado.

—¿Y qué les digo, don Luis Bernardo?

El gordo no le respondió.

—¡Si es que no puedo caminar por la calle, todos me piden!

Ahora sí lo hizo.

—¡Pues que esperen! ¡Ya no tarda! ¡Y quieres bajar la voz, idiota! —estalló empleando un tono bajo.

Siguieron caminando hasta desaparecer por el fondo.

Salí del servicio y regresé a la barra. La chica me preguntó si quería otra cerveza. Le dije que no y pagué la que me había tomado. Era hora de irse, y rápido, para hacer la última comprobación.

Cuando llegué a la calle caminé apenas unos metros, hasta salir de la visual del bar. Luego me apoyé en una pared. Ni siquiera me di cuenta de mi pose ni del lugar en el que estaba hasta que un hombre de me acercó, me miró de arriba abajo, se pasó la lengua por los labios y me dijo:

—¿Cuánto?

Tuve ganas de soltarle la pierna entre las suyas.

—Piérdete —resoplé.

—¡Uy, mírala, la fina! ¿Qué pasa, que mi dinero no es bueno o es que no te gusto?

El hombre alto salía en ese momento del Aguapanela. Dejé de prestarle atención a «mi cliente» y fui tras él cuando echó a andar calle arriba.

—¡Putas! —gritó el que me estaba hablando.

Me puse roja.

Un par de personas se volvieron para mirarme.

Por suerte, el hombre alto no lo hizo.

La persecución no duró demasiado. El camello de don Luis Bernardo acababa de decirle la verdad: a los pocos pasos le detuvieron dos chicos de unos dieciocho o diecinueve años. Les vi gesticular un poco justo antes de acercarme lo suficiente como para oírles.

Entonces ralentiqué el paso.

—... coño, y ¿qué queréis que haga yo?

—Pero ¿cuándo habrá?

—¡Me dicen que pronto, cuestión de un día o dos!

—¿Un día o dos? —El tono de uno de los chicos era de terror, como si acabasen de decirle que durante ese espacio de tiempo no iba a poder respirar.

—¡Yo también pierdo, joder, pero si no hay, no hay! ¿Creéis que esto crece en el jardín de casa? ¡La buena viene de donde viene!

—Hostias, Mariano...

Ya no pude ralentizar más el paso, sobre todo porque uno de los chicos, el que no hablaba, me echó el ojo encima y se quedó colgado de mí.

Continué andando.

Tuve que dar un buen rodeo para llegar hasta la moto. Y una vez en ella no perdí el tiempo. Regresé a casa sumida en mis pensamientos, a poca velocidad. Gloria Restrepo había sido camarera del Aguapanela, la tapadera del tal don Luis Bernardo. Y don Luis Bernardo vendía droga.

¿Casualidad?

Llegué a casa sin apenas darme cuenta, y justo al poner un pie en tierra, ya con el motor apagado, oí la característica señal de entrada de un WhatsApp en mi móvil.

Lo examiné.

Tenía también una llamada perdida de un minuto antes.

Primero, sonreí feliz al ver que era de Néstor.

Después...

«Llámame. A la hora que sea. ¿Nos vemos mañana?»

No era muy tarde.

Y acababa de llamarme.

«A la hora que sea».

Miré mi casa, y sentí el silencio de la noche apoderándose de mí.

Arriba, papá, la abuela, mi cama, dormir...

En mi mano, el móvil.

Néstor.

¿Cuánto hacía que no le veía?

No había nadie cerca. Me senté en la moto y marqué su número. La espera no fue larga. Al otro lado de la línea, estuviese donde estuviese, escuché su voz dulce. La misma voz que, ya con su disco sonando en todas partes, le estaba conduciendo al estrellato con cientos, miles de fans rendidas.

—Hola.

—Hola.

—Acabo de llamarte.

—Ya lo he visto. Iba en moto.

—¿De juerga o trabajo?

—Trabajo.

—¿Algo serio?

—Una esposa fugada, o desaparecida, o vete tú a saber.

—Interesante.

Miré al cielo. La luz de las farolas no era muy potente, así que se intuían algunas estrellas en el cielo. Hacía mucho que no llovía. Teníamos un anticiclón perpetuo instalado sobre nuestras cabezas.

El diálogo inicial, balsámico, para apartar los primeros nervios, quedó atrás.

—¿Qué querías? —le pregunté.

—Primero decirte hola. Después, hacerte la pregunta que te he mandado por WhatsApp.

—¿Quieres verme mañana?

—Sí.

—Miraré mi agenda.

—Berta...

—¿Y si tengo el día liado?

—¿Lo tienes?

—¿Lo tenía? Qué más daba.

—¿Estás por aquí?

—Llego a media tarde al aeropuerto —dijo él.

—¿Y ahora?

—Estoy en Vigo.

–¿Qué tal?
–Lluvioso, como siempre.
–A ti te gusta la lluvia.
–Contigo sí.

No quise centrarme en el tono, su languidez, el susurro que penetraba en mi mente y hacía que lo evocara. Para mí seguía siendo el Néstor Aguilar que había conocido antes de que grabara su disco, no la estrella en ciernes que estaba naciendo.

Lamentablemente, ya no podía separarse uno de otro.

El pasado no contaba frente a la fuerza del presente.

–¿Has actuado esta noche? –Pasé deliberadamente de su romántico comentario.

–Sí.

–Y ¿qué tal?

–Bien, mucho éxito.

–Me alegro.

Néstor ya no pudo más.

–¿Qué te pasa?

–Nada. –Cerré los ojos.

–Te noto... sería.

–Cansada –traté de rectificarle–. Ha sido un día duro, de aquí para allá.

Pensé en nuestro disco.

Sólo eso.

–Tendrías que estar aquí, conmigo, en el grupo, te lo dije –objetó él.

–Me lo dices cada vez que nos vemos, aunque no sean muchas.

–Eres increíble. –Suspiró.

–Lo sé.

–Berta...

Temí que se pusiera peor, que dijera lo que no debía, desde Vigo, con la adrenalina a tope después de actuar, a las doce de la noche.

Y yo sola frente a mi casa.

Vulnerable.

Así que, ahora sí, se lo dije:

–Ya tenemos disco.

–¿En serio?

–Sí.

–¡Bien!

–Lo he ido a recoger esta tarde. Ha quedado...

–Deberías estar en una nube. Sé lo que sentí cuando me dieron el mío.

–Y lo estoy.

–No lo parece.

–Pues lo estoy, pero con los pies en el suelo.

–Cariño, sé lo que te pasa.

Había palabras que siempre me desarbolaban. «Cariño» era una de ellas.

–¿Ah, sí?

–Claro. Ahora todo va en serio. Tenéis un disco, aunque sea autoproducido. Desde este momento es un ser o no ser. Sentís la presión de jugárosla.

–Mira el experto –me burlé.

–Por lo menos te llevo unos meses de ventaja. El mío salió antes. ¿Me lo darás mañana? Esto hay que celebrarlo.

Seguía con los ojos cerrados.

La última vez había sido muy hermoso. Incluso amanecimos juntos.

¿Vivir el momento o mantener la cordura?

–¿Berta? –agitó mi silencio.

Quería verme. Y yo a él. La pura y simple verdad: y yo a él.

Los dos sabíamos de qué iba todo.

A fin de cuentas, en la falta de futuro residía la respuesta, el quid de la cuestión: saber que no iba a sufrir, que él y yo solo seríamos...

–¿A qué hora? –me oí decir a mí misma.

–Yo estaré en mi casa.

–¿No cenaremos antes?

–Claro, por supuesto, perdona. No me refería a que... Bueno... Te prepararé pasta.

–Néstor.

–¿Qué?

–Si voy a tu casa, no cenaremos.

–Te juro que sí, con dos velitas, y escucharemos tu disco.

–¿Dos velitas?

–O una, lo que me dé el presupuesto.

–¿Plan romántico?

–A tope. Palabra de honor.

¿Cómo resistirse?

Con Néstor tenía prohibida la palabra amor, pero aun así... ¿cómo resistirse?

–Intentaré llegar lo más pronto que pueda, pero depende del ensayo. Siempre soy la que más faltas hace por culpa de mi trabajo.

–¿Te quedarás después?

–Se lo preguntaré a la abuela –bromeé sin ganas.

–¡Berta!

–Hasta mañana, Romeo.

–No, espera, no cuelgues, va. Si quieres, te llamo yo.

–¿Chica pobre, chico rico?

–No, mujer.

–Escucha, estoy en medio de la calle, sentada en mi moto, y no hay nadie. ¿Quieres que pase uno y me robe o que le guste mi cuerpo y me viole?

–¿Quieres callarte? ¿A veces tu humor es... demasiado macabro?

–No es humor, es ironía.

–En serio, me gustaría charlar un poco más.

–Después de quedar, el resto serían bobadas.
–Pero ¡si eres una romántica, no te hagas la dura!
Una romántica con coraza.
No se lo dije, porque sabía cómo quitármela.
–Mañana he de madrugar –mentí–. Buenas noches.
–Está bien –por el teléfono fluyó su desilusión.
–Gracias por llamarme.
–No seas tonta.
–De verdad. –Me estremecí rendida–. Yo también tengo muchas ganas de verte.
–Cariño...
¿Por qué hay palabras que duelen más que otras?
–Chao.
–Escucha, Berta...
–No lo digas.
–No sabes qué iba a decir.
–Por si acaso. Hasta mañana. Buenas noches.
–Buenas noches. Un beso.
–Un beso.
Y cortamos.

Al despertar, en lo primero que pensé fue en mi cita con Néstor.

Cena íntima, dos velitas, y pasar la noche con él.

Mentir a la abuela.

A veces ella olvidaba que yo iba a cumplir los diecinueve.

Seguro que no la engañaba si le decía que tenía que montar guardia en un caso de lo que fuera.

Salté de la cama y, lo reconozco, lo hice con ímpetu y alegría. Con una fuerza especial y un vigor inusitado.

Estaba contenta.

Vivir el momento.

Carpe Diem.

Me pasé tres minutos largos bajo la ducha. Miré mi cuerpo desnudo mientras me secaba. Me sentí femenina, mujer. Incluso presté atención a detalles que, día a día, me parecían superfluos, como tener una peca aquí o un granito allá. También me puse crema corporal.

Quería estar perfecta.

Y por si no iba a casa a mediodía, escogí la ropa interior más bonita.

Sexy.

Toda una vida siendo discreta, creyéndome un patito feo, y de pronto quería deslumbrar.

Al chico más guapo que jamás había conocido.

Ya vestida, me senté en la cama, riendo sola pero también temblando.

Me lo dije una vez más:

—No te enamores de él. Vive, siente, pero no te enamores.

¿Cómo se vivía y cómo se sentía, sin dejar un resquicio al amor?

Salí de mi habitación y Alejandra me dijo que la abuela había salido para hacer la compra. Era de costumbres fijas. ¿Ir al súper y comprar para toda la semana? ¿Para qué? La comida había que comprarla al día, que si no se estropeaba.

Cuando entré en la habitación de papá hice lo que siempre solía hacer: sentarme a su lado en la cama y tomarle la mano, dejar mi palma abierta bajo su dedo índice. Me acerqué a su oído y le susurré:

—Buenos días.

Tardó en responderme.

—¿Papá?

Entonces su dedo me telegrafió las primeras letras, con un deje de humor.

«T.A.Q.»

—Me alegro de que estés aquí.

«T.S.L.A.»

—Sí, estoy sola. Estamos solos, papá.

«F.V.R.»

—¿Un favor? ¿Qué favor quieres?

Y deletreó todas las letras de aquella palabra, una a una, mientras un sudor frío iba empapándome el corazón, la mente, el alma.

«E.U.T.A.N.A.S.I.A.»

Me quedé petrificada.

Mi día, mi paz, mi cita con Néstor, mi vida... de pronto todo desaparecía. La ola gigantesca de un tsunami barría las tierras de mi cuerpo. Un terremoto escala 9 derribaba todas las torres de mi resistencia y las hacía añicos.

Eutanasia.

Mi padre quería morir.

¿Cuántas veces había pensado en ello yo misma?

Le cogí la mano con tanta fuerza que temí arrancársela. Una de las dos lágrimas que cayeron de mis ojos fue a darle en el brazo. Ni siquiera sabía si él podía notarlo. No sabía nada en realidad. Le hablaba a una mente despierta encerrada en un cuerpo muerto.

Muerto, muerto, muerto.

¿Qué podía decirle?

Lo único que se me ocurrió fue acercar mis labios a su oído y susurrarle:

—Te quiero.

Su dedo me respondió.

«P.F.R.»

Por favor.

—Papá, por Dios, no hablas en serio.

«S.»

—¿Quieres que vaya a la cárcel?

«N.»

—¿Entonces?

«H.Y.F.R.M.L.A.S.»

Ni siquiera sabía por qué estaba teniendo aquella conversación. Me sentía como la mosca atrapada en una tela de araña.

—¿Qué fórmulas?

«P.R.G.T.A.L.R.N.Z.O.»

—¿Quieres que hable con Lorenzo Salas?

«S.»

—¡No, papá!

Ya no pudo contenerme. Lo abracé, aterrada. Perdí el contacto de su mano. No me asustaba lo que me pedía. Me asustaba quedarme sin él.

¿No era eso egoísmo?

Su dedo se movió en el aire.

Una vez, dos, hasta que volví a poner la palma de mi mano debajo de él.

«E.S.T.N.E.S.V.D.»

Esto no es vida.

Volví a llorar. Cayeron más lágrimas. Esta vez no le alcanzaron, pero él sabía que estaba llorando. Me lo escribió.

«N.L.L.S.»

No llores.

—¡Cállate! —le grité cada vez más asustada.

Y él me dijo:

«T.Q.E.R.O.»

—¡Ya sé que me quieres! —gemí temblando—. ¡Yo también te quiero!

Dejé de hablar de pronto al notar una sombra en la puerta. Alejandra, o la abuela. Tal vez solo hubiera pasado por delante de la habitación. Tal vez no.

Me sorbí las lágrimas.

—Papá —le hablé muy, muy al oído, como si quisiera llegar hasta lo más profundo de su cabeza—. Has de luchar, luchar, luchar. Sigues estando aquí. Y yo estoy contigo. Y la abuela. Por favor... No te rindas... Por favor, papá.

Esperé su respuesta.

Pero ya no llegó.

Ni yo insistí.

Pasó un minuto, dos, tres...

Creo que fueron cinco, o diez, no sé.

Cuando me levanté y dejé su mano supe que yo ya no era la misma, que en esos instantes mi vida había dado un nuevo vuelco.

Y lo más extraño: desee estar con Néstor.

Abrazarnos, hacer el amor y olvidarme de todo.

¿La vida propia ante la muerte ajena?

No pude ir a la cocina. Me escondí. Regresé a mi habitación y me senté en la cama. El espejo del armario devolvió mi imagen aterrada. El terremoto seguía. Bajo mis pies, el suelo se movía a pesar de que yo estaba muy quieta. En lo más profundo de la sima en la que iba cayendo, pensé que la vida estaba llena de cosas superfluas. El disco, mi trabajo, incluso...

¿Néstor?

¿Cuántas veces nos habíamos visto en los últimos cuatro meses?

La respuesta era muy simple.

Reveladora.

Tres.

Tres veces.

—Menuda relación. —Suspiré.

No, no era una relación. Era... ¿un desahogo? ¿Pasarlo bien? ¿Dos adultos libres ejerciendo esa libertad a nivel íntimo y personal?

¿Quién dijo: «cuando dos personas tienen un vínculo sin futuro, una de las dos sale herida»?

Me dejé caer hacia atrás en la cama.

Mi padre acababa de pedirme la eutanasia.
Sabendo que yo nunca podría, y sin embargo... ¡me la había pedido!
¡A mí!

Me llevé las manos a la cara y volví a llorar.
Lloré hasta que unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

—¿Berta?

—Ya voy, abuela.

—Creía que te habías vuelto a dormir.

—Salgo en un minuto.

Me obligué a mí misma a levantarme. Como una espía, entreabrí la puerta de mi habitación y oteé el panorama. Crucé el pasillo hasta el cuarto de baño en un suspiro y, una vez dentro, me examiné de nuevo. Ya no quedaba ni rastro de la Berta de unos minutos antes. Me lavé la cara a fondo, muy a fondo, y aunque era imposible evitar el enrojecimiento de mis ojos, salí dispuesta a enfrentarme a lo inevitable.

La abuela me observó mientras me sentaba a la mesa.

—Ayer volví temprano, ¿verdad? —intenté encauzar la conversación, sobre todo para decirle también que por la noche no iría a dormir.

No lo conseguí.

—¿Qué pasaba hace un momento?

—¿Dónde? —Me hice la inocente.

—Con tu padre.

—Nada.

—Berta...

—Nada, abuela, ¿por qué?

—Tú sabes por qué.

—Pues no, no lo sé.

—Discutías... o gritabas.

—A veces hace preguntas raras y me peleo con él, sí.

—¿Qué te ha preguntado?

—Si tenía novio. —Sostuve el peso de su mirada.

—¿Y por qué te ha preguntado eso?

—Cree que tengo ya más de veinticinco o treinta años. Le he dicho que no, y no me ha creído. Quería que le contara cómo es.

Era una mentira de las gordas. Tanto que hasta resultaba creíble.

La abuela ya no dijo nada más.

Luego entró Alejandra, se pusieron a hablar de algo y salieron las dos, dejándome sola.

Lo aproveché para acabar de desayunar y ponerme en marcha de inmediato, aunque antes esperé a que Alejandra estuviera sola.

—Por favor, hoy cuídelo un poco más, que no se sienta solo.

—Bien, señorita.

—Está muy abatido —insistí, sabiendo que no era la primera vez que se lo pedía.

—Me lo parece, sí —asintió ella.

—¿Le ha dicho algo?

Sonaba raro lo de «decir», cuando lo único que hacía era mover su dedo.

—No, pero se lo noto.

—¿Cómo?

—Instinto.

—¿Cree que siente y piensa como nosotros, Alejandra?

Siempre era dulce. Esta vez también lo fue. Al menos su sonrisa.

—No lo sé —fue sincera—. Vive en un mundo propio, con sus leyes, sus sistemas, sus luces y sombras, sus días y noches. Un mundo quieto por más que los pensamientos siempre vuelen. Es difícil imaginarse eso.

Muy difícil.

—Gracias —me despedí.

Hora de irse.

Primero me pasé por el hospital, para ver a Alfredo.

La UVI parecía tranquila. Nadie me dijo nada, ni me preguntaron, hasta que me aproximé a la habitación de mi amigo inspector y entonces el policía de la puerta se puso en pie de inmediato.

No era el del día anterior.

—¿Adónde vas? —me ladró con cara de pocos amigos.

—Quería ver a Blanca.

—¿Quién?

—La hermana del inspector Sanllehí.

—¿Tú quién eres?

—Una amiga.

No se quedó muy convencido.

—Ha salido un momento. Espérala en la sala de visitas.

—De acuerdo —me resigné, sabiendo que si le preguntaba algo al agente no me diría nada.

Me senté en la sala de espera, frente a los ascensores. Tal vez los padres de Alfredo estuviesen con él, pero prefería ver a su hermana. El policía que lo custodiaba siguió mis pasos atentamente.

Eso solo podía significar una cosa: peligro.

Si le vigilaban, era porque temían que su asesino tratara de rematar el trabajo fallido.

Me esperé cinco minutos, hasta que tuve una idea, me levanté y bajé al bar del hospital. Tal y como había imaginado, Blanca estaba allí, desayunando. No supe si importunarla en un momento de su descanso, pero fue ella la que me vio y levantó la mano.

—¡Berta, hola!

Me acerqué. Nos dimos dos besos y me señaló la silla de enfrente. Parecía animada. Cansada pero animada. Sus ojos eran distintos a los del día anterior.

—¿Cómo está?

—Bien. —Más que una respuesta, fue un suspiro—. Es fuerte, y se cuida a pesar de su trabajo. Está teniendo una recuperación muy buena. Posiblemente hoy mismo lo lleven a una habitación de abajo.

—O sea que si sale de la UVI...

—Es que está fuera de peligro dentro de la gravedad.

Supongo que estaba sensible por lo de papá, porque hice lo más inesperado, como si me hubiera quitado un enorme peso de encima.

Rompí a llorar.

—¡Eh, eh! —Blanca Sanllehí casi se abalanzó sobre la mesa para cogerme las manos—. Vamos, tranquila.

—Perdona —gemí.

—No pasa nada. —Me apretó las manos—. Saldrá de esta y volverá a darte la vara con lo de que te saques la licencia mientras te cuida a distancia.

En mitad del llanto me eché a reír.

Luego sucumbí de nuevo al dolor.

Blanca no supo qué más decirme.

—No es sólo... por Alfredo —conseguí articular unas palabras—. Mi padre...

—Lo imagino.

—Hoy... —me detuve a tiempo.

¿Cómo se le dice a una persona, a una extraña a la que veía por segunda vez, que tu padre quiere morir y pide la eutanasia?

—Debe de ser duro —reconoció mi compañera—. Vamos, ¿quieres verle?

—¿Puedo?

—Un minuto. —Me advirtió—. Está consciente pero se fatiga. Creo que le irá bien empezar a ver gente. Le dije que viniste ayer y se alegró mucho.

—Gracias.

Nos levantamos y caminamos hacia los ascensores. Blanca iba cogida de mi brazo. Pese a la diferencia de edad, intuí que fácilmente podríamos ser amigas.

Pensé que me gustaría.

Subimos en silencio y al llegar a la planta caminamos despacio por el pasillo. El policía volvió a levantarse de la silla que ocupaba. Me miró a mí, la miró a ella. No dijo nada y nos saludó con una inclinación de cabeza cuando pasamos por delante y nos metimos en la habitación.

Alfredo tenía los ojos cerrados y la única compañía en ese momento era la de su madre. La mujer hizo ademán de ir a levantarse pero se lo impidió con un gesto rápido. La besé en la mejilla y ella me acarició la mía con bondad.

—Alfredo, mira quién ha venido —susurró Blanca.

Me detuve junto a la cama. Seguía lleno de tubos y cables, con un aspecto desastroso, pero el color empezaba a orlar sus mejillas y el cambio en veinticuatro horas se notaba.

—Alfredo —musitó por segunda vez su hermana.

—No lo despiertes, por favor. —Me sentí incómoda.

—Está despierto. Se hace de rogar. —Me guiñó un ojo—. Ha venido una chica a verte.

Ahora sí, el herido levantó los párpados.

Me vio y me reconoció. Esbozó una sonrisa.

—Vaya —dijo con una voz muy débil.

—Hola. —Me acerqué a él sin saber qué hacer.

—No me digas que tienes problemas y he de levantarme para pillar a alguien.

—No —le respondí muy seria.

—Menos mal. —Volvió a cerrar los ojos y lanzó un suspiro de paz.

Luego los abrió de nuevo y me sonrió. Era la primera vez que no actuábamos como policía y detective loca.

—Gracias —dijo.

—Mucho dar consejos, y tú...

–Yo trabajo en esto –me recordó.

–Ya.

–¿Cómo va todo?

–Tranquila. –Metí la mano en el bolsillo de la cazadora y saqué nuestro disco–. Te he traído un regalo, aunque no podrás oírlo hasta que salgas de aquí.

Lo cogió con la mano libre y creo que capté un destello de orgullo y otro de emoción en su rostro.

–Directa al estrellato –le dio la vuelta para leer los créditos de la parte de atrás.

–No creo.

–Si así dejas de jugar a policías y ladrones...

–No abuses de tu estado –le previne.

Blanca asistía entre curiosa y divertida a nuestro diálogo. Saber a su hermano fuera de peligro había cambiado las cosas. El intento de asesinato quedaba de pronto en segundo plano. Aunque fuera de momento.

–Voy a estar un tiempo fuera de la circulación, así que si te metes en líos, no voy a poder ayudarte. –Bajó la mano y cubrió el CD con ella sobre su pecho.

–Tampoco es para tanto. Por un par de veces que lo has hecho...

–Blanca.

–¿Sí, Alfredo?

–Mátala, ¿quieres? Yo no puedo.

Su hermana le acarició la frente. Alfredo había cerrado los ojos otra vez.

No los abrió de nuevo.

–Será mejor dejarle descansar –dijo ella.

–Oh, sí, claro. Lo siento.

–Para nada. Ya te digo que es lo que necesita.

Puse mi mano sobre la de él.

Una despedida.

Y le vi sonreír.

Después besé en la mejilla a su madre y seguí a Blanca para abandonar la habitación. El agente nos lanzó otra mirada, más serio incluso que a la entrada.

–¿Se sabe ya quién lo ha hecho? –pregunté.

–No. Y si lo saben no nos lo han dicho, menudos son con los secretos sumariales, las investigaciones y todas esas cosas. –Mi compañera se colgó de mi brazo por segunda vez–. Según los testigos, el que disparó era un tipo alto, cabello corto, con traje negro, gafas oscuras, frío como un témpano.

–¿Un profesional?

–Sí –admitió Blanca.

–Eso es malo, ¿no?

–Bastante. No se trata de la venganza de un solitario o un loco ajustando cuentas. La bala que iba al corazón se desvió de milagro, por las gafas que llevaba en el bolsillo. Las varillas son de hierro, ¿sabes? Y no sólo tuvo suerte en eso. El tipo apretó el gatillo tres veces.

–¿Cómo que tres veces?

–La tercera no hubo disparo. El arma se le debió de encasquillar. –Blanca se estremeció al agregar–: Era la bala de la nuca.

Casi se me doblaron las piernas.

Se despejaban las dudas. Sí habían querido matarle disparándole a la cabeza.

Bendita tercera bala que nunca llegó a salir.

–¿Por qué no un solo disparo en la cabeza? –me atreví a preguntar.

–Según los expertos, es un ritual. La primera duele, el herido se da cuenta de que va a morir, y esos segundos se hacen eternos. –Blanca era capaz de hablar con inusitada frialdad–. La segunda es la del corazón, la muerte. La tercera es la que remata a la víctima.

Un ritual.

Mucho odio.

Yo no me atrevía exteriorizar eso en voz alta.

–Le cogerán, seguro –dijo Blanca con más ánimo que certeza–. Los policías son muy corporativos. No les gusta que los maten.

–¿Nadie intentó detenerle? ¿Qué hicieron los testigos?

–¿Qué iban a hacer? El hombre se guardó la pistola y se marchó tal cual, sin siquiera apretar el paso, caminando. Pero la gente que lo vio estaba paralizada. Actuó con absoluta impunidad, como si fuera invisible. Luego todos corrieron a auxiliar a Alfredo.

–¿Saben que él está vivo?

–Sí. Los medios ya han dado la noticia.

–Entonces...

Estábamos en los ascensores. Hora de separarnos.

–A lo mejor piensan que ya lo han asustado bastante y no lo intentan de nuevo. Si creen que con esa lección basta...

Ni ella se lo creía.

Ni yo.

Un asesino invisible anda suelto.

–Ojalá. –Me acerqué para darle un beso al abrirse las puertas del ascensor.

–Gracias, Berta.

Fue un abrazo rápido, pero cálido.

Las puertas se cerraron y regresé al mundo de los vivos, a ras de calle.

Seguía sin saber qué hacer con Mateo Miró.

Desconcertada.

Sólo tenía que llamar a Hortensia Soldevila, decirle que A) me había mentido y B) no había por dónde meterle mano al hombre que, según ella, tenía sus películas comprometidas.

¿Por qué no lo hacía?

¿Podía permitirme el lujo de ser curiosa, o morbosa, o todo a la vez?

¿Era porque los ricos pagan bien?

En el caso de Gloria Restrepo, al menos tenía una pista.

Por leve que fuera.

El día anterior, cuando había llegado al piso que compartían las chicas, Cecilia acababa de irse a trabajar. Tenía una hora de margen para pillarla en casa, de lo contrario, a esperar a las once de la noche y hacerlo en plena calle, a la salida de su trabajo.

Le di un poco de gas a la moto para aprovechar el tiempo y por segunda vez crucé aquel vestíbulo sin que la portera me preguntara nada. Su cara más bien fue de fastidio cuando la saludé y me devolvió los buenos días. El miniascensor se detuvo en la cuarta planta.

Llamé esperando que me abriera Natalia, la del teléfono erótico.

Pero la que lo hizo fue otra, un poco más alta, espigada, con una camiseta tres tallas más grande que la cubría hasta la mitad de los muslos. Iba descalza y, lo mismo que las que ya conocía, lucía unos pies con las uñas convertidas en obras de arte. Me miró con cara de sueño, ojos entrecerrados, mascando chicle con fuerza.

—¿Está Cecilia?

Fue rápida.

—No lo sé. Pasa —dio media vuelta y, mientras caminaba, gritó—: ¡Ceci!

La puerta de la derecha, la más cercana a la entrada, era la habitación de Natalia. No la había oído hablar porque estaba escuchando a alguien por teléfono.

Ahora sí lo hizo.

—Mi amor, cuánto me gusta que me digas eso...

La dejé atrás y seguí a la que me acababa de franquear la entrada del piso.

En otra habitación vi a una tercera chica no menos guapa bailando con unos auriculares puestos y los ojos cerrados.

De locos.

O no.

Un paraíso para cualquier chico con ganas de marcha y material para escoger.

Me encontré en una sala común, llena de cosas por todas partes, y sola. Mi acompañante se había evaporado. Mi instante de vacilación por suerte fue breve.

Cecilia apareció por una de las dos puertas que daban a la sala.

Al verme frenó en seco.

–¿Tú? –Y sin dejarme abrir la boca agregó–: ¿Qué haces aquí?

Ahora era un pulso. Por lo menos conocía ya un poco bien mi oficio de detective. Quien se dejara amilanar menos, ganaba. Y por alguna extraña razón, la palabra detective se asociaba, por suerte, a representante de la ley.

Cecilia era una emigrante, a lo peor tan clandestina como Gloria.

–Tenemos que hablar. –Mantuve la calma.

–¡No, no tenemos que hablar para nada! ¡Vete, niña!

–Es tu amiga –le recordé.

–¡Si se ha ido es por algo!, ¿no?

–Anoche dijiste que estaba en peligro.

–Yo no dije eso. –Se asustó.

–No. Dijiste: «Conseguirás que la maten si vas haciendo preguntas por ahí. Y también a él». Lo dijiste y echaste a correr

–¡Yo no dije eso! –gritó un poco más fuera de sí.

–Sí lo dijiste, Cecilia. –En lugar de forzar la máquina opté por implorar–: Vamos, por favor, confía en mí.

–¿Confiar? –Arrugó la cara hasta convertirla en una máscara–. ¡Si ni siquiera te conozco!

–Tienes miedo.

–¿Yo? –Soltó una risa falsa–. ¿Estás loca o qué?

–Fui al bar, al Aguapanela.

Dejó de gritar, de estar a la defensiva, de moverse como una fiera enjaulada. Primero tuvo una convulsión. Después un espasmo. Dilató los ojos y más allá del miedo apareció el pánico.

Ya no la solté, aunque me arriesgaba a que se pusiera histérica.

–Sé que ese hombre, Luis Bernardo, vende drogas –disparé a ciegas.

Se le doblaron las rodillas.

–¡Ay, Dios! –se asustó hasta casi un punto sin retorno.

–Tienes que hablar conmigo –le hice ver–. Mejor yo que la policía.

Jugué fuerte.

Y perdí.

Se puso histérica.

–¡Vete! ¡Vete y déjame en paz! ¡Basta, basta, basta! –Su rostro se contrajo, los ojos se le dilataron al máximo, levantó las manos al cielo y dio un par de pasos, sin saber adónde ir, uno a la derecha y otro a la izquierda–. ¡Natalia! ¡Catalina! ¡Susana! ¡Vengan... vengan...!

La primera en aparecer a la carrera fue la que había abierto la puerta. La segunda Natalia. Faltaba la tercera, la que bailaba con los auriculares puestos.

–¿Qué sucede? –dijo llena de alarma la chica descalza con la camiseta tres tallas mayor.

–¿Quieres dejar de gritar? –la reprendió Natalia–. ¡Se te oye hasta por teléfono! ¡Menos mal que había terminado!

Cecilia ya no estaba sola. Tenía a su gente.

Eso la descontroló del todo.

—¡Échenla de aquí! ¡Está loca! ¡Nos meterá en un lío a todas! ¡A todas! ¡Anda buscando a la Gloria!... ¡Échenla!

Llevaba las de perder. Y tampoco quería pelearme con tres chicas. Cuatro, si la de los auriculares se enteraba de algo y se sumaba a la fiesta.

—Me voy. —Levanté las manos con las palmas por delante—. No quiero líos.

—Mejor —dijo Natalia.

El pánico seguía haciendo mella en Cecilia. Apoyada en una silla, con las dos manos engarfiadas, la expresión enloquecida, continuó gritando.

Más y más.

—¡Deja de buscarla! ¿Entiendes? ¡Déjalo o...!

—¿O qué? —me atreví a preguntar.

Fue lo último que dije.

No me empujaron físicamente, pero sí con su energía y sus expresiones decididas. Yo era la intrusa. Sé que incluso me habrían agredido, como defensa. Fui retrocediendo, de espaldas, hasta que al salir de la sala di media vuelta y caminé de frente. La chica de los auriculares seguía bailando con los ojos cerrados. Creí escuchar un eco lejano con sabor a salsa.

Cecilia dejó de gritar.

La oí venirse abajo y romper a llorar.

Supe que si decía «lo siento» sería peor, así que alcancé la puerta del piso, que seguía abierta porque yo no la había cerrado al entrar, y sin esperar al ascensor bajé a pie.

El portazo fue de aúpa. Hizo temblar el edificio entero.

Al llegar abajo me encontré a la portera, de pie, mirando por la escalera. No se amilanó ante mí, al contrario. Fue casi como si me acusara de todo.

—¿Qué ha sido ese escándalo? —protestó airada.

Esta vez sí lo dije:

—Lo siento.

—¿También eres de fuera?

—No, no señora. —Tuve un destello de inspiración y se me ocurrió comentarle—: Estoy investigando algo. Departamento juvenil de la policía.

Eso la contuvo. Le cambió la cara.

—¿La policía? —Cerró los labios en una mueca de superioridad y exclamó—: No me extraña.

—¿Por qué?

—Es sobre las del cuarto, ¿no?

—Sí.

—Pues eso, que no me extraña. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Cada mes llega una nueva y se va otra. Es un no parar. Esto parece el metro en hora punta. ¡Y menos mal que no suben chicos, al menos de día, porque lo que hagan de noche...! ¿Qué quieres que te diga? La dueña dice que son buenas chicas, estudiantes y todo eso, pero a ella

mientras le paguen el alquiler... –Hizo un gesto de suficiencia–. La que está aquí y lidia con los vecinos soy yo. Y claro, tantas chicas solas, guapas... Pues los vecinos se quejan, claro. Mucho mirarlas pero luego...

Dejé que se explayara a gusto antes de volver a intervenir.

–Estamos buscando a una que ha desaparecido.

–Ah, ¿sí?

–Por eso estoy aquí, no tema.

–No, si yo... Y ¿quién es?

–Gloria Restrepo.

–No me sé el nombre de ninguna –reveló–. Como te digo, entran y salen como si nada. Saqué la foto que me había dado Fernando Miralles y se la mostré a la portera.

–¿La reconoce?

–Sí, sí –asintió vehemente–. Vivió aquí mucho tiempo, era de las veteranas. Un día me dijo que se casaba.

–¿Estaba contenta?

–Oh, sí, mucho. Se la veía muy enamorada.

–¿Le conoció a él?

–Una vez, sí. Nada más.

–¿Y también le dio la impresión de que estaban enamorados?

–Como pajaritos. De eso sí puedo hablar porque he tenido cinco hijas, ¿sabes? Y todas casadas.

–¿No ha vuelto por aquí? –Me guardé la foto.

–No, seguro. Al menos de día. Yo cierro la portería a las nueve y a partir de esa hora... Allá cada cual en su casa.

–¿Hablaban usted con ella?

–¿Con la desaparecida? No, no. Hola-hola, adiós-adiós. Era muy agradable, eso sí. La que más. Porque, a ver, simpáticas sí son, y muy alegres, pero a mí lo que no me gusta es eso de hoy duermen seis y mañana siete y al otro se va una y llega otra, no sé si me explico. Ella... ¿Gloria? –continuó lanzada después de asentir yo–. Pues Gloria era muy guapa, siempre tan arreglada y limpia. Cada semana a la peluquería, pelo, uñas... No me extraña que pillara marido.

–¿Iba a la peluquería?

–Sí, sí. Ella sí. Ahí en la esquina. También son de por allá. –Movié la mano como si en lugar de al otro lado del Atlántico hablara de la Luna.

–Gracias, señora –me despedí.

–¿Te he ayudado en algo? –se asustó de repente–. ¡Oh, y perdón, yo hablándole de tú...! ¡Claro que es tan joven! No sabía que la policía tuviera un departamento juvenil.

–Me ha sido de mucha ayuda, sí. –Salí a la calle con ella pisándome los talones.

El rótulo de la peluquería Esmeralda estaba a unos quince metros.

La peluquería Esmeralda tenía poco de autóctona. Era como si un pedacito de Colombia estuviera en la esquina. Y desde luego, era colombiana, porque los colores de la bandera presidían la parte superior de la puerta. Los rótulos de la cristalera y de un gran display de cartón situado junto a la entrada me dejaron boquiabierto, tanto por las expresiones como por el lenguaje. No solo cortaban y arreglaban el cabello del personal, también daban clases y lo que hiciera falta: «Especialización en químicos: Lo más avanzado y moderno en tintura de cabello, permanente y alisset, aplanchado y cepillado»; «Maquillaje para novia, quinceañeras, universitarias y ejecutivas. Uso colectivo de implementos de maquillaje»; «Encrespado permanente de pestañas en una sola clase»; «Cursos de manicura y pedicura, seminario de estética corporal»; «Cortes masculinos: plancha, face, estadio, francés, cortes desvanecidos con barbera, hongos degradados, el siete, cuadro, clásicos a tijeras, yersi, alemán, ruso y muchos más. Técnicas avanzadas»; «Cursos de peinados: moñas, trenzas, crespos, modernos, clásicos, sobrios y sofisticados»; «Curso de maquillaje para resaltar las facciones del rostro».

Sería porque yo no pisaba peluquerías, pero se me antojó delirante, no tanto por la jerga, «quinceañera», «yersi», «face», «hongos degradados», como por la cantidad y variedad de opciones que se ofrecían.

Dada la hora, no era de extrañar que solo hubiera una parroquiana y dos dependientas no mucho mayores que yo. Hablaban por los codos en el instante de aparecer, lo cual era buena señal. La idea de que en una peluquería se contaba lo que a lo mejor no se contaba luego en la calle o en casa, se afianzó en mi ánimo. En cuanto me vieron las dos chicas, bastante jóvenes, dejaron de parlotear y se dieron cuenta de que, si iba para que me arreglaran, tendrían trabajo. Estuve a punto de decirles lo de mi cita con el cantante más guapo del mundo y que a ver qué podían hacer conmigo, pero me dio miedo.

La peluquera que estaba libre se acercó a mí sin apartar sus ojos de mi cabello.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, pero no vengo como clienta, lo siento.

—¿Ah, no? —mostró su extrañeza.

—Estoy buscando a una amiga. Me dijo que venía aquí siempre, cada semana.

—¿Quién es?

—Gloria Restrepo. Vivía ahí al lado.

—Sí, Gloria —sonrió—. Ahora viene menos porque se casó y le pilla más lejos.

—Pero viene.

—Sí, sí.

—¿Sabes dónde para?

—¿Para?

—Dónde está —intervino la otra sin dejar de manipular el cabello de su clienta. Y se dirigió a mí para aclararme—: Allí pararse es ponerse en pie. En cambio para ustedes es

quedarse quieto o preguntar dónde se encuentra una persona.

—Llevo poco menos de un año en Barcelona —se excusó la que hablaba conmigo. Y retomó mi pregunta—. No sé dónde está. Hablamos de muchas cosas, pero intimidades o lo personal...

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

—No hace mucho. Unos días. Antes del viaje.

Intenté parecer tranquila pese a que, por fin, tenía un indicio claro del paradero de la mujer de Fernando Miralles.

—¿Se iba de viaje?

—Sí, a Colombia. —Apareció su lado profesional—. Me dijo que tenía que estar muy guapa, como una modelo.

—¿Te dijo el motivo?

—Creo que a las guapas las miran pero no les hacen nada.

—¿Nada de qué? —no entendí su argumento.

—Aduanas y todo eso.

—Gloria puede pasar muy bien por chica de modelaje —intervino de nuevo la otra peluquera—. Cuando se pone tacones, ropa ceñida, un buen escote, bien maquillada... Es muy guapa.

—¿Qué impresión os dio?

—¿Qué quieres decir? —continuó la que hablaba conmigo.

—¿Estaba alegre, preocupada...?

—Sería. Diría que triste. O como resignada, no sé. Yo le hablé de que ir a casa, aunque fuera por unos días, era muy bonito, pero ella no parecía disfrutarlo. Tenía una carita... Cuando se marchó y le deseé buen viaje y le dije que hasta la vuelta, me pareció que iba a llorar. Fue muy extraño. Lo comentamos, ¿verdad, Laura?

—Sí, lo comentamos. —Laura me dirigió una mirada con el ceño fruncido al darse cuenta de que, en realidad, las estaba interrogando. Dejó de manipular el cabello de su clienta y me preguntó: Oye, ¿tú quién eres?

—Una amiga. —Puse cara de circunstancias—. Pero es que no sé nada de ella y me estaba empezando a preocupar. No me habló de ese viaje.

—¿Y su esposo?

—Tampoco sabe nada de ella.

Las dos chicas alzaron las cejas.

—¿No?

—No. Es un misterio.

—Qué extraño —dijo Laura.

—Ella no tiene a nadie en Colombia, al menos familia muy directa —comenté—. Ese viaje no puede ser más raro.

No hubo respuesta por parte de ninguna de las dos. No sabían nada.

—¿No le preguntasteis a qué iba?

—Dijo que a resolver unos asuntos —fue imprecisa mi interlocutora.

Gloria Retrepo había querido estar muy guapa, como una modelo, para destacar pero,

al mismo tiempo, que no la registraran demasiado en la aduana.

¿Quién le había dicho eso?

–Siento haberos molestado –me excusé.

–Oh, no, tranquila –dijo la que había hablado conmigo.

–Hay para preocuparse, claro –convino Laura.

–Era feliz con su marido, eso sí puedo asegurarlo –continuó la primera–. Desde su matrimonio se la veía contenta, radiante. Estaba muy enamorada.

–Así que no habrá regresado a Colombia por nostalgia.

–No, para nada –manifestó Laura con firmeza.

–Allá lo pasó mal. Aquí tenía una nueva vida y un futuro –lo definió perfectamente la otra.

–Gracias –me despedí.

–Tendrías que hacer algo con este pelo. –Señaló mi cabeza Laura–. Si te lo arreglas bien...

Le sonreí.

–Lo pensaré.

Salí a la calle y me dirigí a la moto mientras sacaba el móvil del bolsillo y marcaba el número de Fernando Miralles. Una vez más, fue como si tuviera el teléfono al lado, pendiente de cualquier llamada. La primera señal ni llegó a extinguirse.

–¿Sí?

–Soy yo –le dije como si mi nombre no hubiera salido en su pantalla en caso de tenerlo ya registrado en la memoria.

–¿Hay algo? –Le pudo la ansiedad.

–Antes de desaparecer, ¿sabía que Gloria estuvo en la peluquería?

–Sí, claro. Llegó a casa radiante, muy bonita. ¿Cómo sabe eso?

–El señor Mir está haciendo progresos. ¿Qué le dijo?

–¿Progresos? ¿Qué clase de progresos? –saltó.

–Tenemos una pista. Responda a la pregunta, por favor. ¿Qué le dijo cuando apareció tan guapa?

–Fue una sorpresa. A veces celebramos los aniversarios más tontos, que si los meses de un primer beso, que si las semanas de la primera vez que nos acostamos juntos... Cosas así. Simples excusas para pasarlo bien. Quiso regalarme una noche mágica. Me dijo exactamente eso. Que iba a ser una noche mágica.

–Y ¿cuándo desapareció?

–Al día siguiente.

Gloria se había despedido de su marido.

Y él ni se había dado cuenta.

Me mordí el labio inferior sin saber cómo continuar.

–¿Puedo hacerle preguntas íntimas, señor Miralles?

–Sí.

–¿La notó rara esa noche?

–Fue muy... apasionada. Me amó de una forma... Se abrazaba a mí y no paraba de

decirme lo mucho que me quería.

—¿Por qué no me contó esto el otro día?

—Tú lo has dicho: son cosas íntimas. Tampoco era tan inusual. Siempre ha sido así, cálida, emotiva, muy intensa. Recuerdo que me dijo que sin mí no sabría ya qué hacer.

—¿No le extrañó?

—No, ya te lo he dicho. No era la primera vez. ¿Por qué te crees que sé que ha tenido que pasarle algo? Ella no se habría ido sin más —dejó de hablar de pronto, como si entendiera algo evidente, o reflexionara, o despertara, y entonces susurró sin apenas voz—. ¿Crees que... se despedía de mí?

No podía decirle por teléfono que su mujer estaba en Colombia.

No de momento.

A él le había dicho que no tenía pasaporte, que lo había perdido.

Gloria mentía. ¿Por qué?

—El señor Mir está íntegramente dedicado a su caso. —Evité responder a su pregunta—. Como le he dicho, tiene una pista. Pero es mejor no aventurar nada, ¿entiende? Sólo me dice que le pida paciencia.

—Me estoy volviendo loco... —Pareció a punto de echarse a llorar.

—Pedirle que sea fuerte tal vez sea demasiado, lo sé, pero debo hacerlo. Ha de confiar en nosotros. Ahora mismo es todo lo que tiene.

Intenté parecer segura al decirlo.

De hecho, lo único que tenía era a mí, una chica de dieciocho años que jugaba a los detectives.

Lo que se jugaba Fernando Miralles era la felicidad.

El problema de tener dos casos a la vez es que se mezclan las opciones, las preguntas, se solapan las horas, hay que decidir las prioridades.

Aparqué el de Gloria Restrepo en cuanto llegué a mi moto. La única pista real seguía siendo el Aguapanela. Lo malo es que la teoría que se iba formando en mi mente no podía ser peor ni más dramática para mi cliente.

Si era como imaginaba, Gloria tal vez estuviese ya perdida. En una cárcel de allí o de aquí.

Era demasiado temprano para ir al bar del Raval. Opté por dedicarle mi tiempo a Mateo Miró. Por lo menos, quería cerrar el caso, saber por qué había mentido Hortensia Soldevila y qué pintaba aquel hombre en su vida. La factura sería igualmente sustanciosa, y Hortensia la pagaría sin chistar. ¿Herencia de su abuela? Podía apostar a que no, que no necesitaba herencias.

Llegué a la casa en la que vivían Mateo Miró y su madre y aparqué la moto en un lugar seguro, porque me temía que la espera iba a ser larga. De todas formas, quise estar segura de algo, así que lo primero que hice fue llamar al timbre del interfono situado junto a la puerta de la calle.

Crucé los dedos.

—¿Sí? —preguntó una voz de hombre.

Mateo Miró estaba en casa.

—¿El señor Salcedo?

—¿Quién?

—Enrique Salcedo.

—No, se equivoca.

—Perdone.

Me alejé rápido, por si le daba por salir, y me dirigí al bar donde había comido el día anterior. El camarero latino se alegró de verme, porque sacó todos sus dientes a tomar el sol en una exagerada sonrisa.

—¿Qué va a ser?

—Una agua mineral. —Me sentí un poco mala—. La de ayer estaba muy buena.

No acabó de pillar la ironía y dejó para más tarde cualquier respuesta graciosa o intento de hacerse el guapo.

Igual se pensaba que había vuelto por él.

La panadera de enfrente de la casa de los Miró me había dicho que él entraba y salía mucho de su piso. La madre que su hijo buscaba trabajo. Un hombre de más o menos treinta y cinco años, aproximadamente, viviendo todavía con su progenitora. Raro no era, pero singular, sí.

El agua mineral aterrizó en mi mesa. Yo, por si acaso, tenía el móvil en la mano fingiendo que iba a llamar a alguien. El camarero colocó la botella y el vaso con la rodaja de limón en la mesa y me dejó en paz.

Volví a concentrarme en mi vigilia.

Media hora después, igual que el día anterior, apareció la madre de Mateo Miró, con sus bolsas de la compra.

¿Y si comía ya algo, por si las moscas?

Decidí que no. Si me traían la comida y a Mateo le daba por salir, yo tendría que dejarla y perseguirle a la carrera. Si no comía, no comía. Mala suerte. Esta vez tampoco llamé a la abuela.

Pensé en papá. Pensé en Alfredo.

Tenía dos de sus comentarios atravesados en mi mente.

«No me digas que tienes problemas y he de levantarme para pillar a alguien», había sido uno.

«Voy a estar un tiempo fuera de la circulación, así que si te metes en líos, no voy a poder ayudarte», había sido el otro.

Se tomaba muy en serio lo de ser mi ángel de la guarda.

Me pareciera a Yolanda o no.

Cogí de nuevo el móvil y entré en internet. En el buscador teclee las palabras «Escuela detectives».

Me aparecieron un sinfín de páginas.

Durante la media hora siguiente, tuve un ojo fijo en la puerta de la casa de los Miró y otro en las webs que iba recorriendo para enterarme de lo que tenía que hacer para sacarme la licencia de detective. Era la primera vez que me interesaba por ello. Curiosamente, muchas eran webs o páginas latinoamericanas, la más completa una de Perú que de todas formas leí. «Mayoría de edad», «Secundaria completa», «Aptitudes físicas y capacidades psíquicas», «No tener antecedentes»... Españolas no había demasiadas, al menos con información que me interesara. Poco a poco, sin embargo, fui haciéndome una idea.

A los estudiantes de Detective y Criminología se les sigue considerando como «bichos raros» y son muy pocos los que conocen la existencia de estudios sobre la materia.

En España hay trece institutos de Criminología repartidos por Valencia, Alicante, Barcelona, San Sebastián, Santiago, Madrid, Córdoba, Granada, Sevilla, Cádiz, Málaga, Santander y León, adscritos a las Facultades de Derecho, además de una escuela privada de Ciencias Criminológicas, adscrita a la Universidad de las Palmas y dos másteres en Barcelona y Albacete. Cada instituto se rige por unas normas pero los estudios duran tres años y se dividen en dos ramas: Criminología y Detective. Para estudiar Detective, basta con tener el Bachillerato y la Selectividad, aunque en algunos casos hay que superar pruebas de acceso. Los dos primeros años de los estudios de Criminología y de Detective son comunes, excepto algunas asignaturas, y en tercero, comienza la especialización y las prácticas. Clases de conducción, elaborar el perfil del asesino y la víctima, cómo disparar una pistola, cómo se revelan las huellas y la sangre son algunas de las prácticas que realizan, aunque, como siempre,

son escasas. Derecho Penal, Psicología Criminal, Biología, Criminología, Psiquiatría Forense, Prácticas Policiales y Policía Científica son algunas de las asignaturas que se imparten.

Se trata de una profesión que tiene sus límites. Las escuelas de detectives centran su enseñanza en el Derecho y la Legislación, debido a que no pueden moverse al margen de la ley. El derecho a la intimidad, a la propiedad privada y todo lo que se consagra en la Constitución, establece para ello su marco de trabajo.

Por si no lo había comprendido ya, empecé a darme cuenta de lo que Alfredo había estado haciendo por mí, fingiendo no saber mucho más de que yo estaba tan loca como necesitada.

Llevaba casi un año saltándome la legalidad por el forro. Y actuando como una kamikaze.

Papá nunca me contó cómo se sacó la licencia. Para mí era como si ya hubiese nacido con ella. Siempre lo había sido.

Llamé al camarero y pedí otra agua.

Mateo Miró seguía sin salir de casa.

Empecé a odiarle.

Las escuelas de detectives forman personas normales cuyo trabajo puede equipararse al de un periodista. Los países europeos son los que más escuelas de detectives poseen. En España un detective no puede trabajar sin la T.I.P. (Tarjeta de Identificación Profesional) facilitada por el ministerio del Interior.

Dejé de leer.

Tres años.

—Mierda.—Me di cuenta de un detalle.

Iba a salir nuestro primer disco.

¿Tan poca fe tenía en él o en el grupo, que iba a ponerme a estudiar precisamente ahora? ¿Tocaría en una banda, trabajaría ilegalmente de detective y estudiaría, todo a la vez?

De locos.

Me sentí desalentada.

Y encima, papá me pedía la eutanasia.

—Néstor... —Cerré los ojos.

Ésa era la guinda.

Volvería a pedirme que lo dejara todo y me fuera con él.

Así de fácil.

Me pasé la mano por la cara, como si con ese gesto pudiera barrer todas mis preocupaciones y mis pensamientos, y justo en ese momento, quizás para ayudarme a retrasar todas mis decisiones, Mateo Miró salió de su casa.

Dejé el dinero de las dos aguas y salí a la carrera. El camarero apareció en la puerta y

me dijo adiós con un deje de nostalgia. A una distancia de unos diez metros, mi perseguido parecía caminar cabizbajo. Lo hacía con pesadez, la cabeza ligeramente caída, sin mucha elegancia. Si se subía a un autobús o un metro, no tendría problemas, pero si le daba por coger un taxi y no encontraba yo otro...

Mateo Miró llegó a una parada de autobús en la calle de Sants. Me situé cerca de él y seguí observándole. Tenía la vista perdida, o bien en el suelo o bien en algún lugar situado frente a sí, en ninguna parte. Cuanto más le miraba, más pensaba en la historia de Hortensia, lo del «tórrido romance». Si actuaba como una actriz, lo hacía bien. Era lo único que no deliraba en todo aquello.

Mi hombre se subió al primer autobús que pasó.

El trayecto fue corto, dos paradas. Primero lo hizo de pie. Luego sentado. Se incorporó al llegar a la plaza de España y me levanté. Medio autobús se apeó en ella. Él se dirigió a las torres venecianas que abrían el acceso a Montjuïc, en la avenida de la Reina María Cristina. Se detuvo al amparo de la que estaba situada a la derecha y entonces se apoyó en la pared.

Discreto.

Como si se ocultara.

Transcurrieron no más de cinco minutos.

Desde mi posición, sentada en el bordillo como una turista más, pude ver cómo se envaraba de pronto, al ver aparecer a una chica de entre catorce y quince años, quizás incluso menos, porque era bastante alta y formada. La aparecida estaba nerviosa, y mucho. Dio la vuelta a la torre sin que Mateo Miró se moviera. Ella sí se fijó en él.

Transcurrieron un par de minutos más.

Mateo ya no la miraba a ella. Miraba su entorno, arriba y abajo, como si buscara algo.

Finalmente se le acercó y la abordó.

La chica disparó sus nervios. Hablaban en voz baja, pero ella empezó a gesticular. Lo hizo hasta que él le cogió el brazo y ese contacto debió de resultar eléctrico, porque se le doblaron las piernas. Se puso a llorar. A él le bastó otra presión para que dejara de hacerlo. Pero el miedo que desprendía ella era tan intenso que me alcanzaba de lleno. Lo malo era que si me acercaba, me delataría. En su inspección ocular, Mateo ya se había fijado en mí.

Tenía que guardar distancias.

Finalmente los dos se pusieron a andar.

Sabía que él volvería la cabeza, así que seguí sentada, mirando en otra dirección aunque sin perderles de vista de reojo.

Lo hizo, volvió la cabeza.

No me levanté hasta que casi estaban fuera de mi alcance, enfilando el Paralelo. Eché a correr hasta la esquina y me metí en la boca del metro. Desde su amparo recuperé su imagen. Mateo caminaba de forma muy diferente a como lo había hecho antes, en tensión, mirando una y otra vez a su alrededor. La chica en cambio lo hacía abatida, con los ojos fijos en el suelo.

Rebasaron la calle Lleida y continuaron su marcha. Luego doblaron a la derecha, por

Font Honrada.

Ahí fue donde casi les perdí, porque cuando llegué a la esquina, jugándome el todo por el todo, ellos entraban en una casa vieja situada en la misma acera.

Un segundo más y no habría sabido dónde se metían.

Caminé hasta la casa y le eché un vistazo. Tenía una sola planta. El día menos pensado la echarían abajo, o se caería. De momento se mantenía en pie y Mateo Miró estaba en ella.

Con una adolescente.

Una adolescente que no lo conocía, nerviosa, y que había llorado después de encontrarse con él.

De la misma forma que intuía lo que podía haberle sucedido a Gloria Restrepo, me estremecí al intuir lo que podía estar sucediendo allí.

El papel de Hortensia Soldevila no me cuadraba, pero el de Mateo Miró...

Me pasé a la acera de enfrente, en la esquina con el pasaje Prunera. Las dos ventanas de la casa tenían rejas y las persianas bajadas. Incluso parecían rotas, como si jamás se hubieran levantado o llevaran años así. Por si mi perseguido reaparecía, me aparté lo suficiente, calle arriba.

Estaba segura de que, cuando saliese, regresaría al Paralelo.

Esta vez no me dio por pensar. En nada. Ni papá, ni Alfredo, ni el disco...

Miraba el edificio y me estremecía al imaginar lo que pudiera estar sucediendo en su interior.

Mi estómago me recordó que no había comido.

Mi cabeza me recordó que lo peor para un detective era involucrarse, tomar partido, dejar que sentimientos y emociones nublaran la cordura y alteraran el trabajo por el que había sido contratada.

Cordura y eficacia.

Hay esperas y esperas. Esperas rápidas, esperas lentas y esperas infinitas.

La mía fue infinita.

Infinita a pesar de que solo transcurrieron cuarenta y cinco minutos.

Cuando la puerta volvió a abrirse apareció la chica. Nada más pisar la calle echó a correr.

Pensé en seguirla. Pero mi objetivo seguía siendo Mateo Miró.

Esperé.

Él tardó diez minutos más en salir. Cerró la puerta y, como había imaginado, bajó hasta el Paralelo, dobló a la izquierda y se dirigió a la plaza de España.

Ya no tuve que pegarme a él.

Sabía que regresaba a su casa.

Y yo también, para recoger la moto, pero en taxi.

Una vez en mi moto me mordí el labio inferior y comprendí que acababa de fastidiarla. Tenía que haber seguido a la chica.

Y con suerte, interrogarla, o al menos preguntarle y observar su reacción, porque me daba en la nariz que no me habría dicho nada, a pesar de sus lágrimas, del miedo, de aquella huida desaforada.

Mateo Miró escondía un secreto.

Hortensia Soldevila sabía cuál.

Pero me había contratado por una parte de ese secreto: la que le afectaba a ella.

Puse la moto en marcha y regresé a la calle Font Honrada.

La casita, de una planta, podía ser vieja, pero en la puerta había no menos de tres cerraduras, y una de ellas de las que requieren de una llave especial, de esas de máxima seguridad. Mucha prevención para un edificio tan viejo. Lo contemplé desde todos los ángulos sin saber cómo colarme dentro. Las ventanas enrejadas siguieron dándome la impresión de tener las persianas rotas y de que nadie las había abierto en años, como si en el interior no hubiera más que un mundo de sombras.

Un mundo oscuro.

Mi intuición seguía dándome gritos.

«No des nada por sentado. Investígalo. Sin pruebas no hay nada», solía decir mi padre.

Estudié las dos casas vecinas. La de la derecha era alta y parecía nueva, como de una decena de años o poco más. La de la izquierda era más baja y daba la impresión de haber formado parte del barrio desde tiempos inmemoriales. La de la derecha tenía la puerta de la calle cerrada. La de la izquierda no.

Me colé dentro y subí por la escalera hasta la azotea. Para mi suerte, tampoco estaba cerrada. Era una desvencijada puerta de madera muy gastada, con el desgaste natural de muchos años a la intemperie. Salí a la azotea, remendada aquí y allá por temas de goteras, y me acerqué al lado que se proyectaba sobre la casa de Mateo Miró. Cuando me asomé vi su jardín posterior, sin arreglar, descuidado, pero de la vivienda nada.

Era imposible descolgarme desde allí y soñar con llegar de una pieza hasta abajo. Tres pisos eran tres pisos. Suficientes para matarme. De todas formas saqué el móvil y saqué unas fotos. Tal vez con cuerdas...

Regresé a la escalera y cuando salía por el vestíbulo de vuelta a la calle apareció ella.

Una mujer.

—¡Ay, hola! ¿Has venido a ver el piso?

Puro instinto.

—Sí.

—Es que he salido un momento para un recado, ¿sabes? Menos mal que no te has ido. Vamos, ven, que te lo enseño.

Tomó la iniciativa y enfiló el primer tramo de escaleras.

Yo cerré la boca. Ella no.

–Está muy bien, ya lo verás. Pequeño, sí, pero debidamente arreglado... Tiene muchas posibilidades.

Casi grité cuando vi que se detenía en la puerta del primer piso y sacaba unas llaves para abrirla.

¡Un piso vacío justo al lado de mi objetivo!

¿Una señal?

¿Una invitación?

–¿Es para ti, vas a casarte, vivir con tu pareja, para tus padres...? –Curioseó la mujer mientras daba vueltas con la llave en la cerradura.

–Una amiga y yo queremos emanciparnos.

–Ah, pues muy bien. Di que sí, hija. En mis tiempos eso era imposible. No te ibas de casa de los padres hasta que te casabas. Hoy en cambio... Y eso que los jóvenes lo tenéis difícil, ¿eh? Bueno, ya está.

Me abrió la puerta para que entrara primero.

Lo único que me interesaba a mí era ver las ventanas interiores, las que daban al patio de la casa de Mateo Miró. Pero tuve que hacer el paripé, porque empezó a enseñarme el piso desde la misma entrada.

–Como ves, el recibidor no es nada, pero es que eso de los recibidores grandes era en otro tiempo. En cambio el espacio está muy bien aprovechado. Dos habitaciones grandes, una pequeña que de hecho es un trastero pero en la que cabe una cama y puede reutilizarse, un baño con todo, la cocina que no necesita ningún arreglo, el comedor... La señora que vivía aquí hizo alguna obrilla justo antes de que le diera un ictus, ¿sabes? Ahora está con medio cuerpo paralizado y la hija ha decidido lo más normal. Yo incluso creo que si se le hiciera una buena oferta, lo vendería, mira lo que te digo. Pero prefiere alquilarlo. Desde luego si lo guarda para su hija... Pues no sé, es una cría de doce años. No le falta nada para crecer.

No paraba de hablar, pero nos acercábamos a mi objetivo. La sala tenía un ventanal central y otro lateral, más pequeño.

Yo misma abrí el lateral y me asomé al exterior. El patio quedaba tres metros por debajo de mí.

No era como para dar un salto, pero sí podía deslizarme por el canalón de la derecha y, como mucho, si caía, sería desde más abajo.

–Está bien porque la sala da a la parte de atrás, ¿ves? De noche, en verano, aquí se está fresquito. Y por delante, tranquila, que es una calle muy poco ruidosa. Y el tráfico del Paralelo, ni se escucha.

–Usted ¿dónde vive?

–Arriba, en el segundo. ¿No has llamado antes?

–No, he venido directamente aquí.

–El anuncio decía...

–A mí me lo ha comentado una amiga.

–Ah.

Quedó satisfecha. Lo único que le interesaba era hacer bien su papel, por ayudar o por ganarse una comisión si colocaba la vivienda.

—¿Quien vive ahí? —Señalé el patio.

—Pues no sé. A veces he visto a un hombre entrando o saliendo, pero por la calle. Nunca aparece por el jardín, ya ves lo desarreglado que lo tiene. Y es una pena, porque da el sol, y con unas plantitas y un poco de agua...

—¿Nunca ha hablado con él?

—¿Para qué? Yo no me meto en la vida de los demás. Bastante tengo con la mía. Aunque hay algo que sí quiero preguntarte. Esto... ¿cómo te llamas?

—Daniela.

—Pues bien, Daniela, si os venís a vivir aquí una amiga y tú, como seréis dos chicas jóvenes... Quiero decir que subirán chicos también, ¿no?

—No necesariamente —quise tranquilizarla, aunque estuve tentada de decirle que «mi amiga» y yo éramos novias, a ver que tal le sentaba.

Tampoco era cuestión de tensar las cosas.

—Bien, bien. —Unió las dos manos sobre el vientre y se quedó callada.

Necesitaba estar sola.

—¿Me deja que mire yo misma el piso?

—¡Oh, sí, claro! ¡A tu aire, no hay prisa, yo me quedo aquí! ¿Es por lo de las vibraciones y todo eso?

—Más o menos.

—Sí, mi marido también cree en esas cosas de la energía.

Estudié la cocina, el baño, las dos habitaciones. La mejor forma de llegar al jardincito de la casa vecina era por las ventana del comedor. La mejor y la única, porque el techo de la casa de Mateo Miró, aunque era plano, no tenía azotea. Imposible acceder al interior de la vivienda por él.

En el recibidor había un armarito.

El clásico armarito para guardar...

Lo abrí.

Las llaves del piso estaban allí, colgadas.

Miré tras de mí. Estaba sola. La mujer seguía en la sala, aguardándome. No tuve más que coger las llaves y metérmelas en el bolsillo. Si conseguía salir sin que ella abriese aquel armarito...

¿Y por qué iba a abrirlo?

Volví a su lado.

—Desde luego me gusta mucho, sí. Es ideal. —Me vestí con piel de cordero—. La semana que viene vendré con mi amiga para que ella también lo vea. Ahora está fuera de Barcelona, por eso no me ha acompañado. Estudiamos Medicina y ella está en prácticas.

Eso la impresionó.

—Médicos. Oh, qué bien.

—Estudiamos mucho. Por eso le he dicho que de chicos o alborotos... nada.

—Bueno, no quería meterme. —Se puso más roja que nerviosa—, pero viviendo arriba...

—Claro.

—Tienes el teléfono, ¿no? Mejor me llamas para quedar en una hora y que no pase lo de hoy.

—De acuerdo, señora.

—Pepita. Pepita Morales.

—Gracias.

Ya estábamos en el recibidor. Pasé junto al armarito sintiendo que gritaba. Yo misma abrí la puerta de la escalera. Mi acompañante lo hizo detrás mío.

Cerró la puerta con llave.

¿Y si las llaves que acababa de coger no eran las del piso?

No le hice caso a mis pensamientos negativos, que solían asaltarme siempre para machacarme la moral. En el mismo rellano nos dimos la mano, porque ella subía a su piso y yo bajaba a la calle.

Lo primero que hice fue buscar un bar y tomarme un bocadillo de esos que la abuela denostaba. Pero estaba bueno. Y lo disfruté. Una vez calmada mi hambre le eché un vistazo al reloj y calculé lo que me quedaba de tiempo para seguir con mi día hasta mi cita de la noche.

Mi cita con Néstor.

En su casa, cena romántica, velitas, noche a su lado.

Lo aparté de mi pensamiento para no ponerme nerviosa ni que me diera un ataque de pánico.

Cuando llamé a Hortensia Soldevila no tuve que esperar demasiado. La voz de mi cliente inundó la línea con cantarina armonía.

—¿Sí?

—Soy Berta, la ayudante del señor Mir.

—¡Oh, gracias a Dios!

—Hemos de vernos.

—¿Has conseguido...?

—No, espere. Hay algo de lo que tenemos que hablar, pero no por teléfono.

—¿Por qué?

¿Qué podía decirle? Yo quería ver su cara cuando le soltase lo que tenía que soltarle.

—Seguridad.

Eso le impactó.

—De acuerdo, ¿cuándo?

—Cuanto antes. ¿Puede ser ahora?

—No, imposible. —Chasqueó la lengua con disgusto.

—Creía que esto era prioritario.

—¡Y lo es, pero no puedo! ¡Para mí es lo más importante, cuestión de vida o muerte! Más tarde sí, dentro de un par de horas.

En un par de horas yo estaría ensayando y no podía fallarles a mis compañeros.

Quedaba la noche, entre el ensayo y Néstor.

Cerré los ojos.

Trabajo y placer, siempre difíciles de encajar.

—¿A las nueve? —la tanteé.

—Bien, sí. ¿Dónde?

Por lo menos, que fuera cerca de casa de Néstor.

—En la esquina de Bailén con la calle Aragón.

—De acuerdo, allí estaré. Berta...

—¿Sí?

—¿No puedes avanzarme nada?

—No, lo siento. El señor Mir ha de pasarme unos datos.

Un suspiro.

—Bueno, pues hasta la noche.

Corté la comunicación y me quedé con el móvil en la mano.

Podía telefonar a Néstor, pero sabía a qué conduciría eso.

Y no tenía tiempo para charlas inútiles de media hora con un chico.

Abrí el WhatsApp y teclee: «Llegaré a las 9:30 o 9:45. Lo siento. Trabajo».

Esperé unos segundos, por si había respuesta, deseando que no fuera telefónica.

Escuché la señal de recepción de otro WhatsApp.

«Grrr...!!!»

Sonreí, me guardé el móvil y continué mi camino.

Ahora, con el caso de Gloria Restrepo.

Por la tarde, el Aguapanela estaba mucho menos animado que por la noche. No había música, pero sí una docena de hombres y tres mujeres sentados en las mesas, hablando y tomando cervezas o jugos como los que tanto adoraba Alejandra. Los había de todos los colores.

La chica de la barra era la misma belleza de piel blanca y ojos increíbles con un cuerpo privilegiado haciendo juego. Nada más verme se envaró.

Pero esta vez, el hombre gordo, don Luis Bernardo, no estaba sentado en su mesa, junto a la puerta que daba acceso a los servicios, la cocina y las dos puertas del fondo del pasillo.

Su voz no fue dulce, ni me preguntó qué me provocaba.

Le pedí una cerveza colombiana. Me la sirvió y se apartó de mi lado, aunque de vez en cuando notaba sus ojos fijos en mí.

No era la mejor hora para averiguar nada. Lo comprendí al momento, pero, ya que estaba allí, examiné al personal. Gloria Restrepo había trabajado de camarera. Don Luis Bernardo vendía drogas. La chica del mostrador no quería hablar de su excompañera. Ahora, Gloria estaba en Colombia y el único nexa que aportaba un sentido a ese increíble viaje tenía que estar allí, en el Aguapanela.

Apuré mi cerveza.

De pronto vi que la barra estaba vacía, que la belleza de piel blanca había desaparecido.

La busqué con la mirada.

Nada.

Hasta que la vi salir unos veinte segundos después por la puerta que daba al fondo y regresar a la barra.

La diferencia era que, ahora, ni me miró. Es más, hacía lo posible por no hacerlo, y se le notaba.

Creo que escuché el grito de mi instinto mucho antes de que sucediera el resto, pero no le hice caso. Después de todo, no iba a echar a correr.

Ni siquiera pensaba que pudiera pasar nada, de día, con gente en el bar.

Me equivoqué.

El hombre que apareció por aquella puerta medía un palmo más que yo y también tenía un palmo más que yo de anchura de hombros. Llevaba una camiseta negra, para lucir musculatura, y por debajo de su cabello igualmente negro tenía dos fronteras también negras. Una formada por las cejas, rectas, y otra por el bigote. En medio, dos ojos de hielo y una boca sesgada. La mandíbula era un cuadrado.

Lo tuve encima sin darme tiempo a nada.

—Ven —me dijo.

—¿Cómo?

—Que vengas, niña.

—Oiga...

La zarpa era de acero. Me apretó el brazo como la trampa de un zorro debe de apretar a la presa cuando se cierra sobre alguna parte de su cuerpo.

¿Montaba un escándalo?

—Ni se te ocurra. —Taladró mi oído con las cuatro palabras pronunciadas casi dentro de él y una voz que no dejaba lugar a dudas acerca de sus intenciones.

Miré a la camarera con rabia. Era su trabajo, defendía su vida, algo lógico. Pero la miré con rabia.

Mis ojos le dijeron: «Traidora».

Lo percibió.

Yo le había preguntado por Gloria. Y ahora volvía a husmear por allí. Comprendí que nada de lo que pasara en aquel bar se le escapaba a don Luis Bernardo.

Seguí al tipo de la camiseta. O más bien me arrastró hasta la puerta. Desaparecimos del bar y me sentí muy desamparada de pronto. Con miedo. Miedo a lo desconocido. El miedo irracional que da saberte en peligro. Pasamos junto a los servicios, la cocina, y el hombre abrió la puerta del fondo.

No era la del almacén.

Era la del despacho del hombre gordo.

Don Luis Bernardo.

Él estaba sentado detrás de una mesa no muy grande, atiborrada de papeles, carpetas y objetos variopintos. Había dos luces, una cenital, pobre, y la de su mesa, que le daba de lado y lo convertía en un personaje aún más siniestro. Por el despacho se amontonaban algunas cajas. Mi acompañante me llevó hasta la única silla, ubicada frente a la mesa, y me sentó en ella a la fuerza.

Era mi momento.

—¡Mierda! ¿Se puede saber qué están haciendo?

—Cállate —ladró detrás de mí.

—¿Qué pasa? ¡Maldita sea, me estaba tomando una cerveza tan tranquila! ¿Tratan así a los clientes?

No fue un golpe fuerte, pero sí inesperado. Me dio en la cabeza. Cuando me volví, hecha una furia, me encontré con aquellos ojos de hielo y las fronteras rectas, cejas y bigote, ojos y boca.

Comprendí que no era con el gorila con quien tenía que vérmelas, sino con su jefe.

Miré a don Luis Bernardo.

Seguía impasible, con sus porcinos ojos fijos en mí. Preguntándose qué clase de chinche era yo, y si valía la pena aplastarme o no.

—¿Quién eres tú? —habló por primera vez.

—¿Yo? —Me encogí de hombros—. Nadie.

—Todo el mundo es alguien. —Su acento era suave, dulce, como el de Alejandra.

Probablemente era tan paísa como ella.

—Me llamo Berta.

—Bien, Berta, dime.

—¿Que le diga qué? —Hice ver como que me impacientaba, aun a riesgo de recibir otro pescozón.

—Viniste preguntando por alguien, y ahora vuelves.

—Sí, ¿qué pasa? Busco a una amiga.

—Nombre.

—Se lo dije a la de la barra. Gloria Restrepo. Había trabajado aquí antes de casarse y le he perdido el rastro. Me debía unos euros.

—¿Gloria Restrepo?

—Sí.

Hablaba sin moverse. Una estatua. Sólo los labios, y muy a duras penas. Bajo la guayabera no se veía latir su corazón.

—No la conozco. No sé quién es —repuso.

—¿Entonces por qué este jaleo? —gruñí.

—Porque en mi local nadie hace preguntas, y si tú las haces, quiero saber por qué.

—¿Le gusta controlarlo todo?

No hubo capón, pero sí la zarpa en mi hombro.

No me la jugué.

—Habla.

—¡Ya se lo he dicho! Es una amiga, parece habérsela tragado la tierra. ¡Ni su marido sabe dónde está!

—Así que tu amiga desaparece y tú vienes aquí.

—Es lo lógico, ¿no?

—Mira, niña, aquí las chicas duran lo que un suspiro. —Su voz intentó ser amable—. Atienden a la barra unos días y se van, con un cliente o porque encuentran algo mejor. No todas dan su verdadero nombre por razones en las que ni entro. Ser camarera es duro.

—De acuerdo, no sabe nada. Siento haberle molestado.

Hice ademán de levantarme. La mano me aferró a la silla por segunda vez. Miré al de la camiseta, que a su vez miraba a su jefe.

Dependía de él.

—Regístrala.

—¡No me toque! —Me tensé como un palo.

—Pues vacíate tú los bolsillos —me ordenó don Luis Bernardo.

No quería que el cerdo de su gorila me pusiera la mano encima. Sabía que no sería lo que se dice considerado con una señorita. Por suerte para mí, desde el caso del martillo blanco, ya no llevaba tarjetas personales con el distintivo de la agencia. Había aprendido la lección.

Le entregué la cartera al guardaespaldas. Y el guardaespaldas se la pasó a su amo.

Examinó detenidamente mi DNI.

Yo lo aproveché para echar una mirada por el lugar, sólo con los ojos. A la derecha de don Luis Bernardo había un calendario del mes.

Me fijé en una fecha, marcada con un círculo rojo, y señalizada con las iniciales G.R.

¿Gloria Restrepo?

La fecha era dentro de dos días.

Don Luis Bernardo acabó de mirar mi carné, por las dos caras. Lo metió de nuevo dentro de la cartera y me la lanzó por el aire.

—Si vuelves por aquí, tendrás problemas —me amenazó directamente.

Podía levantarme, enfadada, enarbolando ovarios de gata. O podía ponerle un poco de teatro al asunto y parecer lo que era: una joven asustada.

Opté por lo último.

Me eché a llorar.

Eso no los amilanó, pero al menos sí los desconcertó un poco.

—Nadie te ha hecho nada —me recordó el hombre gordo.

—Yo sólo estoy preocupada por Gloria... —gemí.

El peso del silencio me obligó a mirarle.

—Volverá, ya verás —quiso tranquilizarme—. Todas las jóvenes cometéis locuras, os enamoráis de un indeseable, os escapáis... Cosas así —se digirió a su secuaz—. Acompaña a la puerta, Norberto. Y luego a la calle. No le cobréis lo que haya tomado.

El resto era previsible, y no hice nada por alterar el curso de los acontecimientos. Norberto me levantó de la silla, me condujo fuera del despacho, a través del pasillito, hasta el bar, y finalmente a la calle. Lo único que hice fue cruzar una mirada resentida con la camarera delatora.

Ella rehuyó mis ojos.

Con el crujido de la puerta al cerrarse, supe que el Aguapanela quedaba vedado para mí.

Me dirigí al local de ensayo con el tiempo justo y un sabor agri dulce en la boca.

Un sabor que no conseguí borrar ni cuando llegué, cogí mi instrumento y me puse a tocar.

Un caso escabroso que había comenzado con las mentiras de Hortensia Soldevila y un caso peligroso tras el cual se escondía un más que probable tema de tráfico de drogas. Eso era lo que tenía entre manos.

Y en ambos estaba con ellas atadas y ciega.

Pero no era sólo por mis dos investigaciones por lo que me sentía de pronto mal. Con el grupo, ensayando, lejos de olvidarme de todo y encerrarme en aquella cápsula de paz, empecé a sentir un vértigo aterrador.

Me di cuenta de que, por fin, reaccionaba. A la petición de papá. Al hecho de que Alfredo estuviese vivo de milagro, por un doble azar, una bala desviada y otra que no había salido de la pistola.

Y en el horizonte, Néstor.

Mis nervios empezaron a traicionarme.

Primero me equivoqué dos veces en dos compases muy sencillos.

Después me sentí agarrotada, bloqueada, y las fuerzas empezaron a abandonarme.

Lucas, como siempre, fue el primero en darse cuenta.

—Berta, ¿qué te pasa...?

Bastó eso para que me echara a llorar. Y me hundí.

Lucas salió de detrás de sus teclados para sostenerme, pero la que me abrazó fue Sandra. Entre ella y él me sentaron en el suelo. Marcos empezó a darme aire con unos papeles en los que escribíamos las letras de las canciones que ensayábamos.

—¡Berta, Berta!

Oía sus voces, pero no las reconocía.

Rocé una ida sin retorno, un desmayo extraño pero liberador. No sé por qué me resistí a él. De alguna forma luché, como siempre había hecho. A veces basta una rendición para meterte en un camino sin retorno. Muchas personas mayores mueren cuando dejan de pelear o ya les importa poco la vida. Me rebelé. No quise lo fácil. Apreté los puños y, poco a poco, les fui reconociendo. Sandra, Lucas, Iván y Marcos.

Mi grupo.

—¿Estás bien?

¿Qué podía decirles? ¿Les hablaba de mis dos casos? ¿Les contaba que por la noche tenía una cita sin destino? ¿Les decía que un amigo estaba en el hospital vivo de milagro?

Lo único factible era...

—Mi padre me ha pedido la eutanasia.

Quedaron impresionados.

—Dios... —Se estremeció Sandra.

—Qué putada —suspiró Marcos.

–Eso es... como matarle, ¿no? –vaciló Iván.
–¿Qué vas a hacer? –Fue más práctico Lucas.
¿Qué podía hacer?
–Nada. –Lo miré con ternura.
–Ni loca –insistió él–. Irías a la cárcel.
–Lo sé.
–¿Tan mal está? –me preguntó Sandra.
–Lo ignoro. –Me encogí de hombros–. ¿Cómo saber lo que hay en su mente, en qué clase de mundo vive? Yo creo que ha de ser... aterrador. Un cerebro vivo en un cuerpo muerto –dominé otro acceso de sentimientos.
–Bebe un poco de agua. –Me tendió una botella Marcos.
Lo hice. Tenía sed. Pensé en vomitar el bocadillo de la comida pero la única arcada fue muy suave. Me agarré a Lucas y enderecé la espalda hasta quedar sentada en el suelo.
–Vamos a dejarlo por hoy –propuso Sandra.
–No, no. –Los miré con firmeza–. Sería peor. Me comería el tarro. Prefiero tocar. Además, ahora ya está. Necesitaba estallar, soltarme un poco.
–¿Seguro? –Mi compañera no lo tuvo muy claro.
–De verdad.
Volvió a abrazarme y al separarse dijo:
–Gracias por decírnoslo.
–¿A quién se lo iba a contar si no?
Entonces no sólo fue Sandra la que me abrazó.
Fueron todos.
Nos quedamos unos segundos así, formando una piña en el centro del local de ensayo, yo sentada y ellos arrodillados en torno a mí.
Su energía fue decisiva.
Creo que hasta ese momento no había comprendido el valor de lo que teníamos entre manos, nuestra música, nuestros sueños, nuestras esperanzas.
Y a nosotros mismos.
Como solía hacer más a menudo últimamente, Marcos me tendió una de sus guitarras, la Ovation.
–Venga, toca algo tuyo, nuevo, y nos vamos sumando.
Su preciosa Ovation de sonido puro y cristalino, la mejor de las acústicas.
–¿Nuevo? –vacilé.
–Pero ¡si no paras de escribir! –me pinchó Lucas.
Acabé de incorporarme y me senté en una de las sillas. Acoplé la guitarra a mi regazo, entre mis brazos, y pasé la mano por las cuerdas. Sí, tenía una canción. Una más.
Cerré los ojos y eso fue todo.

*Voy cruzando el valle.
La lluvia es muy fina.
No encuentro mi calle.
Volveré a la mina.*

*Allí todo es oscuro
negro como el carbón.
Si levanto un muro,
no seré un león.*

*Dura es esta tierra.
La dejarán muerta.
Ya pasó la guerra.
Pero nadie despierta.*

*Fuimos los vencidos.
Pobres derrotados.
En el alma heridos,
nuestros ojos gastados.*

*Si tuviera alas.
marcharía solo.
Pistolas sin balas,
hasta el frío polo.*

*Ay, qué dulces sueños.
Fantasías de inocencia.
Libres y sin dueños.
Sin valor ni resistencia.*

*Voy cruzando el valle.
No hay sol en mi montaña.
Y al ver mi calle,
me olvido del mañana.*

La primera estrofa la había cantado sola. Con la segunda, me empezó a arropar el teclado de Lucas y luego un suave crujir de las escobillas de la batería de Iván. Sandra había sido la tercera, doblando mi voz como si fuera un lejano eco. Ya desde la mitad, la guitarra de Marcos primero había punteado las partes álgidas para deslizarse a través de un breve solo antes de la estrofa final.

La magia de la música consistía en que todos intuíamos las cosas mucho antes de que sucedieran. No hacía falta hablar. No hacía falta decir si el tema acababa o si quedaban unas líneas. Las emociones suplían a la información.

Puro instinto.

Con la nota final nos quedamos en silencio.

No hubo alabanzas. No hubo retroceso. No hubo el menor resquicio para que yo volviera a sentir los efectos de *mishock*. Marcos empezó a tocar de nuevo, con el riff de uno de nuestros mejores temas, y el resto nos sumamos de nuevo al ensayo. Yo fui la última en coger mi bajo, levantarme y acercarme al micrófono para los coros.

Ya no volvió a suceder nada.

Cuando acabamos el ensayo, eran casi las nueve y yo tenía que salir pitando.

No pude hacerlo del todo, porque ya en la calle, Marcos se acercó a mí.

Me pilló completamente desprevenida.

–Berta, quiero decirte algo.

–¿Sí?

–Nunca te pedí perdón por aquella noche.

La noche en que intentó meterse en mi habitación, en Cadaqués, después de nuestra actuación y con la adrenalina a tope, consciente de que yo estaba enamorada de él. O lo creía, antes de que la venda se me cayera de los ojos precisamente con ese hecho. Verlo dispuesto.

–Sí lo hiciste –quise tranquilizarlo.

–¿Cuándo? –Abrió los ojos.

–Pasando de todo ello después y comportándote como un tío legal.

–Pero eso no fue pedirte perdón.

–Para mí, sí.

–En el fondo me ayudaste. Creo que iba de estrella. –Sonrió cansado.

–Sigues siendo una estrella.

–Vamos, tía. –Puso cara de dolor de estómago.

–Es broma –quise tranquilizarlo–. Pero no dejas de ser el guitarra solista.

–¿Me sales ahora con los estereotipos?

–Dicen que los baterías están locos, los teclistas son buenos músicos, los guitarras esgrimen el hacha de guerra del rock y los bajos somos el relleno –me dio por bromear con exceso de ironía y maldad.

–No –dijo lleno de sinceridad–. Esto es cada vez más un grupo. Ya nadie es más que el otro. Hasta Sandra ha comprendido tu valor como cantante y compositora, y te valora por ello.

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

–Estamos bien, ¿verdad?

–Sí –asintió con la cabeza.

–El disco nos hará fuertes.

–Pase lo que pase.

Me encasqueté el casco en la cabeza.

–Llego tarde –me despedí.

–Hasta mañana.

Puse la moto en marcha y me alejé de allí. Tres horas antes había estado llorando. Ahora volvía a sentirme fuerte.

Sobre todo ante mi cita con Néstor.

Hortensia Soldevila ya me estaba esperando, en la misma esquina de nuestra cita, ligeramente impaciente porque brillaba con luz propia bajo el anochecer y los que pasaban a su lado o a unos metros, incluidos los coches, no podían dejar de mirarla. Además de ser guapa, vestía de manera elegante, con clase. Mucha clase.

Recordé al treintañero y calvo Mateo Miró y solté un resoplido.

No me detuve a charlar con ella, ni para intercambiar los saludos de rigor. Eran las nueve y cinco y quería acabar cuanto antes para no perder ni un minuto más de lo necesario de mi cita con Néstor.

Ahora le necesitaba. Aunque fuese por unas horas y para olvidar.

—Vayamos al otro lado. —La cogí del brazo y señalé un bar con una terraza llena de gente que aprovechaba la bonanza del final del invierno y el próximo comienzo de la primavera.

—Pero... —intentó protestar.

Demasiado tarde. Ya estábamos a mitad de la calzada, y cruzando en rojo. Apresuré el paso porque por la calle Bailén bajaba un enjambre de motos furiosas como avispas, por delante de los coches recién salidos del cambio de semáforo.

No me detuve hasta que nos sentamos en dos sillas apartadas, sin nadie en la mesa de al lado.

Entonces le disparé:

—¿Por qué nos mintió y montó esa comedia de la novia burlada?

Hortensia Soldevilla parpadeó y sus ojos luminosos se entelaron por primera vez.

—¿Yo? —vaciló su voz.

—Escuche. —Le puse una mano por delante—. No podemos trabajar si el cliente no nos da toda su confianza. Y usted no lo ha hecho.

—Pero... —vaciló de nuevo.

—Sin confianza, sin información, no hay caso. Lo siento.

Hice ademán de levantarme. Sabía que me detendría.

—¡No, espera, espera... por favor!

No era estúpida. De alguna forma entendía que sólo nos tenía a nosotros.

Es decir: a mí.

—La escucho. —Me crucé de brazos y me eché para atrás.

—Yo... te dije lo necesario.

—¿Lo necesario? —solté un exabrupto—. ¿Nos dijo acaso que ese hombre es un pederasta, posiblemente un acosador *on line*? ¿Para eso quería que le quitáramos el móvil y borráramos el disco duro de su ordenador? De entrada usted ni lo conoce ni ha estado en su casa.

Hortensia Soldevila estaba pálida.

—Mire. —Moví la cabeza de lado a lado con fastidio—. Ese hombre no pudo haber sido su novio. Jamás se le habría acercado, ni usted se lo habría permitido. Partiendo de esa

premisa, aún menos sería tan estúpida de dejarse grabar o fotografiar por él. –Aproveché su desconcertada rendición para dispararle por segunda vez–: ¿A quién trata de proteger? ¿O es que está arrastrando un error de la adolescencia?

Mi clienta tocó fondo.

En ese momento hubiera ido bien que apareciera un camarero, y aún mejor que hubiera podido beber algo, pero era como si nadie se hubiese apercebido de nuestra presencia en un extremo de la terraza.

Hortensia Soldevila contuvo las lágrimas, quizás porque no quería llorar en público, quizás por orgullo. Cuando a los de clase alta les sucedían cosas malas, inesperadas o terribles, se aferraban a la casta.

No era fácil.

–Oiga, la confidencialidad cliente-detective es sagrada. Si no entiende eso mejor lo dejamos. Quédese con su problema y el señor Mir y yo con nuestro trabajo. He indagado y sé quién es, cómo es su familia. Incluso sé que estudia arte dramático, así que me hizo una buena representación ayer como falsa víctima de Oscar. Convincente y persuasiva, ¡oh, sí! Lo adornó de maravilla, ¡qué imaginación! ¡Tórrido romance, pasión... de culebrón, oiga! Ahora no me venga con más cuentos.

–¿Qué más has averiguado?

–Lo elemental, que vive en Sarrià-Pedralbes, que su madre es una Moragues, que es usted una mujer de clase y con clase... ¿Qué le está haciendo Mateo Mir?

Cerró los ojos al oír el nombre. Y abrió las compuertas de su alma.

–Se trata de mi hermana pequeña, Marga. –Suspiró sin apenas voz.

–¿Ciberacoso?

–Lo llaman *sextingo* algo así, no sé. –Se pasó el dorso de la mano por la base de los ojos–. ¿Qué importa el nombre? Es sucio y asqueroso, ¿sabes?

Ahora sí apareció un camarero, interrumpiéndonos. Le pedimos dos refrescos, sólo para que nos dejara en paz. La miró largamente a ella antes de retirarse.

–¿Marga cayó en la trampa? –quise mantener el tono de la conversación.

–Sí –concedió ella, ya rendida–. Entró en un chat, se hizo amiga de un chico que dijo tener dieciséis años, muy dulce, muy tierno. Perfecto para Marga porque es muy sensible, una chica especial, buena estudiante, lectora, que escribe poemas... Después de unos días dejaron el chat para hablar los dos en privado. Él le mandó una foto: guapo, rubio, ojos azules. Un sueño. Ella una de las suyas. El resto...

–No, cuéntemelo. Necesito saberlo.

–Es desagradable. –Se estremeció.

–Nunca hemos tenido un caso así –le dije la verdad–. He de saber cómo actúa ese degenerado.

El camarero regresó con los dos refrescos. Hortensia no me dio tiempo a pagar. Le entregó diez euros y le pidió que se quedara con la vuelta. Volvimos a quedarnos solas.

Bebió la mitad de su vaso de golpe.

–Acabaron conectándose con webcam, pero él le dijo que le habían operado de la nariz y que no estaba presentable, que esperase unos días. –Sonrió con desgana–. No sé muy

bien cómo fue todo, porque cuando me lo contó, mi hermana estaba desolada. Creo que primero le pidió verla de cuerpo entero, y Marga paseó por su habitación para complacerle. Después le preguntó cómo era y si podría ponerse un biquini. Nuevo paso. Del biquini pasó al *top-less*...

—¿Marga no se dio cuenta?

—¿Sabes la de chicas que caen cada año? Y muchas son listas, inteligentes, como Marga. Nada de desgraciadas solitarias con hogares destrozados. Esa gente sabe cómo hacerlo, qué decir, de qué manera liarlas, con palabras dulces, amor, pasión juvenil... Se aprovechan de su inocencia y de la soledad por la que todas pasamos en esos años. En el caso de mi hermana, una cosa llevó a otra, despacio. Los juegos eróticos subieron de tono. Y ella, soñadora, inocente, fue cediendo, cediendo, cediendo. ¿Cómo saber que la estaba grabando, o que ya le había introducido un troyano en el ordenador? La recta final del proceso incluyó lo habitual: toqueteos, masturbaciones... Él le decía que ninguna chica había conseguido tanto, que creía que su cuerpo estaba muerto, que su primer amor lo había destrozado... ¡Oh, la épica juvenil! —Bebió otro sorbo de su refresco—. Finalmente le pidió verla en persona.

—¿No es eso raro? —Recordé la chica de su cita en la plaza de España—. Esa gente no da la cara.

—Él sí. Debe de sentirse muy seguro.

—O estar loco.

—Yo he leído mucho acerca del tema en estos días —dijo Hortensia—. Por lo general los acosadores viven en cualquier parte del mundo y se contentan con el trato a través de la red. Los han pillado en Europa, América Latina... Pero él actuaba aquí, controlaba chats españoles y cuando una decía que era de Barcelona...

—Hoy lo he seguido —dije—. Había quedado con una adolescente. La ha llevado a un sitio y supongo que la habrá filmado, porque otra cosa... —me estremecí.

—Dios... —Hortensia se acabó su refresco.

Le pasé el mío, intacto.

De hecho no quería tomar nada antes de ver a Néstor.

—Cuénteme el resto.

—Mi hermana acabó dándose cuenta de dónde se había metido. Él le pedía cada vez más y más, y cuando un día se negó, destapó sus cartas: le dijo que o lo hacía o enviaría sus desnudos a sus amigos y a nuestros padres, porque lo tenía todo grabado. Además, la amenazó con colgarlo en internet. Le dijo que aunque los quitaran rápido, los verían miles de personas, que se harían copias. Marga hizo lo normal: desconectarse. Cual no sería su sorpresa al ver que su acosador reaparecía en pantalla. Fue cuando le dijo lo del troyano, y que tenía todas las claves de su ordenador, contraseñas... Todo. Era inútil escapar. Él la controlaba.

—¿Entonces se lo contó a usted?

—Yo estoy muy unida a ella. Somos las dos chicas de una familia eminentemente machista. En casa, mamá no cuenta. Papá y mis hermanos van a su bola. Somos meros objetos decorativos. —Bajó los ojos al decir esto—. Yo me di cuenta de que a Marga le

sucedía algo, que no era ella. Vivía un infierno y eso lo acusaba en el comportamiento, el rostro, la mirada... Le pregunté varias veces pero no me decía nada. ¡Ni a mí quería confesarlo, de avergonzada que se sentía! Finalmente y por casualidad, encontré unas pastillas y cuando supe qué hacían me entró miedo. La abordé, muy seria, y se vino abajo. Pensaba... suicidarse. –Cerró los ojos y contuvo una vez más las lagrimas, como si no le estuviesen permitidas–. Por lo menos ya no estaba sola, y confió en mí como hermana mayor. Lo malo es que yo tampoco sabía muy bien qué hacer.

–Pero averigué dónde vivía Mateo Miró, también su nombre.

–Él insistía en verla en persona. Que si era preciosa, que si realmente la quería y la apreciaba mucho, que sentía lo que le hacía pero que estaba enamorado y debía comprenderlo... Yo le dije a Marga que resistiera y accediera a ese encuentro. Mi idea era seguirle y desenmascararle. Es decir, pensaba que podría hacerlo. Marga concertó la cita, al pie de una de las torres venecianas de la plaza de España. Cuando le vimos...

–Treinta y cinco años, calvo, bastante repulsivo.

–Sí. –Se estremeció y atacó mi vaso de refresco–. Le pidió a Marga que le acompañase a un sitio y ella se negó. Le dijo que sólo quería grabarla, le juró que ni la tocaría. Pero claro, mi hermana estaba aterrorizada. La amenazó, pero a pesar de saber que yo estaba cerca y la protegía, no lo resistió y echó a correr. Mateo Miró pareció muy contrariado. Fue entonces cuando lo seguí y descubrí dónde vivía y también su nombre. Aquella noche se conectó con ella y le dijo que le daría una nueva oportunidad, todo menos hacerle daño, pero que si no accedía sería el fin.

–Se sintieron acorraladas, y usted comprendió que no podía hacer nada contra él.

–Sí.

–¿Por qué no acudieron a la policía?

–Según él, sólo tenía que darle a una tecla para que nuestros padres y amigos recibieran las grabaciones. Es más, le dijo a Marga que si no entraba cada día en su sistema personalmente y tecleaba su contraseña, éste se activaba solo y ejecutaba la orden. No podíamos correr ese riesgo. Para Marga es su vida, su futuro. Sabemos que en internet todo queda, de una forma u otra. No quería quedar marcada. De todas maneras papá la va a matar, o la echará de casa, la desheredará... Qué se yo. Cualquier cosa menos entenderla o perdonarla. Marga está muy sola, ¿sabes? Se metió en un mundo falso y cayó en él.

–¿Le ofreció dinero?

–Sí, y nos dijo que no lo quería. Incluso se hizo el ofendido.

–Ya sé cómo vive ese asqueroso. –Lo comprendí–. Graba a las chicas en su otra casa, adónde las lleva, y luego debe de vender ese material a otros pederastas, o tal vez a alguna distribuidora de películas porno, europea, asiática...

Hortensia tragó saliva.

Un trueno ahogado en su cuerpo.

–Ninguna chica ha sido capaz de denunciarle, es asombroso –suspiré.

–Se me ocurrió lo del detective, y ella estuvo de acuerdo. Así fue como di con vosotros después de que otras agencias se negaran a hacer lo que os pedí. Si no

conseguís borrarle ese disco duro y lo que pueda tener en el móvil..., soy capaz de pegarle fuego a su casa.

—En ella no tiene ni ordenador. Ya le dije que se lleva a las chicas a otra parte, un piso o un estudio cerca de la plaza de España.

—¿Cómo sabes que no tiene ordenador en su piso?

—Porque el señor Mir se ha colado dentro y lo ha comprobado. Mateo Miró vive con su madre.

—¿Ha estado.. en su casa?

—Sí. Es un buen detective —me gustó decirlo.

—Entonces le pegaré fuego a ese otro lugar.

—Calma. —Levanté una mano—. El señor Mir ha conseguido las llaves de un piso contiguo. Quizás tengamos suerte. Va a ser allanamiento de morada, destrucción de la propiedad privada, pero...

—¡Esa bestia no merece que se le respete!

—Según la ley, hasta él tiene derechos.

—¡Es un cerdo! —volvió a levantar la voz Hortensia.

—¿Cree que no lo sé? ¿Cree que no se me revuelven las tripas con los que les hace a esas niñas? Pero para eso está la Unidad de Delitos Informáticos y un montón de cuerpos de la policía.

—¡No puedo arriesgarme! ¡Por favor, borrarle ese disco duro y después le denunciaremos!

—De acuerdo, lo borraremos, y entonces adiós pruebas. En unos días volverá a las andadas. Usted defiende a su hermana, pero ¿quién defiende a las otras chicas?

Bajó los ojos una vez más.

Comprendí que, de todas formas, era egoísta.

Defendía a Marga, sí.

El resto del mundo podía irse al diablo.

—Mire, Hortensia —hablé despacio para dejarlo claro—. La verdad es que esto no funciona como lo pide usted, y cometemos un error, todos, nosotros también.

—Pagaré lo que sea —me dirigió una mirada llena de determinación.

—Lo imagino.

—No, no lo imaginas. —Endureció el rostro—. Lo que sea y más. No te mentí con lo de la herencia de mi abuela. Vais a ganar más con este caso que con otros cien. Podéis multiplicar por diez la factura final. Lo pagaré. Por favor.

—¿Cuánto material de Marga tiene Mateo Miró?

—Aunque sólo fuera una foto. Bastaría.

Seguía alucinada, y más después de haber visto a nuestro hombre.

Tanta labia, tanto poder de seducción, tanta habilidad para seducir a jovencitas, cuando había chicos que en su vida conseguían ligar...

—Os propongo una cosa —dijo Hortensia Soldevila—. Haced lo que os pido y luego yo me ofrezco como conejillo de indias para desenmascararle. Y de acuerdo con la policía. Decimos que hemos averiguado lo que hace y le tendemos una trampa.

Había visto muchas películas.
No respondí a su oferta.
–Borrar ese disco duro puede que sea fácil si el señor Mir se cuela en su estudio, pero lo del móvil..
–Le dijo a Marga que llevaba encima fotos, para verla en todas partes, porque es preciosa y la adora.
–Hijo de puta –exhalé.
Quedamos en silencio. Estaba todo dicho. Las cartas boca arriba.
Ya eran las nueve y media.
Me esperaba Néstor.
–¿Cuándo...? –Hortensia Soldevila dejó la pregunta sin terminar.
–El señor Mir lo intentará esta noche –Néstor, Néstor, Néstor–. Y si no, mañana.
–¿Y el móvil?
–Ya veremos. –Me puse en pie–. La suerte es que él no sabrá cuál de sus víctimas lo ha hecho y no se arriesgará a lanzar lo que pueda tener en su teléfono.
Hortensia continuó sentada. Parecía incapaz de incorporarse.
–Gracias. –Me cubrió con una mirada de respeto.
–Es nuestro trabajo, o casi. En este caso creo que vamos a exceder los límites. –Me dio por pensar en Alfredo.
–Siento haberte mentido.
–Dedíquese al teatro, lo hace bien –fui dura, aunque ella lo tomó como un halago y sonrió.
–¿Qué edad tienes? –quiso saber.
–Voy a cumplir diecinueve.
–Y ya eres detective –ponderó.
«Casi.»
Lo pensé pero no lo dije en voz alta.

Hasta que no detuve la moto delante de la casa de Néstor, no reaccioné.

Iba a verle.

Pasaríamos la noche juntos.

¿Cómo superar eso?

Los nervios.

Sin embargo sabía que, en cuanto él me tocara y me besara, desaparecerían, y con ellos los restos de la Berta Mir que había sido en otro tiempo.

Emergía la mujer que llevaba dentro.

«Vive el momento.»

Carpe Diem.

La felicidad no es un estado. Es más bien una ilusión. Para un niño es lo que dura un caramelo. Para un adulto el gol de Messi. Para otros ver dormir a un hijo. Imagino que hay muchas clases de felicidad. La que aporta el amor es sin duda la mejor, también la peor, la más luminosa, la más dura. Felicidad de momentos efímeros. Felicidad de recuerdos que marcan.

Recordaba cada encuentro con Néstor.

Y ni siquiera sabía si estaba enamorada.

O tal vez sí.

Lo sabía y entendía que en mi caso la autentica felicidad era renunciar.

Carpe Diem.

Dar lo justo para recibir lo necesario.

Lo primero, telefoneé a la abuela. Tenía una vigilia. Trabajo. Ya ni se molestó en refunfuñar. No era la primera vez. Todo el día fuera de casa, sin ir a comer, sin ir a cenar. Por lo menos ya no me trataba como a una cría. Iba entendiendo mis motivaciones, nuestras necesidades, la obligación de salir adelante con lo que teníamos.

Creo que de haber sabido que dormiría en una cama con un hombre se habría sentido menos preocupada.

Pero no me arriesgué.

Después apagué el móvil.

Llamé al interfono. No hubo pregunta. La puerta se abrió con un chasquido. Subí a su piso y en el ascensor, coqueta, me arreglé un poco el pelo. Solo eso. No llevaba perfume. No llevaba nada para paliar los posibles destrozos de todo un día en moto, yendo de aquí para allá. Por lo menos sabía que a él no le importaba. Es más, prefería que me viera tal cual, no a una proyección de mí misma convertida en la chica que no era. Casi prefería estar o sentirme fea. Si superaba eso...

Me encontré con la puerta abierta.

El recibidor, el pasillo, era un aleteo de sombras fugaces movidas por el agitado titilar de las decenas de velitas que lo llenaban todo, como una pista de aterrizaje en la noche. Cerré la puerta una vez dentro y las llamas dejaron de oscilar al acabar la corriente de

aire. Entonces se quedaron quietas, pequeñas flechas doradas apuntando al techo.

Me interné por aquel paraíso de seducción.

Sonreí.

Ése era Néstor.

Y allí estaba yo.

Pasé por delante de la puerta del baño, tan abierta e iluminada como la de la habitación, con la cama que nos esperaba igualmente llena de velitas envolviéndola. La portada de su disco presidía una de las paredes. Fotos de uno de sus conciertos otra. El silencio era hermoso. Un silencio hecho de promesas.

Llamas cálidas.

Llegué al comedor. La mesa estaba preparada con mimo. El aroma de la comida invadía aquel espacio. Pero lo más singular era una foto mía, gigante, de tamaño natural. Recordé que me la había tomado la última vez. Llevaba unos vaqueros, una camiseta ajustada, y el cabello largo y suelto.

Estaba realmente guapa.

No parecía yo.

O sí.

Sí.

Claro que era yo.

Miré a mi alrededor buscándole. Esperaba verlo aparecer desnudo, o haciendo cualquier gansada. Todo menos lo normal, que surgiera por detrás, me tapara los ojos, me diera la vuelta y me besara.

—Precioso —dije—. Va, sal.

Pero hizo lo normal.

—Cierra los ojos —susurró la voz a mi espalda.

—Néstor...

—Ciérralos.

Obedecí.

Escuché el rumor, sentí su proximidad, noté su aliento en mi nuca y el primer beso en mi cuello. Yo ladeé la cabeza y se lo ofrecí. Después sus manos, en mi cintura, mi vientre, mis hombros, hasta alcanzar mis ojos y volver a deslizarlas hacia abajo, para darme la vuelta, como un muñeco animado, porque yo le dejaba hacer.

Le dejaba hacer sin resistencia.

Seguía con los ojos cerrados cuando nuestros labios se unieron.

Dulces, tiernos.

Los entreabrimos y nos entregamos.

Sentí deseos de gritar, de llorar, de olvidar...

Le abracé y entonces nuestros cuerpos se fundieron en uno solo.

No iba desnudo.

Pero nos sentíamos igual que si lo estuviéramos.

Una eternidad después, casi al fin de los tiempos, nos separamos y nos miramos envueltos en una sonrisa cómplice. Estaba muy guapo. Demasiado. Sus ojos fueron un

baño para mi piel. Con los sentidos al desnudo, no hacía falta ni hablar.

Me cogió de la mano y me acompañó a la mesa.

Me hizo mirar mi plato.

Había algo en él.

Un regalo.

Un paquetito no muy grande.

Por un momento, solo por un momento, temí que fuera un anillo.

Luego comprendí que eso era absurdo.

–Bienvenida –susurró en mi oído mientras me quitaba la cazadora y la dejaba sobre la butaca más cercana.

No me senté. Cogí el regalo y empecé a quitarle el envoltorio muy despacio. Siempre lo hacía igual. Nada de romper el papel. Para mí, eso era un acto de violencia. El regalo también incluía ese envoltorio. Todo formaba parte de la ofrenda.

Abrí la cajita.

Dentro había una piedra negra con una palabra escrita en inglés: *Happiness*.

Felicidad.

–Es piedra volcánica –dijo él–. Ha estado miles de años en el fondo de la tierra.

–Gracias.

El nuevo beso fue igual de largo, igual de dulce, igual de cadencioso. La cena seguía impregnando el ambiente con su aroma, pero el sabor de sus labios era mejor.

–Estás preciosa. –Rozó su nariz con la mía.

–Lo sé.

–¿Ah, sí?

–Claro.

–Vaya. ¿Dónde está la chica un poco tímida e insegura de hace unos días?

–Está aquí mismo, pero sé que estoy preciosa, y ¿sabes por qué?

–¿Por qué?

–Pues porque no te imagino a ti con un cardo, así que si estás conmigo es porque debo de estar guapísima.

–Eso ¿dónde me deja? –No supo qué cara poner.

–Nada. Tienes buen gusto, eso es todo.

Iba a besarme de nuevo y lo detuve.

–Me prometiste que cenaríamos.

–Sí.

–Y yo también tengo un regalo para ti, aunque no está envuelto.

–¿En serio? –Se le iluminó la mirada.

Alargué la mano, recogí la cazadora y saqué el CD que llevaba para él. Luego la volví a dejar en la butaca. Cuando se lo entregué abrió unos ojos como platos.

–¡Tu disco!

–Nuestro disco –le rectifiqué–. Somos un grupo.

Hizo ademán de ir a su reproductor de música, un aparato ultramoderno adosado a la pared.

Se lo impedí.
–Ahora no, por favor. Tengo hambre.
–¿Después?
–Mejor cuando me vaya. No quiero oírlo contigo mirándome.
–Entonces mañana por la mañana.
–No puedo. –Me mordí el labio inferior pensando en el maldito piso de Mateo Miró.
–¿No te quedarás toda la noche? –mostró su decepción.
–No puedo.
–No quieres.
–No puedo y no quiero. De todas formas he de irme a las tres o las cuatro de la madrugada.
–¿Por qué?
¿Le decía que tenía allanar el piso de un pederasta? A lo peor insistía en acompañarme. Entonces comprendí que lo de Mateo Miró era una excusa.
La razón perfecta.
–Néstor, no me quiero despertar a tu lado y que seas lo primero que vea al abrir los ojos.
–La última vez fue así.
–Por eso no quiero otra. Fue... perfecto, ¿entiendes? Te estuve mirando durante una hora, hasta que tú también te despertaste. Me pareció irreal, tan fantástico que luego las consecuencias se me hicieron amargas.
–¿Qué consecuencias?
–Pasé unos días horribles luego, despertando sola.
Me atrapó por la cintura y pegó su cuerpo al mío. Podía sentirlo casi adentro.
–¿Por qué no...?
–Vamos, Néstor. –Le puse mi mano en los labios–. Tú lo sabes.
Me pregunté por qué hablábamos de ello antes de cenar, antes de acostarnos, antes de todo.
–Hagamos una gira juntos –me propuso locamente.
–¿Nosotros de teloneros y tú de estrella?
–No seas mala.
–Y al acabar la gira, ¿de vuelta a esto?
–¿Por qué no lo disfrutamos, simplemente?
Carpe Diem.
–Es lo que estamos haciendo, aquí y ahora. Por favor, cenemos.
–¿Tanta hambre tienes?
–Sí, pero es que no creo que pueda resistir mucho más sin pedirte que me abrases y vuelvas a besarme.
–Berta...
–No. –Di un paso atrás soltándome, apartándome de sus manos.
–Siéntate –suspiró sin borrar de su rostro aquella sonrisa de ternura–. Voy a la cocina a por la cena.

Lo dejé ir.

Me senté y acaricié la piedra con mis dedos.

Happiness.

Hasta una simple piedra podía ser algo hermoso y cálido.

Y más habiendo salido del fondo de un volcán, del corazón de la tierra.

Abrí los ojos de manera tan brusca que tardé casi un minuto en recordar dónde estaba. La mayoría de las velitas se habían consumido. En la habitación quedaban apenas tres o cuatro, chisporroteando en sus últimos estertores. La más cercana a mí, en mi lado de la cama, se apagó en ese instante.

Primero, alargué la mano. Cogí mi reloj. Las tres y siete minutos de la madrugada.

Volví la cabeza y me enfrenté a él.

Profundamente dormido.

Tan perfecto...

Sabía que si le besaba, se despertaría. Sabía que incluso un roce de mis labios en su frente o en su mejilla, provocaría que moviera los brazos y me atrapara con sus manos. Sabía que lo más difícil en un momento así era precisamente lo que tenía que hacer, lo que iba a hacer: levantarme.

Seguí mirándole un minuto, dos...

Su respiración me golpeaba el rostro.

La aspiré, llenando mis pulmones con ella.

Tardé una eternidad en decidirme. Quería y no podía. Me dije una docena de veces que ya iría al piso de Mateo. Miró la noche siguiente, que veinticuatro horas de más o de menos no cambiarían las cosas.

Luego pensé en las niñas y las adolescentes al borde del suicidio, como Marga Soldevila, por culpa de aquel hipo de puta.

Tal vez en veinticuatro horas le hiciera daño a otra inocente.

«Levántate», di la orden a mis músculos.

Si amanecía con él, haríamos el amor de nuevo.

Y eso era algo tan, tan fuerte...

«Levántate.»

Sí, tardé una eternidad.

Finalmente quise y pude.

Me aparté de su lado sin dejar de mirarle. Comprendía a las fans que ya enloquecían y lloraban al verlo u oírlo. No sólo eran sus canciones, sus letras, su voz. También era su magia y magnetismo. Néstor Aguilar había sido tocado por la varita mágica de la fortuna. Belleza y talento. Imagen y creatividad.

Sería muy, muy importante.

Carne de fama.

Metido de lleno en aquel universo del que tantas veces, siempre, me prevenía la abuela.

Me sentí feliz, pero también triste.

Quizás no volviera a verle.

O quizás sí, probablemente sí, otra vez más, como ésta, para volver a cenar, volver a amarnos, volver a hablarlo y volver a decidir que nuestras vidas jamás podrían cruzarse

más allá de lo que se cruzaban.

La estrella y la estrellada.

—Cállate, burra —me dije en un susurro.

Encima, ¿quería castigarme en plan masoca?

Acabé de incorporarme. Caminé desnuda hasta ir encontrando mi ropa dispersa por el suelo, allá donde la habíamos ido dejando caer. Y no es que hubiéramos hecho como en las películas, que siempre daba la impresión de que más que hacer el amor enloquecían, de pie, contra la pared, arrancándose la ropa.

Todo había sido dulce, intenso pero tierno.

No quise vestirme allí. Con la ropa en los brazos salí de la habitación y me fui al cuarto de baño. Ya no había velitas encendidas en él. Cerré la puerta y encendí la luz. Tampoco quise mirar mi cuerpo. No por falsa vergüenza, sino porque quería conservar todo el calor de sus besos y la huella de sus manos en mi piel.

Y por supuesto, no me lavé.

Necesitaba llevarme su ser impregnándome.

—¿Desde cuándo eres tan romántica?

Tal vez desde siempre, como cualquiera. El amor era el detonante de casi todo en la vida.

Salí del cuarto de baño ya vestida y recogí mi cazadora del comedor. Me aseguré de llevar la documentación y el móvil. También guardé la piedra en un bolsillo y la cajita en otro. Al dirigirme a la puerta del piso me asomé a la habitación por última vez.

Néstor parecía un Apolo débilmente iluminado por el rescoldo de las dos últimas velitas.

Simbólicamente, una de ellas se apagó en ese instante. Quedaba la otra.

Suficiente para la visión final.

Entonces saqué un papel del bolsillo y el minibolígrafo que me servía de vez en cuando para anotar algún número de teléfono o dirección. Me apoyé en la pared y escribí: «La perfección no existe, pero a veces se roza, tan cerca...». Y debajo: «Gracias, amor».

Lo dejé en la cama, en el lugar del que acababa de levantarme, y me fui.

Irme del paraíso para volver al infierno, fue duro.

Dejar a Néstor para meterme en la boca del lobo encarnado por Mateo Miró, amargo.

Y ni siquiera sabía si las llaves que me había llevado abrían aquellas puertas.

¿Regresaría con Néstor de no ser así?

¿Sería capaz de meterme en su cama como si nada, y dormir, y esperar el amanecer?

No había nadie en la calle a esas horas. Absolutamente nadie. Como mucho circulaban coches por el Paralelo. Detuve la moto frente a la puerta, por si tenía que salir pitando, y saqué aquel manojito formado por las tres llaves. Una era muy pequeña, probablemente la del buzón. Otra debía de ser la del piso. Escogí la más grandes.

Entró perfecta en la cerradura.

Me colé en el edificio y subí sigilosamente hasta el primer piso. Como había imaginado, la llave media era la que abría la puerta de la vivienda. Ni se me ocurrió encender la luz. Caminé a tientas, recordando la distribución del piso, y pronto me iluminó la luz de la noche que se colaba por las ventanas de la sala.

Abrí la del lado que daba al jardín de Mateo Miró y estudié la situación.

Seguramente acabaría perdida. De amante hermosa a ladrona ruin.

Por si acaso también oteé las ventanas próximas, por si algún noctámbulo insomne contemplaba la noche y me sorprendía a mí de paso.

Nadie.

Tomé aire y pasé una pierna por encima del alféizar. Después la otra. Una vez segura, comprobé la consistencia del canalón que bajaba hasta el suelo. Estaba firmemente unido a la pared. Por precaución, me fijé en el tipo de salto que tendría que hacer si algo salía mal, y la distancia o el impulso a tomar para caer en algún lugar que no fuera más peligroso de lo normal. El jardincito de Mateo Miró era penoso, había matorrales y ramas que podían hacerme daño si caía a peso.

Puse una mano en el canalón.

Un pie en la arandela de agarre.

La otra mano.

Y, por último, el otro pie.

Con el corazón latiéndome a lo bestia esperé lo peor.

No pasó nada.

Al final, resultó relativamente sencillo. Arandela a arandela y paso a paso, sin prisas ni precipitaciones, alcancé mi destino y puse un pie en tierra. Completada la primera parte de mi odisea, me fijé en la cristalera que separaba el jardín del interior del piso.

No había alarmas.

Mateo Miró era confiado.

Tanto que ni siquiera la vidriera tenía el cierre echado.

No pude creerlo.

Estaba dentro.

Lo primero que hice fue bajar la persiana de la vidriera. Después, conecté el móvil y abrí la opción linterna. Una vez tranquila y dominando la situación, sí me sentí lo bastante segura como para encender la luz del piso.

La sala era de lo más normal, aunque con pocos muebles y algo de suciedad, polvo y desidia. Lo más relevante era una butaca enorme y cómoda y un televisor de pantalla grande con dos reproductores de CD y vídeo VHS, ya en desuso, en plan reliquia pasada. En un mueble, junto a la butaca, decenas de discos y cintas.

Todo material porno, pero no casero, comprado, profesional.

Inspeccioné el piso y lo primero con que me encontré fue con una habitación de matrimonio, cama grande y deshecha, sábanas revueltas. Una pared era roja. En la otra, frontal a ella, un espejo de lado a lado. Había muchas luces, focos para iluminar el espacio. Me pregunté dónde estaría la cámara y la respuesta la tuve en la habitación contigua, detrás del cristal. Por dentro, del lado de la cama, era un espejo, no se podía ver nada salvo el reflejo de uno mismo. Pero en la habitación de la cámara era distinto. Desde allí filmaba Mateo a sus víctimas.

Probablemente ni las tocaba.

Un sucio y asqueroso reprimido, enfermo. Enfermo y capaz de destrozar vidas de niñas.

Continué mi búsqueda.

Porque yo buscaba algo muy concreto: el ordenador de Mateo Miró.

La siguiente puerta me condujo al cuarto de baño. Ya solo quedaba otra, la última, porque el piso era muy pequeño. La abrí y...

La cueva de Ali Babá.

Esperaba una mesa, un ordenador y poco más. Así que mi sorpresa fue mayúscula cuando me encontré en un verdadero archivo, como el de una biblioteca, o mejor decir una videoteca. Sí, había una mesa y un ordenador, y también otra pantalla gigante para ver imágenes, pero lo esencial estaba en las paredes.

Estanterías repletas de cintas, DVDs, incluso algunos viejos casetes.

Allí había decenas de inocentes vidas rotas. Decenas de historias. Tantas y tantas lágrimas...

Se me revolvieron las tripas. Pensé en lo que había dicho Hortensia Soldevila: quemarlo todo. Sentí la tentación de hacerlo, pero entonces él nunca acabaría en la cárcel, ni enfrentado a su vergüenza. Y lo más importante, lo esencial y necesario, era eso: apartarlo de la circulación y que dejara de chantajear a sus víctimas.

No podía quedarme allí más de lo necesario, por lo tanto me impuse un orden. No era fácil. Dominé mi rabia y conseguí un atisbo de profesionalidad.

Primero, mi clienta.

Los archivos estaban alineados alfabéticamente. Encontré el material de Marga Soldevila en la S. Había tres DVDs y un CD. Las metí en mi bolsillo. Me aseguré de que no hubiera nada más de ella y leí todos los nombres, desde el primero al último. Algunos archivos tenían anotaciones del tipo «Argentina», «Italia», «Paraguay», o puntuaciones del uno al diez. También detalles como «rubia», «morena» o «pelirroja». Finalizado mi

primer examen, encendí el ordenador tras apartar la cámara situada en la parte superior, por si acaso.

Ninguna contraseña.

Mateo Miró estaba loco y se creía inmune.

Lo mismo que las estanterías, el ordenador era una sima abierta al horror. Las víctimas estaban pulcramente ordenadas alfabéticamente. Busqué Marga Soldevila y apareció sin problemas. No sé por qué, antes de arrastrar el icono con la carpeta hasta la basura, lo abrí. Dentro había muchos más archivos, la mayoría de imagen, con las fechas anotadas al pie. Abrí uno de los últimos.

Quería conocer a Marga.

Las lágrimas empezaron a caérseme a los pocos segundos.

La hermana de Hortensia lloraba, suplicaba, en un primer plano estremecedor.

—Por favor... No...

—Hazlo.

—No quiero.

—Sí quieres. Vamos, compláceme.

—¿Por qué?

—Porque lo nuestro es muy bonito.

—No, no lo es.

—Te quiero, pequeña.

—¡No!

La voz de Mateo Miró era dulce, hipnótica.

—Claro que sí. Tú no lo entiendes, pero te quiero mucho.

—¡Entonces devuélveme mis fotos y borra las películas! ¡Eso hace la gente que quiere a otra persona!

—Lo haré.

—¿Cuándo?

—Me pides algo imposible, muy duro, pero lo haré, te lo prometo. Confía en mí. Eres tan hermosa...

—No lo digas.

—¿Cómo ocultar el sol? Lo eres. Hermosa, bonita, única... Me has devuelto la vida. Gracias a ti soy otro. Eres la única. No hay nadie más. Vamos, mi vida, hazlo, hazlo...

Marga apenas si podía hablar. Era un despojo juvenil.

—Pero si ya lo hice...

—Otra vez, cielo. ¿No entiendes que cada una es distinta? Día a día, te haces más mujer, más excitante...

—¡Cállate!

—Me callo, pero hazlo o ya sabes qué sucederá si no...

Una pequeña espera.

Silencio.

Hasta que Marga empezaba a desnudarse.

Cerré el archivo.

Primero, arrastré todo lo concerniente a Marga hasta la papelera. Una vez en ella, le di al icono de «Vaciar papelera de forma segura». Por lo menos el imbécil tenía un Mac como yo y sabía manejarlo perfectamente. La operación tardaba varios minutos, así que aproveché para buscar algo.

Lo encontré: un disco duro externo para hacer copias de seguridad. Me bastó con seguir uno de los cables de la parte de atrás. También lo abrí, busqué los archivos de Marga y luego los llevé a la papelera. Resultaba imposible llevarme el ordenador, porque era grande, pero el disco externo sí valía la pena, así que lo desconecté. Cuando la papelera se quedó a cero di por finalizada mi operación de limpieza.

Marga Soldevila estaba a salvo.

Quedaba el móvil de Mateo Miró si, como aseguraba Hortensia, allí también almacenaba cosas.

–Tienes un problema –me dije.

Si Mateo Miró descubría el desaguizado antes de que pudiera quitarle el móvil, sabría quién era la responsable de aquello, porque sólo faltarían los archivos de Marga Soldevila.

Así que me tocaba robar un teléfono. Como si eso lo hiciera todos los días. Y, además, a un gusano enfermo.

–Sé que tú no lo harías, papá. Pero ya ves...

Ventajas de ser una inconsciente.

No sabía qué más hacer o buscar, así que decidí que mi trabajo estaba hecho. Cerré las luces y con la cajita del disco duro bajo el brazo y los DVDs en el bolsillo llegué a la puerta del piso, la abrí y salí de aquella sucursal del infierno.

Tenía las llaves robadas del piso de la casa vecina. Podía echarlas a una papelera o...

Las conservé. Por si acaso.

Una vez en la moto pensé en mi cama.

Sola.

Y seguí mi instinto, a pesar de que el reclamo de Néstor era muy fuerte y amanecer a su lado una recompensa.

Acostarse tarde tiene un problema y una desventaja.

El problema es que te despiertas con el cerebro embotado. La desventaja es que el día se hace más corto y lo que tengas que hacer se comprime.

Salté de la cama pensando en Mateo Miró. Si iba a su estudio y descubría que le faltaba el disco externo con sus archivos, sabría que alguien había estado allí. Si luego comprobaba su archivo de DVDs en las estanterías o registraba el ordenador y veía que solo faltaban las películas y fotos de Marga Soldevila, su reacción tal vez fuera de miedo, pero si le daba por volverse loco y cumplía su palabra de colgarlo en internet o mandarlo a los padres y a los amigos...

Guardé el disco duro y los DVDs en la caja del dinero y luego eché a correr: ducharme, vestirme, tomar un vaso de leche a la carrera... La abuela me pilló haciéndolo, de pie, mientras buscaba algo que picar.

—¿No desayunas?

—No, lo siento, no puedo. Tengo mucha prisa.

No me habló de mi ausencia nocturna hasta las cuatro de la mañana.

—Vas a enfermar.

—Ayer cené bien, tranquila.

—Y el estrés, ¿qué?

—Abuela, que tengo diecinueve años.

—Todavía no.

No quise darle carrete. Lo que peor me sentó fue no poder entrar a ver a mi padre. Pero «hablar» con él requería de unos minutos que tal vez fueran preciosos. Desde su petición de eutanasia no habíamos vuelto a comunicarnos.

Bajaba la escalera saltando los escalones de dos en dos cuando sonó el móvil. Lo abrí en el vestíbulo, antes de salir a la calle.

Era Néstor.

Vacilé menos de un segundo.

No lo cogí.

Diez segundos después conducía con más velocidad que nunca sorteando coches por las calles de Barcelona.

Cuando llegué a la casa de Mateo Miró aparqué la moto más lejos de lo normal, lejos de su puerta y de posibles miradas posteriores. Tenía un plan. Un plan loco y absurdo, digno de mí, pero un plan al fin y al cabo.

¿Cómo se le roba el móvil a un hombre?

Simplemente actuando como una chica.

Fui corriendo hasta la puerta de la casa. Llamé al timbre y crucé los dedos. El primer susto lo tuve cuando escuché la voz de su madre por el interfono.

—¿Quién es?

—¿Está Mateo?

—Sí.

No preguntó por mi identidad. Se oyó un chasquido y la puerta se abrió. En este momento yo ya estaba a un par de metros, corriendo calle abajo.

No tomé mi habitual puesto de observación en el bar. Mera precaución. Estaba segura de que Mateo Miró no iría a la policía a denunciar nada, y mucho menos la policía preguntaría a nadie de la calle, pero por si las moscas era mejor empezar a cortar rastros. El chico de los dientes me iba a recordar demasiado bien.

Me instalé en la esquina, más lejos de lo normal pero con una buena visión, y me senté en el bordillo sin perder de vista aquella puerta.

Ahora solo era cuestión de tiempo.

Minutos u horas.

Volví a coger el móvil. Tenía un mensaje en el buzón de voz. Lo activé y apareció su voz, tan cálida como cuando cantaba o me susurraba al oído.

Toda nuestra noche pasó ante mis ojos de un plumazo.

Si la felicidad pudiera embotellarse...

—Siento que te fueras. —Se produjo una pausa llena de dulzura—. Puse la mano en tu sitio y ya no estabas. Dios..., eres increíble. —Aquí escuché un suspiro—. Nos mereceríamos más, ¿verdad? Tú y yo. Lo malo es que la música es una amante exigente, y los dos estamos en ello. Para los dos es algo por lo que estamos luchando. Sin embargo cuando estoy contigo todo es tan distinto, tan hermoso. Yo... Bueno, no sé qué más decirte que no sepas. Llámame cuando puedas, si quieres, si piensas que otro poco de presente sin futuro es algo por lo que vale la pena esperar, luchar... Berta...

Cerré los ojos sabiendo que si lo decía me derretiría.

Conté hasta tres, temblando.

—Chao, preciosa.

No lo dijo.

No hubo un «te quiero» que habría resultado demoledor.

Fin del mensaje.

Permanecí con los ojos cerrados demasiado tiempo y los abrí de nuevo, sobresaltada, al recordar que se suponía que estaba vigilando una casa. Miré hacia ella y justo en ese instante vi salir a la madre de Mateo Miró. Yo desconecté mi móvil y lo guardé.

Pasó frente a mí, con los ojos fijos en el suelo y la bolsa de la compra.

¿Sabía ella que su hijo era un monstruo?

¿Era posible que en treinta y cinco años nunca hubiera pasado nada, jamás le hubieran detenido o no tuviera antecedentes?

Y Alfredo en el hospital, sin poder ayudarme.

Mateo Miró salió diez minutos después, así que, en el fondo, pensé que tenía suerte. Ahora todo dependía de mi morro. Recordé la magnífica actuación de Hortensia Soldevila en nuestro primer encuentro. Sí, actuar, a fin de cuentas, consistía en echarle morro a la vida, soltarse. Mi objetivo no merecía nada. Había destrozado la vida de un sinfín de niñas y adolescentes. Era una cucaracha a la que primero tenía que distraer y luego aplastar, para que no se escabullera por las rendijas.

Mi objetivo se dirigía a la plaza de España.

A su cubículo.

Mejor actuar antes de que llegara a la parada del autobús, porque las calles de Sants, desde luego, tenían menos gente yendo de un lado a otro que la populosa plaza de España.

Eché a correr, pasé por su lado y fingí tropezar a un metro escaso de él.

Creo que fue una caída bastante ridícula, pero bastó. Apareció sobre mí, como un águila al acecho.

—¡Oh, niña! ¿Te has hecho daño?

—No sé... ¡Oh, qué tonta! —Dejé que me ayudara a levantarme dominando el asco que me daba—. Me duele la rodilla, sí.

—¿Puedes caminar?

—A ver... ¡Uy!

—Vamos, yo te sujeto. —Su mano agarró mi cintura.

Noté su aliento. Vi sus ojos de cerca.

—Me siento en el bordillo y me espero a estar bien, en serio.

—No, no, ¿te llevo a una farmacia?

—Si me ayuda a dar unos pasos, para probar...

—Claro.

Hice lo mismo que él. Rodearle con el brazo.

No llevaba el móvil en el bolsillo opuesto.

—¿Me deja cambiar de lado?

—Sí, sí.

Lo hicimos y repetí la operación. Noté cómo me presionaba. Era un cerdo que vivía del ciberacoso y el *sexting*, así que raramente tendría a una mujer cerca.

Lo disfrutaba.

—¿Mejor?

—Un poco.

El móvil estaba ahí.

Intenté meter dos dedos.

Lo llegué a rozar.

No iba a poder, a no ser que metiera la mano dentro y lo sujetara bien. Lo malo era sacarlo con la mano cerrada ya que él me tenía a mí más que sujeta.

Se imponía un cambio de táctica.

Hacer que se relajara y...

—Espera, espera —empecé a tutearle—. Me acompañas a ese banco.

—Vamos allá.

Lo dijo alegremente.

Caminamos unos diez metros. Ya no intenté meter la mano en su bolsillo. Me bastaba con saber dónde estaba mi objetivo. Nos sentamos en el parque pero se puso del lado malo, es decir, con el móvil al otro lado.

Cincelé la mejor de mis sonrisas en la cara y le miré como si fuera el más guapo de los

actores de cine.

—Oye, ¿yo te conozco de algo?

—¿A mí? No.

—¿Seguro?

—Te recordaría. —Sus ojos babosearon por primera vez.

—Bueno, a veces la gente se acuesta y como lo hacen a oscuras. Yo nunca recuerdo un rostro, salvo que se me quede algo. Y tú tienes los ojos muy bonitos. Tristes, pero bonitos. —Volví a sonreír con generosidad y picardía—. ¿Seguro que no lo hemos hecho?

—¿Tú y yo? —Puso cara de alucinado.

—Sí, hombre, no pongas esa expresión. —Le guiñé un ojo.

Pensé que, a lo peor, las quería virginales, niñas, no profesionales.

—¿Te dedicas a... eso? —vaciló tan impresionado como sorprendido.

—Bueno. —Me encogí de hombros—. He de pagarme los estudios. Tampoco es que lo haga cada día. Pero de vez en cuando... Además, me gusta el sexo, y cuando un hombre me va... ¿Por qué no? —Le di un golpe de confianza con el codo.

Tardó dos o tres segundos en reaccionar.

Suficientes como para saber que me jugaba el éxito de mi propósito a cara o cruz.

Salió cara.

—¿Yo te gusto? —babeó por segunda vez, y ahora no sólo con la mirada.

—Tienes mucho encanto, sí.

—¿De veras?

—Odio a los tíos que van de guapos, que se pasan el día en el gimnasio, que visten a la última y se creen... —Me estremecí—. Yo me fijo en otras cosas. —Vencí mi repulsión y la pasé la mano por la calva y la mejilla—. Tú pareces una persona dulce, tierna, sensible.

—Lo soy, sí —se apresuró en asentar.

—Tienes unos ojos muy especiales. Y las manos...

—Mi madre también dice que mis ojos son especiales.

—¿Lo ves?

Tragó saliva. Yo tenía dolor de estómago.

Pero si no me lo enrollaba más antes de incorporarnos...

—¿De verdad haces esas cosas? —preguntó Mateo Miró.

—Ya te digo que poco. Por los estudios. Son muy caros. Tampoco es que sea una ninfómana, aunque me guste el sexo y haga maravillas.

Dilató las pupilas.

Creí que iba a preguntarme por mis «maravillas».

—¿Qué estudias?

—Abogacía. Bueno, Derecho.

—Vaya.

—En el futuro todo el mundo estará metido en algo, seguro. —Solté una carcajada de esas que tanto gustan a los hombres, echando la cabeza hacia atrás para lucir cuello y tensar el pecho—. Bueno, creo que esto ya está. —Moví la pierna y la flexioné—. Sólo ha sido el golpe.

—¿Eres muy cara?

—¡Uy, qué malo! —Le di un beso en la mejilla—. ¿Por qué? ¿Te interesa? Seguro que tienes novia.

—Puede que me interese.

—A un buen samaritano como tú le cobro el mínimo, o si lo paso bien, nada. ¿Vives por aquí?

—No, cerca de plaza España. ¿Podría...?

—Venga, dilo, no te cortes.

—¿Podría grabarte?

—Ya sabía yo que en el fondo eras malo-malísimo. —Volví a montar el número de la carcajada—. ¿Quieres grabarme?

—Me encantaría.

—¿Para qué?

—Así no te olvidaría.

—No sé, no sé —me puse tonta—. Eso sí que no lo he hecho nunca. Tendría que ser sola.

—Bueno.

Lo miré como si pretendiera comérmelo. Unas horas antes estaba con Néstor. Ahora con una bestia humana. Mi vida era un ti vivo.

—Si me voy contigo he de hacer una llamada. ¿Tienes móvil?

—Sí.

—Anda, déjame.

Lo sacó del bolsillo y me lo tendió.

Si echaba a correr, me alcanzaría. O gritaría y alguien se haría el héroe cortándome el paso. Tenía que disfrutar de una ventaja importante.

Marqué mi propio número. Por suerte lo había desconectado antes de iniciar la persecución, para no tener sobresaltos inesperados. Puse cara de aguardar una respuesta notando cómo él me penetraba con la mirada, ahora ya sin disimulo. Con mis vaqueros no podía verme las piernas, pero la contundencia de mi pecho sí. Fue su tercer baneo.

—¿Oye? ¿Camila? Soy yo, Teresa. Sí, mira, que ahora mismo no puedo ir a estudiar para el examen. —Hice una pausa—. Ya lo sé, y lo siento, pero es que me ha surgido un compromiso. —Siguió una pausa. Le guiñé un ojo a Mateo Miró y me pasé la lengua por el labio inferior, cosa que creo que le puso a mil—. Pues tardaré lo que tarde, que a mí me gusta hacer las cosas bien. Puede que un par de horas, mira. —Tercera pausa—. De acuerdo, llámame a este número, pero en cinco minutos, ¿eh? Que no es mío. —Última pausa—. Bien, sí, te espero.

Corté y no le devolví el móvil.

—Me llamará ahora para decirme una cosa. ¿Puedo?

—Sí, sí, claro.

—Entonces nos vamos yendo, ¿no?

Me puse en pie. Él me agarraba por el brazo. Yo al móvil. Di un par de pasos y fingí dolor.

—Mejor cogemos un taxi, ¿te parece?

–Oh, por supuesto, sí.

Caminamos hasta Sants y aguardamos casi un minuto. Yo con su móvil en la mano, esperando la llamada imposible.

Fue la peor espera.

–No me has dicho si tienes novia.

–No, no tengo.

–Ah, malo. Te gustan todas.

–Bueno...

–Esa película que me harás, será sexy, ¿no?

–Lo que tú quieras.

–Pero luego me la enseñas, ¿eh?

–Sí, claro.

Se acercaba un taxi. Por fin. Todo dependía de mi fuerza y mi resistencia. Y también de mis reflejos.

Mateo Miró levantó la mano.

El taxi se detuvo a nuestro lado.

–Pasa tú primero –le dije–. Así me ayudas a entrar para que no me duela la rodilla. Pero a ver dónde pones las manos, ¿vale? –Lancé mi última sonrisa.

Si decía que no, estaba lista.

Lo hizo.

Entró el primero y se acomodó al otro lado.

Ya no esperé más.

Eché a correr en dirección contraria sujetando el móvil con todas mis fuerzas.

–¡Eh, tú! –le oí gritar a mi espalda.

Me interné por la primera calle. Luego doble a la derecha. Luego a la izquierda. No volví la cabeza para no perder ni un segundo. Sabía que salir de un taxi no era fácil. Y a lo mejor, el taxista le exigía el pago de la bajada de bandera. Pero aunque no fuera así, la ventaja ya era mía. Bastaban los veinte o treinta metros que le había ganado. Eso y mis casi diecinueve años frente a sus adocenados y sedentarios treinta y cinco.

Aun así, no me detuve hasta que me quedé sin resuello.

A salvo.

–¡La madre que te parió, Berta! –jadeé alucinada.

¿Por qué siempre pensaba las consecuencias después y no antes?

Regresé a por mi moto con ojos en el cogote. No sabía si Mateo Miró se habría ido a su piso secreto o de vuelta a casa. No me fiaba. Cuando llegué a mi destino abrí el maletero bajo el asiento mirando a todas partes, como una conspiradora, me puse el casco y salí a escape.

Me juré que nunca más volvería a pasar por aquella calle.

Conduje sin rumbo un par de minutos, hasta que frené, paré junto a una acera y solté los nervios finales. Tenía el estómago agarrotado, me latía el corazón, temblaba y me repugnaban todas las partes de mi cuerpo que acababan de estar en contacto con aquel cerdo, incluidos los labios por el beso en su mejilla.

Me quité el casco, me pasé la mano por los labios y escupí.

Algo de lo más simbólico.

Después sólo pensé en una cosa.

Ir a ver a Alfredo.

No sé por qué.

Estaba tan nerviosa, tan alterada, que tras decidirlo me tomé un par de minutos de descanso para atemperar todo mi ser.

Cogí el móvil de Mateo Miró. Seguía conectado así que navegué por él un momento. No profundicé mucho, porque no conocía el modelo, pero colegí que Hortensia Soldevila se había equivocado, que allí no guardaba imágenes, y que mi «heroicidad» había sido en vano y en balde.

De todas formas extraje la memoria del teléfono y la rompí.

Me sentí mejor.

Cuando llegué al hospital subí maquinalmente a la UVI y una vez en ella me informaron de que a Alfredo lo habían cambiado de habitación. Estaba ya en planta, tal y como me había dicho su hermana que sucedería el día anterior dado su buena evolución. Suspiré aliviada y esperé el ascensor para bajar hasta el tercer piso.

Los ascensores de los hospitales van siempre llenos, se detienen en todas las plantas y son lentos, así que acabé envuelta de nuevo en mis pensamientos, con la cabeza en muchas partes, mientras esperaba rodeada de otras cuatro personas. Cuando las puertas se abrieron di un paso al frente y sin darme cuenta choqué con un hombre bastante alto. Le vi la cara brevemente, de pasada. Quise protestar pero se me antojó absurdo. Entre los que salían y la señora que me empujó para que me metiera en el camarín, me olvidé de mi «agresor». Cuando me di la vuelta ni estaba ya a la vista.

Me olvidé de su traje negro y de su mirada impertérrita.

No me costó nada descubrir la nueva habitación de Alfredo, porque a un par de metros de ella parecía haber una convención policial y el agente del día anterior permanecía de pie, al lado de la puerta, junto a la silla que utilizaba para descansar, más tieso que un palo.

Estuve tentada de dar media vuelta y marcharme.

Resistí.

Por lo menos el agente me reconoció.

–Hola. –Me detuve observando de reojo a los cinco hombres, tres sin uniforme y dos con él–. ¿Puedo pasar?

–Está solo –me informó.

–¿Algún problema?

–Espera.

No les preguntó nada a los hombres. Entró en la habitación y salió a los cinco segundos, tan serio como antes.

–Pasa –me invitó.

–Gracias.

Creí que me diría lo típico, que sólo tenía cinco minutos.

No fue así.

Alfredo estaba consciente, y mucho, muchísimo mejor que el día anterior. Seguía conectado a un sinfín de aparatos, pero el color volvía a sus mejillas y, sobre todo, el brillo a sus ojos. Me sonrió mientras me acercaba a él y cuando estuvimos cerca no pude resistirme a darle un beso en la mejilla.

–Hola –susurré.

–Hola –no añadió «petarda» ni nada de eso.

–¿Cómo estás?

–En un par de días volveré a perseguir a los malos.

–Ya será menos.

–Soy como Superman o Batman –bromeó–. Las calles se llenarán de delincuentes si no estoy yo.

Fue extraño, pero en ese momento me quedé sin palabras.

El susto por lo que acababa de hacerle a Mateo Miró no sólo reapareció, sino que se abrió paso por entre mis neuronas con una fuerza de caballo.

Y no sólo el susto por lo del móvil.

También estaba lo de la noche pasada, mi asalto a su casa.

Seguía jugando con fuego.

–¿Qué te pasa? –Alfredo notó mi cambio, aquella súbita parálisis.

–Nada –mentí.

–Estás pálida.

–Me... impresiona verte así.

–No, hay algo más. ¿Qué es?

–De verdad, no...

–Berta...

Parecía mentira, pero me conocía bien. Y era bueno en lo suyo, también en lo que concernía a la psicología.

–No quiero molestarte con temas policiales.

–¿Y a quién vas a molestar si no?

–Tú estás fuera de combate.

–Deja que eso lo decida yo –me cortó serio–. ¿En qué lío te has metido?
–¿Y por qué he de haberme metido en un lío? –me enfadé.
–De acuerdo, no es un lío. Pero tienes algo entre manos y no sabes qué hacer con ello.
¿Sí o no?
–Sí.
–Suéltalo o llamo a los de fuera.
–He descubierto a un pederasta de esos que hacen ciberacoso y *sexting* con adolescentes –fue un alivio soltarlo.
Alfredo se me quedó mirando.
Creo que ya nada de lo que hiciera yo le impresionaba.
Saqué uno de los papeles que siempre solía llevar en mis bolsillos, recibos de consumiciones y cosas así, y le anoté las señas de los dos pisos, el que compartía con su madre y su «nido de amor».
–Se llama Mateo Miró. Vive en la primera dirección, con su madre, pero se lo monta en esta otra, cerca de la plaza de España, donde tiene un archivo que da para empapelarle cien años. Ah, y por si acaso lo destruyera sintiéndose descubierto, yo tengo su disco duro externo. en mi casa.
Alfredo continuó mirándome. Tan inexpresivo...
–¿Qué? –me impacienté–. He venido a contártelo, ¿no? Tú avisas a los que se encargan de esas mierdas y listos.
–Cierro los ojos un par de días y tú lo aprovechas para meterte en otro lío –suspiró.
–¡No me he metido en ningún lío! –protesté–. Investigaba un caso y he tropezado con eso casualmente.
–¿Cómo has conseguido ese disco duro?
–Me colé en su casa –opté por no mentir ya que de todas formas resultaba evidente.
–O sea que has contaminado las pruebas.
–¡He salvado las pruebas!
–Cualquier juez puede dictaminar que la obtención de pruebas es nula por «procedimiento de forma».
No sabía qué era eso.
–¡Si das aviso y van a su piso le pilláis con todo! No tiene tiempo de destruirlo, suponiendo que lo haga en caso de sentirse amenazado. ¡Y están las chicas! ¡Las encontraréis seguro, y le reconocerán! ¡No me vengas con chorradas!
–Genial. Ahora me gritas.
–No te grito –bajé la voz–. ¿Harás algo o no?
–Pues claro que haré algo.
–No tendrás que dar mi nombre, ¿verdad?
–Sabes que no.
–Pues ya está. –Me sentí aliviada–. Tú has recibido un soplo. Se lo dices al que le toque, van y lo detienen. Es un cabrón hijo de puta, ¿sabes?
–¿Tú...?
–¡No, hombre, no! ¿Por quién me tomas?

–¿Cuándo me traerás ese disco duro?
 –Cuando pueda. Tampoco creo que os haga falta para dentro de media hora.
 Alfredo Sanllehí tenía las fuerzas justas, porque volvió a parecer cansado de pronto.
 Fue un instante de vacilación que dominó haciendo un pequeño gran esfuerzo.
 –Llama al de ahí afuera.
 –¿El policía que te vigila o alguno de los otros?
 –El que me cuida.
 Me dirigí a la puerta. Los cinco hombres seguían hablando a un par de metros. Saqué la cabeza lo justo y lo llamé.
 –El inspector quiere verle.
 El agente siguió mis pasos y se detuvo junto a la cama de herido. La conversación fue rápida.
 Profesional.
 –Guzmán, ¿puede avisar a comisaría y decirle a Tomás Vega que venga enseguida?
 –Sí, señor.
 –Enseguida quiere decir ya, Guzmán. Es muy urgente.
 –No se preocupe.
 Volvimos a quedarnos solos, y como no sabía el rato que me dejarían estar allí antes de echarme o de que él se sintiera más fatigado, decidí alegrarle el día.
 Después de todo, instintivamente ya había tomado mi decisión.
 Ahora, con él, la reafirmaba.
 –Alfredo, voy a estudiar para sacarme la licencia.
 Le pillé bien.
 –¿En serio?
 –Sí.
 –¿Por si me muero?
 –No seas bruto.
 –Son tres años, y es duro.
 –Bueno. –Me encogí de hombros—. Supongo que te lo debo.
 –Ahí aciertas.
 –Y también se lo debo a mi padre, y a mí misma.
 –¿Y tu carrera con el grupo? Acabáis de sacar el disco. ¿Qué pasa si funciona?
 –¿No creerás que voy a ser famosa y millonaria en tres meses?
 –Quién sabe.
 –Eso no funciona así. Me sacaré la licencia por si acaso.
 Sí, acababa de darle una alegría, se le notaba.
 Aunque de todas formas se pasaría tres años siendo mi ángel guardián.
 –Gracias por contármelo. –Movié levemente la cabeza de arriba abajo.
 –¿A quién iba a decírselo?
 –A tu abuela y a tu padre.
 –Es distinto. –Bajé la cabeza.
 –Ven.

Me acerqué un poco más, hasta que pudo cogerme la mano.
La presionó.
–Serás una buena detective. –Exhaló con las fuerzas cada vez más justas–. Y serías una buena inspectora si un día te decidieras, aunque deberías pulir tus métodos.
–Tú no sabes cuáles son mis métodos.
–Los imagino. Los discos duros de los pederastas no llueven del cielo. No quiero ni saber cómo te colaste en su casa.
–Pues...
–¿Quieres que te detenga? Cállate.
–¿Lo harías?
–¿Detenerte? No me provoques.
Seguía con mi mano bajo la suya.
La retiré para tocarle la mejilla y volver a besarle.
–He de irme. Cuídate.
–Yo aquí estoy muy cuidado, te lo aseguro. Eres tú la que está libre ahí afuera.
–Y puede que te cuente algo más hoy mismo o mañana gracias a eso –le previne.
–¡Ay, Dios! ¿Qué es?
–Creo que le tengo el culo pillado a un mafioso colombiano –me vengué de él haciéndome la interesante.
–Berta...
Yo ya me alejaba de su lado.
Sabía que no podía saltar de la cama para perseguirme.
–Volveré.
–¡Berta!
Crucé aquella puerta y mantuve mi sonrisa malévola.
Ahora me sentía bien.
Mucho mejor.

Pensé en mi baladronada nada más llegar junto a mi moto.

«El culo pillado a un mafioso colombiano»

De hecho sí. En parte sí. Pero sin las malditas pruebas.

Y no podía volver al Aguapanela so pena de arriesgarme a que me hicieran una cara nueva o algo peor.

Mientras pensaba en cómo enfrentarme al caso, saqué el móvil y lo conecté. Con el teléfono en la mano volví a recordar a Néstor.

Su mensaje.

Mis ganas de volar a su lado.

Mi necesidad de resistirme.

Ni siquiera sabía si se marchaba aquella misma tarde, al día siguiente o en una semana.

No habíamos hablado de ello.

—Dios... si no sabes nada salvo...

¿Salvo que juntos lo olvidábamos todo?

¿Como tomar una droga?

Busqué el número de Hortensia Soldevila en la agenda y lo marqué. La voz de mi clienta y futura actriz, porque no olvidaba su representación del primer instante, apareció en la línea con su natural toque de elegancia y clase, aun sabiendo que era yo y lo que estaba en juego.

—¿Berta?

—Sí. ¿Puede hablar?

—Claro, ¿qué pasa?

—Su hermana es libre.

—¿Qué? —se le rompió la voz.

—Anoche el señor Mir estuvo en el piso donde Mateo Miró hace de las suyas. Buscó todo lo relativo a Marga en el ordenador y lo hizo desaparecer. No sólo borró eso, también lo que de ella había en el disco duro externo, donde guardaba las copias, y de paso se lo llevó para entregárselo anónimamente a la policía. Por supuesto que había más: una colección impresionante de DVDs. Encontró los que contenían el material de su hermana y los tengo en mi casa. Eso se lo daré a usted para que lo queme por su propia mano o se lo muestre a Marga y entienda de la que se ha librado. —Di por finalizado mi informe oral—. Ya no queda rastro del paso de Margarita Soldevila por la vida de ese cerdo.

—¡Oh, Berta... Berta! —Se echó a llorar.

—Todo ha terminado, tranquila.

—Os juro que...

—Lo sé, la factura multiplicada por diez —bromeé recordándoselo—. Pero en este caso también vamos a hacer justicia, así que es mucho más que eso.

—¿Y el móvil?

–No había nada en él.

–¿Lo has visto?

–Esta mañana se lo he robado a Mateo Miró imitándola a usted en lo de actuar. Y la verdad es que lo he bordado. –Me sentí orgullosa.

–¿Tú?

–No ha estado mal. De todas formas en el móvil no había nada, o al menos yo no he sabido encontrarlo. He destruido la memoria y el aparato se lo daré a usted como recuerdo y prueba de mi trabajo.

–Dile al señor Mir... Bueno, y también a ti... Esto es... –Siguió llorando feliz, libre.

–Si de todas formas, por azar o por la razón que sea, la policía llega hasta su hermana o usted, espero que silencie nuestro nombre.

–¡Oh, sí, claro!

–No sabe la de ilegalidades que hemos cometido.

–Sí lo sé, sí. No diré nada, aunque eso... es imposible, ¿verdad?

–Nada es imposible. No hay rastro, todo está borrado, no existe ninguna relación entre ese cerdo y su hermana, pero no sé qué pueda decir Mateo Miró cuando lo detengan. Imagino que nada. No querrá complicarse más la vida. Con todo lo que le encontrarán en esa casa... A ustedes les bastaría con negarlo todo en el peor de los casos. Sin imágenes... Sea como sea destruya el ordenador de Marga. Rómpalo. Y con el nuevo que cambie todas sus contraseñas, claves, correos...

–Lo haré yo misma. ¿Y eso de entregarle el disco duro anónimamente a la policía puede hacerse?

–Sí –dije pensando en Alfredo–. Ni el señor Mir ni yo estamos comprometidos.

–¿Cuándo podemos vernos? ¡Tengo tantas ganas de quemar esos DVDs...!

–La llamaré hoy o mañana. Ahora tenemos mucho trabajo con otro caso.

–Pero ¿dónde los tienes?

–A buen recaudo, no se preocupe. Dé por cerrado el tema. El señor Mir es un profesional.

–Y muy bueno –convino–. Los dos lo sois.

–He de dejarla.

–Gracias, gracias, gracias...

Después de todo, una minuta multiplicada por diez, era más que jugosa.

–Hasta luego Hortensia.

Caso cerrado.

Fin.

Me habría encantado ir al piso de Mateo Miró y ver cómo llegaba el Séptimo de Caballería arrasando con todo.

Pero me quedaba un caso mucho más difícil, porque en él lo que estaba en juego era la vida de una persona.

Gloria Restrepo Mendoza.

Mi única pista seguía siendo Cecilia.

Y la última vez me habían echado de su piso.

Pasé de todo, me subí a la moto y me dirigí al Pans & Company.

En el piso de las chicas, ellas tenían la sartén por el mango. Y eran muchas contra mí. En la bocardillería en cambio quizás pudiera jugar mejor mis cartas. Si le montaba un pollo en medio de todo el mundo, tal vez se viera obligada a hablar para no ser despedida.

Un trabajo era media vida.

O toda.

Llegué a Pans & Company y nada más entrar en el local me di cuenta de que Cecilia no estaba detrás del mostrador. Entre acercarme y preguntar, e imaginarme que estaría comiendo, escogí la segunda opción. De paso, yo misma me tomé un bocadillo, porque se acercaba la hora de comer.

Mientras me lo comía, sonó mi móvil.

Néstor.

Me quedé mirando la pantallita como hipnotizada. Los zumbidos fueron tantos, que unas adolescentes, sentadas en la mesa de al lado, todas con sus móviles en la mano, se me quedaron mirando como si yo fuera una marciana.

Solo les faltó gritarme:

—¡Cógelo, tía!

¡Una chica que no respondía, asombroso!

Néstor dejó de insistir.

Esperé un par de minutos y llamé al 123.

Volví a oírle:

—He oído tu disco tranquilamente, interiorizando cada letra, cada nota, cada parte instrumental, y es bueno, muy bueno. Pero lo que más, tu voz. Tarde o temprano acabarás cantando tú sola esas canciones que escribes. —Hubo una larga pausa, llena de silencios y emociones—. Berta, cariño, entiendo que los dos queramos seguir nuestra propia vida, sin renunciar a nuestros sueños. Te lo dije: la música es una amante exigente. Si uno siguiera al otro, algún día lo odiaría, le culparía de todo. Y no hay nada peor que una frustración artística. Yo... Tal vez algún día grabemos juntos, o actuemos juntos, o... qué se yo. Eso lo haría más fácil. Sea como sea no quiero perderte. No se puede tener todo, pero hay que intentarlo siempre, ¿no? Cuando estamos juntos el mundo es distinto, cambia. Nosotros lo hacemos posible. —Se produjo la pausa final—. No quiero hablar de amor. Es absurdo. Sólo quiero que sepas que nuestro futuro es este presente. Me voy otra vez, pero volveré. Siempre volveré. Adiós, preciosa mía.

Me temblaban las manos.

Y las dos lágrimas que cayeron sobre los restos de mi bocadillo me hicieron renunciar a seguir comiendo.

Tenía suficiente con aquel nudo en la garganta.

Volví a escuchar el mensaje grabado.

Dos.

Tres.

Luego guardé el móvil y miré al mostrador, donde Cecilia seguía sin aparecer después

de tanto rato.

Demasiado.

Me levanté, me acerqué a él y le pregunté a una chica bajita de pómulos enormes.

—¿Cecilia? —me respondió—. Llamó esta mañana diciendo que está enferma. —Y agregó—: Como siga así la van a echar, por simpática que sea.

Salí de la bocadillería.

Ahora sí, no tenía más remedio que regresar al piso de las chicas y jugármela.

Mi última carta para encajar las piezas del puzle de Gloria Restrepo.

No podía ser de otra forma, me abrió la eterna Natalia.

Antes de que abriese la boca para ponerse a gritar o me cerrara la puerta en las narices, hablé yo:

–Escucha: o habla conmigo o con la policía. Esto es serio.

Se me quedó mirando sin saber qué hacer. Llevaba un manos libres colgado de la oreja izquierda y vestía muy de estar por casa, con más partes de su anatomía al aire libre que tapadas. Los mismos *shorts* de la primera vez, con los forros asomando por encima de los muslos, y un *top* que le cubría sólo el pecho de manera casi congestionante.

–Natalia, tú solo dile que estoy aquí. A mí sólo me interesa Gloria, y quiero saber la verdad, sobre todo cuándo ha de regresar de Colombia, porque el motivo ya lo sé.

Eso le impactó.

No sé si conocía la historia, pero le impactó.

–Espera –se rindió.

Me dejó en la puerta y caminó por el pasillo en dirección a la habitación de Cecilia. Sus chancas repiquetearon por el suelo como si fueran chasquidos, o aplausos intermitentes. No estuvo fuera de mi vista más allá de veinte segundos. Reapareció con el mismo paso y la misma cadencia.

–Pasa –me dijo al llegar a la puerta.

–¿Está enferma de verdad como me han dicho en la bocadillería?

–Sí. Secuelas del dengue.

Había oído hablar de esa enfermedad propagada por picaduras de mosquitos, pero era la primera vez que conocía a alguien que lo hubiera padecido o lo padeciera.

Natalia me acompañó hasta el fondo del piso por más que yo ya supiera el camino. No parecía haber ninguna más de las chicas por allí. Me dejó en la puerta y se fue tras decirle a su compañera que «si la necesitaba, gritase». Cuando entré en la habitación de Cecilia noté un fuerte olor corporal. Las persianas estaban a medio bajar y la luz que penetraba por las rendijas era escasa. La amiga de Gloria se había sentado en la cama, pero permanecía con la espalda apoyada en la pared, ojos rojos, rostro congestionado, absoluto desarreglo.

Me senté en la cama, a los pies.

No tenía ni idea de si aquello del dengue era contagioso por vía respiratoria o contacto, aunque imaginaba que no.

Nos quedamos mirando.

Ella con mucho miedo mezclado con rabia, odio...

–Lo siento –fui la primera en hablar.

–Estás loca.

–Puede.

–Vas a conseguir que nos maten a todas.

–Escucha: nadie va a morir. Trabajo en una agencia de detectives. Busco a Gloria,

nada más. Una vez localizada se lo decimos a su marido y listos.

—¿Así de fácil? —Exhibió una mueca que quiso parecer una sonrisa irónica.

—Es fácil si lo hacemos fácil.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es.

—¿Quién te crees que eres? ¿Una heroína o algo así?

—Mira, Cecilia. —Tomé impulso—. Sé que Gloria está en Colombia y...

—¿Cómo sabes eso? —se envaró cortándome.

—Lo sé. Y también sé el motivo.

—Tú no sabes una mierda. —Sus ojos me despreciaron.

—Don Luis Bernardo mueve drogas. Suministra a sus camellos y tiene el barrio bien surtido. —Puse la directa—. Puede que le pillaran un envío grande, que la vía de suministro se cortara, que haya tenido problemas... Eso ya no lo sé. El caso es que lleva días seco. Y sí sé que durante mucho tiempo los traficantes han usado lo que llamáis «mulas». Chicas que tragan veinte o treinta bolsitas de droga y hacen el viaje a España transportándola en su vientre. Una vez aquí, al cagadero y listos. Si las pillan, van a la cárcel, pero ni así hablan, porque la amenaza de matar a los suyos sigue. Si se les revienta una bolsa en el viaje, mueren. Un riesgo. Pero claro, las «mulas» no cuentan, no importan. Si cae una pero pasan diez, sale a cuenta.

A Cecilia le cayeron dos lágrimas por las mejillas.

Se le acentuó el miedo.

Cerval.

—Don Luis Bernardo necesitaba mercancía con urgencia. Con mucha urgencia —continué—. Vosotras estáis aquí solas, con una nueva vida llena de esperanza, trabajando honradamente, pero con familia allá. Se os puede chantajear, ¿verdad? Basta con deciros: «O hacéis esto o mataremos a vuestros padres, hermanos...». Don Luis Bernardo debe de tener sus contactos en Colombia. Necesitaba una «mula». ¿Quién? La más vulnerable, una que incluso había trabajado en su bar, una que estaba recién casada: Gloria Restrepo. ¿Qué hizo ese cabrón, amenazó con matar a su marido?

A las dos primeras lágrimas siguieron otras dos, y dos más. Cecilia se aferró a la sábana que la cubría. Con una mano atrapó un pañuelo y se sorbió los mocos.

—Es eso, ¿verdad? —La miré fijamente—. Don Luis Bernardo la mandó a hacer de «mula» y debe de estar a punto de regresar con esas bolsas de cocaína en el vientre.

—Eres muy lista, chica —espetó con amargura.

—Hace tiempo vi una película colombiana: *Llena eres de gracia*. También leo periódicos. Pero lo más importante es saber sumar dos y dos. Puede que Gloria se casara por necesidad, pero sí creo que ella y su marido están enamorados, muy enamorados. No se iba a marchar sin más. No tiene sentido. Lo hizo para salvarle a él, porque sin duda don Luis Bernardo lo habría mandado asesinar para dar ejemplo a futuras «mulas».

Cecilia empezó a venirse abajo.

—¿Es que no entiendes que ya es tarde? —pareció exhalar un último aliento.

—Nunca es tarde.

–¿Si todo sale bien y pasa la aduana, volverá con su marido y listos!
 –Hasta que a ese hijo de puta se le ocurra volver a utilizarla.
 –Me dijo Gloria que nunca quemaba a la misma chica.
 –Debe de ser un santo.
 –Vete, por favor. –Cerró los ojos agotada.
 –¿No te importa lo que le pase a tu amiga?
 –¡Claro que me importa! –su grito salió de muy adentro–. ¡La quiero mucho! ¡Y ella ama a su marido, con locura! Dice que es lo mejor que le ha pasado en la vida.
 –Pues ¡déjame ayudarla!
 –¿Tú? Por Dios, si eres una niña.
 –Pero ¡sé lo que me hago, y más mi jefe, el detective para el que trabajo! ¡Hemos de hablar con Gloria antes de que suba a ese avión!
 –Entonces ya es tarde –exclamó abatida–. Ella viaja hoy desde Medellín.
 –¿Hoy?
 –Sí, llega mañana.
 –¿Qué diferencia horaria hay con Colombia?
 –Siete horas.
 –O sea que todavía está allá.
 –Sí, el vuelo intercontinental parte a las nueve y media de la noche de Bogotá a Barcelona, directo. Aquí serán las cuatro y media de la próxima madrugada cuando despegue. Llega aquí a las dos de la tarde de mañana.
 –¿Podemos llamar a alguien que la conozca?
 –No.
 –Cecilia...
 –¡No! –volvió a gritar–. ¿Cómo crees que son esas cosas? Ella habrá estado dos o tres días con ellos, preparándose, tragando cosas grandes para familiarizar su tráquea y luego poder tragar esas bolsas. En estos momentos debe de estar ya a punto, vigilada y controlada. Primero viajará de Medellín a Bogotá. Como mucho se tragará las bolsas en Bogotá, no antes. ¡No hay caso! ¡No se puede hacer nada! ¡Nadie va a impedir que haga ese viaje!
 –Si la detienen y la encierran varios años... Fernando se muere, ¿lo sabes?
 –¡Es... mi... amiga...! –gimió Cecilia hundiéndose bajo la sábana.
 La dejó llorar unos segundos, pero no me fui.
 Yo también podía resistir.
 –¿Qué hará al llegar a Barcelona? –pregunté cuando la respiración se le acompasó de nuevo.
 –Tomará un taxi y se irá a dónde le hayan dicho. Allá esperará a expulsar todas las bolsas, una a una. Luego quedará libre.
 –¿El Aguapanela?
 –No lo sé. Tal vez.
 –¿En qué compañía viaja?
 –Avianca. Es la única que hace el Bogotá-Barcelona directo cuatro días a la semana.

No tenía más preguntas.

Ni ella estaba en condiciones de responderlas.

–Tenías que habérmelo contado la primera vez –le reproché.

–No te conozco –dijo con sequedad–. Y de todas formas, si don Luis Bernardo sabe que hemos hablado, me matará, y a lo peor a ella también. –Se sonó la nariz y me contempló con otra clase de miedo, más irracional–. ¿Qué vas a hacer?

–Trabajamos para su marido. Él decidirá. Nosotros teníamos que encontrarla, y es lo que hemos hecho.

–¿Y si él se vuelve loco?

No tenía respuesta para eso..

–Cecilia, si consigues pasar esas bolsas y vuelve a la vida normal, debes decirle que se vaya lejos. Convéncela de que se largue de Barcelona con él. Se aman. Podrán iniciar una nueva vida dónde sea.

La chica sonrió con una amargura que me sobrepasó.

–Aquí estamos muchos colombianos, y somos buenos, trabajadores, animosos, pero por culpa de uno y de todas las malditas leyendas acerca del narcotráfico, se nos estigmatiza a todos.

–Lo sé –admití–. Tú nunca has hecho nada ilegal, ¿verdad?

–¡No, tengo incluso mis papeles en regla! ¡Van a darme la doble nacionalidad en un año o dos!

Saqué el bolígrafo, uno de mis papelitos, y anoté el número de mi móvil en él. Luego me levanté y se lo dejé en la mesita de noche, al lado de la cama.

–Éste es mi móvil. Si te llamase, por el motivo que fuera, dile que Fernando ya sabe la verdad y que confíe en él.

No respondió.

Se dio la vuelta y cerró los ojos una vez más, como si fuera a dormir.

Yo me despedí al llegar a la puerta de la habitación.

–Gracias, Cecilia.

El silencio me acompañó hasta salir del piso, porque Natalia, en ese momento, no tenía ningún cliente al que satisfacer desde su teléfono erótico y leía una revista con los pies en alto mientras mascaba chicle.

Llamé a Fernando Miralles desde la misma calle.

–¿Sí? –repitió el tono de ansiedad de las veces anteriores.

–Hemos de vernos –fue mi saludo.

–¿Sabéis algo?

–Sí, sabemos dónde está Gloria.

–¿Dónde? –Se sobresaltó-. ¿Está bien?

–Por teléfono no.

–Pero ¡¿está bien?! –

–Sí.

–Entonces...

–Regresa mañana de Colombia –tuve que decírselo.

–¿Qué?

–¿Nos vemos en media hora?

–Mierda... No puedo.... –La ansiedad amenazó con cortocircuitarle-. Tengo una reunión, con mi jefe, y sólo faltaría que me echaran del trabajo...

–Tranquilo. Se arreglará. Ella no ha huido. Se vio forzada. ¿Cuándo acaba esa reunión?

–¿Forzada?

–Por favor, señor Miralles. Todo requiere una explicación y por teléfono le costaría más de entender. ¿Cuánto va a demorarse con esa reunión?

–Una hora y media como mucho.

–Le paso a buscar en una hora y media. ¿Dónde quedamos?

–En la esquina de Villarroel con Diputación.

–Allí estaré.

–Gracias, gracias...

–Ánimo. Lo difícil está hecho. Usted quería saber si estaba bien y dónde se encontraba y el señor Mir lo ha averiguado. Es más de lo que tenía antes de contratarnos.

Sabía que le dejaba inmerso en un mar de dudas, confundido y aturdido, pero al menos sabía que ella estaba viva y volvía a su lado.

Las explicaciones...

Miré la hora. Disponía de una hora y media y nada que hacer..

Había un detalle: las señas del encuentro con él quedaban relativamente cerca de la nueva casa de mamá.

No la veía desde...

¿Desde que la había perdonado?

¿Realmente era así, o era la piedad por lo de su cáncer?

La abuela decía que ella siempre sería mi madre.

Me senté en la moto y me di cuenta de que me estaba sucediendo algo. De que en los últimos dos días muchas cosas estaban cambiando en mí. La lista era simple: papá me

pedía morir. Alfredo herido, y como consecuencia le prometía estudiar para sacarme la licencia. Además, descubría lo de su novia muerta y entendía por qué me protegía, porque me parecía a ella. Nuestro disco ya era una realidad, y con él dábamos un gran salto hacia adelante. Por último, estaba Néstor.

Su aparición en estos días había sido demoledora.

Me había... me estaba enfrentado realmente a todo.

Amor, realidad, necesidad, música, futuro...

Si estaba cerrando círculos, ¿por qué no el de mamá?

Papá, Alfredo, el disco, Néstor... y mamá.

¿El quinto elemento?

Seguía disponiendo de una hora y media. La última vez que la había ido a ver sólo gasté diez minutos. Después de hablar con Fernando Miralles ya me iría para el local de ensayo.

Mamá.

Sí, ¿por qué no?

Todas las personas hacen limpieza de su trastienda alguna vez, dispuestas a lavar el pasado o con objeto de hacer un hueco para el presente o el futuro.

Manejé la moto hasta mi destino y ya no me lo pensé más. Subí aquella noble escalera y llamé a la puerta. Por la hora, sabía que Ramiro Crusat no iba a estar en casa. A él seguía odiándole, no sólo por haberse llevado a mamá, embrujándola con su dinero y sus lujos, sino porque seguía estando segura de que era un mafioso, por más que la justicia lo hubiera exonerado. Como la última vez, me abrió la puerta Nora. En su rostro no se movió ni un músculo.

—¿Está en casa?

—Sí, señorita.

—Dígale que estoy en la sala. —Pasé por su lado sin esperar a que me anunciara como una visita—. Ya conozco el camino.

Temí que las gemelas correataran por allí, pero también tuve suerte en eso. No las oí. Tampoco quería verlas. A fin de cuentas no eran mis hermanastras. Eran las hijas de Ramiro Crusat, y mamá, su madrastra.

Mi papel era residual.

Y sí, en el fondo era una visita.

No era mi casa.

Mamá apareció de inmediato, con mucho mejor aspecto, casi tan guapa como antes del cáncer de pecho, arreglada y exuberante. Disfrutaba de la vida que había querido vivir y que papá no había podido darle. Su sonrisa de satisfacción por verme allí la iluminaba.

—¡Berta!

—Hola, mamá.

—¡Qué alegría! ¡Qué sorpresa!

Tenía un pecho menos, pero no lo parecía. O quizás se lo hubieran reconstruido. Me abrazó y no la rechacé ni la aparté. Me besó en la mejilla y la dejé hacer sin corresponderle. El régimen alimenticio le había sentado bien. Daba la impresión de ser

otra aun siendo la misma. Un extraño efecto.

Y lo más importante: el cáncer, de momento, no reaparecía.

Siempre había una esperanza.

—Ya habrás comido, claro.

—Sí —reconocí sin decirle que jamás me iba a quedar a comer o cenar allí.

—¿Estás bien? ¿Qué sucede? —me preguntó cogiéndome de las manos, todavía de pie las dos.

—¿Se me nota algo?

—Soy tu madre. Claro que te lo noto. Llevabas meses sin aparecer por aquí.

Entonces me rendí.

Comprendí por qué había ido a verla.

No sólo por cerrar los círculos de mi vida, sino porque quería que ella lo supiese.

—Es papá —dije.

Me obligó a sentarme, en el sofá, para no soltar mis manos. Las suyas siempre habían sido bonitas, y se las cuidaba con esmero. Las lucía. Ahora las primeras arrugas la amenazaban de firme, y las venas empezaban a sobresalir como cadenas montañosas surcando la piel.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Quiere morir.

Se quedó muy quieta.

—Me ha pedido la eutanasia.

—¡Oh, Dios! —Se llevó una mano a los labios.

Me pregunté si la estaba torturando, para castigarla y que se sintiera culpable, o si, por el contrario, compartía con ella una realidad que me afectaba a mí, su hija.

Y en el fondo, también a ella.

—No vas a hacerlo, ¿verdad? ¡Irás a la cárcel!

—No voy a hacerlo porque no me atrevería, mamá. No por falta de ganas.

—¡Berta! —se horrorizó.

—¡Tú no lo ves a diario, ni hablas con él mediante los movimientos de su dedo! ¡Si quiere morir, alguien debería ayudarle a hacerlo, con o sin esa estúpida ley que lo impide! ¡Yo no podría porque soy egoísta y prefiero tenerle a no tenerle, y porque le quiero, y porque no le haría daño a una mosca y matar a alguien... —No supe cómo seguir y relajé un poco mi vehemencia—. Es extraño, ¿no? Le quiero y mi egoísmo se impone. Pero también por esa razón, porque le quiero, comprendo que debería desear su muerte y así dejaría de sufrir en esa cárcel oscura que es su vida.

—No es egoísmo. Tu valentía es lo que más me ha impresionado en este último año.

—Yo no lo considero valentía. Es todo lo que me queda además de la abuela.

—¿Y yo?

—Tienes otra familia.

—Siempre con eso —lamentó.

—Es lo que hay.

Mamá soltó mi mano para pasarse un dedo por la base de los ojos. Ya no lloraba. Con

su cáncer había gastado todas sus lágrimas.

—¿Por qué has venido a decírmelo? —quiso saber.

—¿Hubieras preferido no saber nada?

—Entonces déjame verlo.

—No, eso no.

—¡Sé que le ayudaría!

—Te lo he dicho mil veces, no quiero que lo veas así.

—¿Y si me presento en casa?

—No volverás a verme a mí. Escoge.

Otra vez se pasó el dedo por los ojos. Se mordió el labio inferior.

—Eres cruel.

—Dura, sí. Cruel no. Yo no dejé a mi familia para irme con un mafioso.

—Berta, por favor. —Se vino abajo—. Ya basta.

Y fue entonces, en ese momento, cuando me sentí mal.

Fatal.

Una completa mierda.

Porque yo no era así. Porque yo tenía sentimientos. Porque yo no podía odiar toda la vida, y menos a mi madre. Porque yo necesitaba más que nunca construirme un mundo nuevo, pero sin derribar los muros del viejo que, a fin de cuentas, siempre iban a ser los cimientos de ese nuevo.

Fui yo la que rompí a llorar.

Fui yo la que me eché en brazos de mi madre.

Fui yo la que la abracé, como hacía tanto, tanto tiempo que no la abrazaba, desde su marcha de casa.

Fui yo.

Yo.

—Mi niña... —gimió ella.

—Mamá... lo siento...

—¡Chst...!

Cerré los ojos y fue como si me durmiera.

En paz.

No me entretuve más de la cuenta en casa de mi madre a pesar de las emociones que acababan de estallar, y llegué a mi cita con Fernando Miralles diez minutos antes de la hora acordada, pero él ya estaba allí.

Un manojo de nervios.

Detuve la moto y antes de quitarme el caso ya lo tenía encima. Imposible pedirle un minuto de calma, o irnos a un bar para sentarnos y hablar. Lo hicimos de pie.

No me costó explicarle la historia. Me costó que la entendiera.

Al final, insistí en el punto clave:

—Lo hizo porque si no ese hombre lo habría matado a usted. Le está salvando la vida.

—¡Pero esto es una locura!

—¿Cómo se cree que actúan las mafias, ya sean chinas, colombianas o ucranianas? Extorsionan a las personas. Ese traficante necesitaba droga de inmediato, imagino que porque alguien le detuvo un envío o le cortaron el suministro, y actuó sin piedad, como algo habitual. ¿Qué quería que hiciera Gloria? Usted es español. Cuesta creer que estas cosas suceden, pero son reales. Si se lo hubiera contado habría sido peor. ¿Qué habrían hecho? Por eso escogió marcharse en silencio, confiando en que todo salga bien. Hubiera vuelto con cualquier excusa, y usted seguramente la habría creído.

—La cogerán. —Se apoyó en un árbol incapaz de sostenerse en pie—. Detectarán algo, sus nervios... Si lo hacen allá, la encerrarán en Colombia y nunca la volveré a ver. Si lo hacen aquí, estará en una cárcel española y por lo menos...

—No tienen por qué detenerla. Supongo que la aleccionarán bien.

No le dije lo que sabía del tema. Por ejemplo que si una mujer viajaba sola y no comía en todo el vuelo, las azafatas podían sospechar y alertar al piloto para que informara a las autoridades. Lo mismo si no iba al lavabo ni para orinar. Cualquier esfuerzo podía provocar la expulsión de una de las bolsas. Todo eso aparte de los nervios, que si eran visibles representaban una alarma añadida.

—¿Y si lo consigue y ese cerdo vuelve a utilizarla? ¿Cómo va a dejarla en paz? —se agitó de nuevo.

—Vamos, cálmese.

—Iré a verle —anunció inesperadamente.

—No puede.

—¡Le daré dinero, todo lo que tenga!

—Sería peor, ¿se ha vuelto loco? ¿Con quién cree que está tratando? Puede que el tal Luis Bernardo sea un traficante menor, no lo sé, pero para los efectos todos funcionan igual. Para ellos la vida y la muerte son simples caras de una moneda.

—¿Y la policía?

—Detendrían a Gloria igualmente.

—No si hacemos un pacto.

—Señor Miralles, en serio, las cosas no funcionan así. Lo único que podemos hacer es

esperar. Mañana puede ir al aeropuerto, aunque eso tal vez sea peor, porque ella no le espera y llevará todo eso en el vientre. También puede vigilarla de lejos, seguirla para ver que esté bien, o esperarla aquí en casa como mal menor. No puedo aconsejarle otra cosa. Y no sólo hablo por mí misma, sino también por boca del señor Mir.

—Ella tiene una prima en Medellín —dijo de pronto.

—¿Y?

—La habrá visto, ¿no?

—No si la han mantenido encerrada.

—¿Tantos días?

—¿Qué quiere hacer?

—¿Y si la llamamos? Tengo su teléfono en casa.

No quise desanimarlo. Sentía lástima por él.

Un hombre enamorado. Y a punto de perderlo todo.

Estuve a punto de decirle que lo probara, que fuera a su casa e hiciera ella llamada. Pero había empleado el plural: «¿Y si la llamamos?». Me incluía a mí.

No quise dejarlo solo.

Seguía disponiendo de tiempo para llegar incluso un poco antes de la hora al ensayo.

—De acuerdo. Le sigo con la moto.

Se apartó de mi lado y esperó a que yo me colocara el casco y la pusiera en marcha. Después detuvo un taxi. Les seguí de cerca, tratando de imaginar cómo acabaría todo aquello. Si le hablaba a Alfredo de don Luis Bernardo, ¿haría algo? A veces la policía controlaba a los peces pequeños para acabar con los mayores, o con sus redes.

Sea como sea, entendía a Fernando Miralles: parecía imposible que eso sucediera tal y como estaba sucediendo.

Y que una inocente acabase en la cárcel por claudicar ante un chantaje.

No fue un viaje largo. Llegamos a casa de mi cliente y mientras él se bajaba del taxi y pagaba la carrera, yo coloqué la moto sobre la acera y guardé el casco. Cuando nos reunimos subimos a su piso. Bajo el tenso silencio de nuestros pasos, lo único que se me ocurrió decirle fue:

—Ella le quiere.

—Lo sé. Se lo dije.

—Se ha sacrificado para que no le hagan daño.

—Ese hijo de puta... Si le detienen, ¿cuánto tiempo irá a la cárcel?

—No lo sé.

—¡Es tráfico de drogas, amenaza, secuestro, chantaje...!

—El señor Mir tiene un amigo en la policía. Si van mal dadas, hablaremos con él.

Abrió la puerta del piso con manos nerviosas y me hizo pasar. Era una casa agradable, sencilla, coqueta. En la sala vi una infinidad de fotos de Gloria Restrepo, sola, con él, el día de su boda... Un pequeño templo dedicado a su amor.

No tuve tiempo de curiosar. Fernando Miralles regresó con una libreta.

—Allí es por la mañana —dijo.

—Ponga el altavoz, para que pueda oír la conversación o intervenir si hace falta.

–De acuerdo.
 Marcó el número y esperamos.
 Al casi diez mil kilómetros de distancia escuchamos un zumbido.
 –Si no está en casa... –Se mordió el labio inferior.
 Apareció una voz de mujer.
 –¿Aló?
 –Consuelo, soy Fernando, el marido de Gloria –se presentó.
 –¡Hola, Fernando! ¿Cómo le va? –El tono era cantarino–. ¡Qué gusto saludarlo!
 Él no quiso perder ni un segundo.
 –¿Ha visto a Gloria estos días?
 –¡Sí, estuvo acá! ¡Qué bueno fue eso! ¡La saludamos muy rico! Ya nos habló de que usted está feliz, y los dos tan enamorados.
 –¿La vio bien?
 –¿Por qué lo pregunta?
 –¿Qué motivo le dio para estar en Medellín?
 –Arreglar papeles. –La mujer se dio cuenta de que la charla no era trivial–. ¿Por qué?
 ¿Sucedía algo malo entre ustedes?
 –No, no, es que no sé nada de ella y... El viaje fue muy inesperado, imprevisto. – Fernando Miralles me miró a mí sin saber cómo seguir la conversación.
 –Ella regresa hoy. Ya salió para Bogotá –dijo Consuelo–. Y... bueno, algo raro sí pasó.
 –¿Qué es?
 –Pidió dinero.
 –¿Cómo?
 –Plata, a muchos, amigos, familia muy lejana. Yo le presté tres millones de pesos. No tenía más. Tuvo que vender hasta su anillo de casada.
 –¿Le dijo el motivo?
 –No, que lo necesitaba para algo muy urgente, cuestión de vida o muerte.
 –¿Estaba nerviosa, o asustada?
 –¡No! –alargó mucho la vocal–. ¡Para nada! ¡Feliz! Dijo que con el dinero lo arreglaba todo y podría vivir tranquila y en paz. Sí, eso dijo. Bueno, si primero me sorprendió lo de esa necesidad, después lo que me sorprendió fue lo serena que se mostró. Ella siempre fue muy inquieta, le daban susto los problemas. Pero ya ve, no era el caso. ¡Ay! ¿Usted no sabía nada?
 –No.
 –Siento habérselo dicho. Creerá que soy una chismosa.
 –No se lo comentaré.
 –Mejor, sí. Y por los tres millones de pesos, ya le dije que no sufriera, que me los devolviera cuando pudiera. Son mis ahorritos para el mañana.
 No quise intervenir, así que le escribí a Fernando Miralles una pregunta. La leyó y la hizo.
 –¿Sabe cuánto dinero reunió?
 –Como doce o trece millones de pesos. Puede que más. No sé, finalmente no lo

hablamos. Ella primero comentó algo de quince millones. Después ya no abordamos el tema.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Anoche cenamos aquí mismo, en casita. Muy rico. Se iba contenta y feliz por volver a su lado. Estaba tan radiante que contaba las horas, los minutos. ¡Ay, señor Fernando, esa niña está muy enamorada! ¡Lo venera a usted!

Le dije a mi cliente que cortara haciéndole una seña.

—Gracias, Consuelo. Ha sido de mucha ayuda.

—¿De verdad? ¡Ay, no sé, se me ha quedado el cuerpo...!

—No se preocupe. Le diré que la llame en cuanto esté en casa.

—¡Dios le bendiga!

—Gracias, gracias.

Cortó la comunicación al momento, para evitar una despedida farragosa.

Nos quedamos mirando.

—No entiendo nada —dijo.

—¿Cuánto son tres millones de pesos?

—Unos mil quinientos euros, depende del cambio, que siempre fluctúa mucho.

El giro de los acontecimientos me superaba.

Todo carecía de lógica.

—Necesitaba quince millones de pesos —comenté en voz alta.

—¿Y si quería comprar su libertad al traficante?

—No —fui terminante—. ¿Por siete u ocho mil euros? Lo que ella ha de transportar vale mucho más. Ese dinero era para otra cosa. Algo tan importante que... la dejó feliz, libre de preocupaciones. Ya ha oído a su prima.

—¿Le pagó a otra chica para que fuera ella la que llevase la mercancía?

—No le digo que no, aunque es un tanto extraño. Y dudo que los traficantes aceptaran algo así. Demasiado riesgo.

—¿Entonces?

—Ni idea —admití.

—Vendió nuestro anillo. —Mostró la incredulidad que sentía—. Si hizo eso es que... lo necesitaba de verdad. Fuera lo que fuera, era más importante.

—Señor Miralles. —Le tendí la mano—. Le llamaré mañana por la noche para preguntarle si su mujer ha vuelto, si se ha reunido con usted, si está bien...

—Gracias —se rindió a la evidencia de que ya no podía hacer nada más—. Ha sido un gran trabajo por su parte.

—Se lo diré a mi jefe. —Sonreí.

—¿Le debo más de lo que le avancé?

—Contaremos las horas y le mandaremos la factura final, no se preocupe.

Caminaba hacia la puerta.

Quería irme.

Sentía ya como una carga el dolor y la incertidumbre de Fernando Miralles.

Llegué al local de ensayo la primera, como si no tuviera término medio: ser la primera o la última. Me metí en nuestro cubículo y me senté en una de las sillas.

En silencio.

Había descubierto a un acosador *on line*, salvado a una de sus víctimas, y encontrado a una mujer desaparecida mediante una turbia trama.

No estaba mal.

—Papá, felicítame.

Oí su voz en mi cabeza.

O más bien sentí su dedo en la palma de mi mano.

«F.L.C.D.D.S.»

—Llevo tus genes, está claro.

La agencia de detectives Mir era realmente eficaz.

De todas formas seguí pensando en Gloria Restrepo. Regresaba al día siguiente. Con su carga y...

¿Quince millones de pesos?

¿Apenas siete mil euros?

Lo que más me inquietaba era lo de que estaba tranquila y feliz.

¿Lo había aparentado con su prima?

—No, querías ese dinero para ser libre —susurré en voz alta.

Lo mismo que Fernando Miralles, lo único que podía hacer era esperar.

Veinticuatro horas.

Necesitaba aislarme. Y nada mejor que utilizar la música para hacerlo. Tocaba el bajo con grupo, pero siempre que estaba sola prefería la guitarra acústica. Cogí mi favorita, la Ovation de Marcos, y pasé unos diez minutos digitando, sin cantar, sólo dejando que mis dedos se deslizaran por las cuerdas. Su eco cristalino, con las cuerdas tan vibrantes, me serenó y me alejó del mundo.

Con los ojos cerrados era capaz de todo.

La música era el viaje.

Apenas toqué unas notas cuando sonó mi móvil.

Lo miré.

Era Sandra.

—¿Sí?

—Hola, ¿dónde estás?

—En el local, ¿por qué?

—Siento no haberte llamado antes. —El tono de nuestra cantante era de pena—. Me he quedado sin batería y he tenido que venir a casa. Les he dicho que te avisaría yo y...

—¿Qué pasa?

—No hay ensayo. A Lucas e Iván se les ha muerto ese tío que estaba enfermo.

—Vaya.

–Faltando dos era absurdo venir.
–Claro, no te preocupes. Me quedo un rato y me voy.
–Lo siento.
–No pasa nada. No tenía ningún caso que resolver.
–Entonces nos vemos mañana.
–Chao, Sandra. Gracias.
–No, perdona tú. Chao.

No había ensayo.

Podía irme a casa, ver a papá, arreglar mi habitación, cualquier cosa.

Incluso llevarle el disco duro externo del ordenador de Mateo Miró a Alfredo.

Pero seguí sentada, con la Ovation entre las manos, con ganas de tocar, y cantar, y dejarme llevar, y aislarme...

Mis manos volvieron a navegar libres por aquellas cuerdas.

Mis manos.

Tenía una letra que hablaba de unas manos llenas de amor.

*Tus manos en mi cuerpo
son amor;
son dolor.
Tus manos en mi vida
son la calma,
son tu alma.
Tus manos en mi espíritu
son dulzura,
son locura.*

*Tus manos me hablan.
Tus manos me gritan.
Buscan mis quebradas.
Encuentran mis emociones.
Tus manos me acarician.
Tus manos me descubren.
Buscan mis dolores.
Encuentran mis pasiones.
Tus manos me quieren.
Tus manos me dan.*

*Tus manos en mi piel
son el fuego,
son un ruego.
Tus manos en mi historia
son presencia,
son esencia.
Tus manos en mis manos
son reclamo,
son mi amo.*

*Un tiempo, despacio.
Una hora, rápida.
Una mirada, silencio.*

*Una sonrisa, nostalgia.
Un instante, fugaz.
Un secreto, amor.*

*Tus manos en mi mente
son corazón,
ilusión.
Tus manos en mi presente
son futuro,
lo más puro.
Tus manos en mi horizonte
son quimera,
dulce espera.*

Justo cuando terminé de tocar la guitarra y las últimas notas se esparcían por el aire, escuché unos aplausos y abrí los ojos sobresaltada.

Néstor estaba en la puerta.

Apoyado en el quicio.

Allí, donde todo había empezado meses antes.

—¿Qué haces aquí? —Me sorprendí.

—No contestabas a mis llamadas.

—He tenido un día muy duro.

—¿Trabajo?

—Sí.

—¿El mismo que te hizo marchar de madrugada?

—Sí, y no es una excusa. He resuelto los dos casos en los que andaba metida. O al menos eso creo.

Néstor me miró con aquella expresión que tanto me aturdía.

Dulce, seria, nostálgica, tierna...

Abandonó el quicio de la puerta, la cerró, se sentó a mi lado y cogió otra de las guitarras acústicas de Marcos. La acomodó en su regazo y rasgó las cuerdas.

—Toca algo y te sigo —me pidió.

Le obedecí. No hubiera resistido un beso en ese instante, después de la sorpresa de verle. Me habría derrumbado allí mismo. Improvisé unas notas y él las tomó de base para puntear un acompañamiento.

Todo fluyó como si se tratara de un viejo tema ya conocido.

Como si siempre ensayáramos juntos.

Fueron cuatro o cinco minutos muy hermosos, con la música envolviéndonos, hasta que los dos dejamos las guitarras al unísono y entonces sí nos besamos.

—¿Y los demás? —susurró en mi boca.

—Hoy no hay ensayo.

—Vamos a casa.

—No.

—¿Por qué?

—Hoy, no, por favor.

–¿Tanto miedo tienes?
 –Cautela.
 –Tú no eres cautelosa.
 –Sí lo soy. –Puse mi mano en su mejilla–. Todo está bien así, Néstor. No podemos enamorarnos, te lo dije. Te lo dije y lo sabes.
 –Poder, querer... Eso no tiene control.
 –Cada vez es mejor, por eso duele tanto separarnos.
 –Hagámoslo.
 –No, abrázame.
 Néstor me abrazó. Como sólo él sabía hacerlo.
 –Bailemos –le propuse.
 –No hay música.
 –Imagínate que suena «What a Wonderful World».
 –De acuerdo.
 Nos pusimos a bailar.
 Toda la canción.
 Sonaba en silencio en el fragor de nuestras mentes.
 –Eres...
 –Especial, lo sé –no le dejé seguir.
 –Única.
 –Hazme una canción.
 –Ya lo he hecho. La estrenaré en mi próximo concierto.
 –Néstor...
 Lo más inesperado, que sonara el móvil, sucedió en ese instante.
 –No lo cojas –me pidió.
 –No puedo dejar de contestar.
 –Sí puedes. –Trató de impedirme sacar el móvil del bolsillo.
 No lo consiguió. Abrí la línea sin saber quién me llamaba.
 –¿Sí?
 –¿Eres la detective? –Escuché una voz familiar.
 –Sí.
 –Soy Cecilia.
 Me aparté de Néstor, y él ya no me retuvo al ver mi cambio de expresión.
 –¿Qué sucede?
 –Ha ocurrido algo.
 –¿Qué?
 –Es que ni siquiera sé cómo... –volvió a vacilar, falta de palabras.
 –¿Gloria?
 –No, no. Se trata de él, del señor Luis Bernardo.
 –¿Qué ha hecho? –Se me aceleró el corazón.
 Y entonces soltó la bomba.
 –Me acaban de llamar para decirme que han disparado contra él y su brazo derecho, su

hombre de confianza.

La sangre alcanzó mi cerebro y empecé a verlo todo rojo. Me quedé sin respiración.

—¿Quién ha sido?

—Un sicario —dijo Cecilia—. Frío y profesional. Ha entrado en el bar con el rostro cubierto, les ha disparado y se ha ido por su propio pie. Un tiro a cada uno, en la frente.

—Eso significa...

—Que Gloria es libre —completó la frase Cecilia—. Libre aunque ya es tarde para avisarla de que no tome ese vuelo cargada de droga.

La policía no dejaba acercarse al bar, ni siquiera entrar en la calle. Una valla separaba los dos mundos, el de la tragedia y el de los curiosos. Néstor y yo tuvimos que dar algunos codazos para acercarnos a primera fila. El juez ya debía de haber ordenado el levantamiento de los cadáveres, porque a los cinco minutos de llegar vimos cómo los sacaban, en sendas camillas cubiertas por sábanas blancas.

Me fijé en algo más.

La camarera estaba sentada en el suelo, al lado de la puerta, con el rostro hundido entre las manos y un policía custodiándola.

Oí algunas voces.

—A mí ese sitio siempre me dio mala espina.

—Sí, entraba y salía gente muy rara.

—Esto es una disputa entre bandas, está claro.

—¡Qué barbaridad!

—Si es que esa gente todo lo arregla a tiros.

Ya no hacíamos nada allí. De hecho, había ido para estar segura de que la información de Cecilia era cierta. Una vez comprobada, y con la cabeza hirviéndome, cogí a Néstor de la mano y nos apartamos del tumulto.

—¿Vas a contarme de qué va esto? —preguntó él—. Hemos salido tan rápido que...

Me apoyé en una pared, fuera de aquel circo expectante. Seguía dándole vueltas a la cabeza a los últimos acontecimientos, intentando encajar las piezas.

Sobre todo, una pieza.

—Es un caso en el que estaba trabajando —susurré.

—¿Tú habías estado en ese sitio?

—Sí.

—¿Y conocías a los muertos?

—Sí.

—Por Dios, Berta. —Se puso pálido.

No le dije que me había amenazado. Eso hubiera sido peor.

—Ese hombre vendía drogas en el barrio. Hace unos días envió a una chica a Colombia para hacer de «mula».

—¿Esas que llevan la droga en el estómago?

—Sí. Me contrató el marido para encontrarla, porque ella se había ido sin decirle nada. Tuvo que hacerlo así porque ese cerdo amenazó con matar a su marido si no le obedecía. El pobre hombre estaba como loco.

—¿Y la encontraste?

—Hoy regresa de Colombia. Llega mañana.

—Entonces... si la detienen allí, o al llegar aquí, acabará en la cárcel.

—Exacto.

—Y al traficante ¿lo ha matado algún rival?

La pieza, la pieza, la pieza.

El último engarce.

—Los sicarios son baratos —expresé mis pensamientos en voz alta—. He leído que pueden matar a alguien por muy poco, dónde sea. En algunos países de Latinoamérica un niño puede hacerlo a cambio de un televisor o de un trabajo. Hay muchos dispuestos a ello. Es su único futuro.

—¿Qué te pasa? Pareces ida.

—Estoy pensando.

—¿Pensando qué? Han matado a ese tipo y mañana llega la mujer de tu cliente jugándose todo a cara o cruz. Ya no puedes hacer nada.

No, no podía hacer nada.

Pero mi cabeza seguía dándole vueltas a algo.

Y era tan increíble que...

—Berta, esto no es un trabajo. —Me abrazó Néstor.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—Pues te equivocas.

—Creía que sólo era cuestión de seguir a maridos infieles.

—También hay de eso.

—¿Te has metido en muchos líos como éste?

—Sí.

—¿Y me lo dices así, tal cual?

—¿Cómo quieres que te lo diga?

—¡Tú eres cantante, tocas en un grupo, podrías venirte conmigo y vivir una vida muy diferente!

La vida del éxito, la fama, los fans.

Un hermoso mundo irreal.

—Y ¿mi padre? Y ¿mi abuela?

—¡Tendrás dinero para que los cuiden!

Seguía envuelta por sus brazos y yo también le rodeé con los míos. Bajo la luz de la tarde era todavía más guapo. Parecíamos una pareja más.

Pero no lo éramos.

—Néstor, me gusta lo que hago.

—¿Más que cantar o componer? —No pudo creerlo.

—Es distinto. Quiero triunfar, claro, y crecer como compositora sobre todo, pero mientras tanto... soy hija de mi padre, y mi padre era un buen hombre y un buen detective. Lo llevo en la sangre. Te asombraría la de cosas que he hecho en este último año. —Pensé en mi incursión al piso de Mateo Miró, y antes, en mi encierro en casa de Roman Vitrescu, y antes, en mi huida de la mansión de aquel traficante de animales exóticos—. Es mi vida y la acepto.

Me besó.

No quería discutir conmigo.

Quería tenerme.

–Vamos a casa.

–No. –Suspiré llena de fuerza.

–He de volver a irme, por favor...

–No, cariño. –Mis ojos eran dulces, pero mi voz firme.

–¿Por qué?

–Porque me muero de ganas, porque me tocas y me derrito, y porque esto es lo que lo hace peligroso. Necesito respirar, y tienes que dejarme hacerlo. Si me presionas, será peor.

Lo último que dije fue lo primero que entendió.

Volvimos a besarnos, a comernos el uno al otro.

Pero no era insistencia, era la despedida.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–Ir a casa a ver a mi padre. No he hablado con él desde... Bueno, desde hace demasiado tiempo. Y también he de seguir reflexionando sobre esas muertes y el regreso de Gloria Restrepo mañana.

–¿Se llama así, Gloria Restrepo?

–Sí.

Néstor me besó en la frente.

Un beso de padre, hermano, amigo...

Un beso diferente.

–Lo siento –dijo.

–¿Qué es lo que sientes?

–Te quiero.

Me atravesó.

Era la primera vez que lo decía, y aunque sabía que lo pensaba y lo sentía, oírsele decir fue muy intenso.

Tan inquietantemente bello. Y al mismo tiempo tan descorazonador.

–Yo también te quiero a ti –reconocí–. Eso lo hace más difícil.

–¿Puedo llamarte cuando regrese?

–Puedes llamarme siempre.

–Entonces lo haré.

Dio un paso atrás, y otro, y otro más.

Luego se dio la vuelta.

Siguió caminando.

Pero ya no volvió la cabeza.

De camino a casa no pude resistir la tentación y me desvié para comprobar una cosa.

La calle Font Honrada también era un hervidero.

Cuando paré la moto en la esquina, la policía sacaba los archivos del piso secreto de Mateo Miró. Cintas y más cintas, los DVDs con las imágenes de las chicas a las que había seducido, liado, manipulado y extorsionado. La policía tendría trabajo investigando todo aquello y localizando a las víctimas para las posibles denuncias, si se atrevían a tanto, o para decirles que sus pesadillas habían terminado.

No sabía si Mateo había detectado el robo de su disco duro externo. No sabía si había borrado algo. Me daba en la nariz que no, que mi prueba no sería necesaria. Aun así, tenía que llevársela a Alfredo.

Y ya era tarde para hacerlo.

Anocheceía.

Fin de un día intenso.

Llegué a casa quince minutos después y la abuela se extrañó tanto de verme aparecer a una hora tan decente que se me quedó mirando como si fuese una marciana.

–Vaya, bienvenida –me saludó.

–No te pongas sarcástica. No te va.

–¿Y qué es lo que me va, el mal humor?

–Pues mira...

–¿A que te doy un sopapo?

–Abuela...

–¿Todo bien? –Recuperó su lado protector.

–He resuelto dos casos. Y uno lo van a pagar muy bien.

–Así que estás contenta.

¿Lo estaba?

Seguía con aquel runrún en la cabeza.

Seguía buscando el encaje de una última pieza.

Sabía que lo tenía pero... se me resistía, como agua deslizándose por una mano.

–Abuela, voy a estudiar para sacarme la licencia de detective.

No alteró un solo músculo de su cara.

–¿Me has oído? –insistí.

–Me parece bien.

–Es hora de que vaya de legal, aunque son tres años y en este tiempo... tendré que seguir trabajando como hasta ahora. –Crucé los dedos.

–¿Y el disco?

–Veremos qué pasa con él, y con mi grupo, pero es mejor hacer las cosas bien, ¿no crees?

–Sí, lo creo –mostró finalmente su orgullo.

–Además, se lo debo a Alfredo Sanllehí.

—¿Y a ti misma, no?

—No seas mala.

—Anda, ve a ver a tu padre. —Me señaló la puerta dando por terminada nuestra breve charla.

Entré en la habitación y primero me senté en la cama, a su lado, sin tocarle ni decirle nada. Pasé así un rato. Un buen rato. Sólo quería mirarle, llenarme de él. Un día, quizás no lejano, ya no estaría allí, y entonces le echaría mucho de menos, aún en su estado. Me había dado algo más que la vida. Me había hecho como yo era.

Y me sentía feliz, orgullosa.

De pronto vi que movía el dedo.

Así que sabía que yo estaba allí.

¿Cómo? No lo sé. Él sí.

—Dios...

Acerqué mi mano y le ofrecí mi palma, la hoja en blanco en la que él escribía siempre.

«H.L.A.»

—Hola, papá.

Fueron cinco segundos de pausa.

«P.R.D.N.A.»

Me pedía perdón.

—Papá, te quiero mucho.

«Y.Y.A.T.»

—Pero no puedo hacerlo.

«L.S.»

—Una vez me dijiste que darías la vida por mí. Sólo puedo pedirte que vivas por mí.

«B.I.E.N.». Lo escribió con todas las letras.

—Lo siento. —Le abracé con cariño.

Luego le dibujé un corazón en la frente.

Y él me lo dibujó a mí en la mano.

—Sé que es duro, cruel, injusto... Papá...

Hubiera dado cuanto tenía por verle y tenerle un solo minuto como antes.

Un simple minuto.

—Papá, ¿quieres oír mi disco?

Fui a mi habitación, regresé con un reproductor y los auriculares. Lo gradué para que no sonara muy estridente y se los puse en los oídos. Era la primera vez que hacía algo así. No tenía ni idea de lo que él podría escuchar. A lo mejor nada. Tal vez mintiera.

Lo dejé escuchar quince segundos y se los quité.

—¿Bien así?

Un golpe con el dedo.

Sí.

Volví a ponérselos y esta vez sonó el disco entero.

Mantuve su mano apretada todo el rato, y me acarició la palma dos veces: en mis dos canciones.

Reconoció mi voz.

Creo que jamás me había sentido tan dichosa.

Al terminar el disco ya era hora de cenar. Me despedí de papá y lo último que me dijo fue que volviera a ponérselo al día siguiente, o cuando quisiera. Tal vez la música le ayudase, o le acompañase en su mundo interior.

Ni siquiera había pensado en ello.

La abuela y yo cenamos en silencio.

Hasta que le dije:

—He vuelto a ver a mamá.

—¿Cómo está?

—Bien. Se recupera.

—Me alegro.

—Tú nunca la has odiado, ¿verdad?

Me miró con una de esas miradas atrapanietas.

—Odiar es lo peor que se puede hacer en esta vida.

—Pero...

—Sí, se portó mal, abandonó a tu padre, esta casa. Pero se enamoró de nuevo, y contra eso no hay nada que hacer.

—Pareces una experta.

—Soy vieja. Claro que soy experta.

—Ya, pero tú sólo estuviste con el abuelo.

—¿Y qué?

Claro, ¿y qué?

—Abuela...

—¿Dime?

—Sigue insistiendo en venir a ver a papá.

Otra mirada. Larga. Fija.

—Eso es cosa tuya.

—Ya, es que...

—Es tu madre.

—Pero también es tu hijo.

—Si la dejas entrar en esta casa, lo entenderé. Lo único que haré yo será no estar presente.

—¿Lo ves?

—No, no confundas los términos. Cada cosa en su lugar. Ellos fueron felices, te tuvieron a ti, estaban muy enamorados, me consta, yo lo vi. Y me quedo con eso. Eran jóvenes, estaban llenos de energía y eran maravillosos. Lo que haya sucedido después... La gente cambia. Es la vida. Tu madre siempre fue una egoísta, y con los años fue a peor, de acuerdo, pero tu padre siempre fue un soñador. ¿Lo uno por lo otro? Ni idea. Si ella quiere verle...

No le dije que la había perdonado.

De hecho, la palabra «perdonar» era muy amarga.

Implicaba pecado, culpa, cosas de la maldita iglesia.

Acabamos de cenar, llevé los platos a la cocina y me fui porque la abuela nunca me dejaba lavarlos. Decía que eso era cosa suya. Una vez en mi habitación cogí el móvil y lo miré.

Ninguna llamada de trabajo en aquellos últimos días.

La última, la de Hortensia Soldevila.

La penúltima, la de Fernando Miralles.

Marqué el número de mamá.

Conté hasta tres y no corté la comunicación.

—¿Sí?

—Soy yo.

—¡Berta!

—Escucha... —Vencí el último nudo de mi garganta—. Puedes venir a ver a papá.

Oí un gemido.

La imaginé agarrada al teléfono, como si fuera a caer.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No sé, el sábado, o el domingo. Me llamas antes, ¿de acuerdo?

—Gracias, cariño. —Logró no dejarse vencer por la emoción.

—De nada.

—¿Por qué ahora?

Me encogí de hombros, pero eso, ella no lo pudo ver.

—No lo sé —dije—. Y mejor no preguntes. Buenas noches.

Corté sin darle opción a más.

Entonces sí me respondí, a mí misma:

—Para poner paz y orden en mi vida, mamá. Por eso creo que ahora es el momento.

En mi habitación, antes de acostarme, agotada porque no había dormido mucho la noche pasada después de mi incursión, cogí el disco duro de Mateo Miró y lo coloqué junto a mi ropa para no dejármelo por la mañana.

Lo sostuve en mis manos unos segundos.

Parecía mentira que allí dentro hubiera tantas cosas.

Parecía mentira que la vida de tantas chicas se almacenara en aquella cajita.

Sin embargo, no era ya Mateo Miró el que me inquietaba.

Era Gloria Restrepo.

La imaginé en Bogotá, a pocas horas de coger el vuelo rumbo a Barcelona.

Y de nuevo sentí aquella inquietud.

Me metí en cama sabiendo que me costaría dormir.

Sin darme cuenta, la película del día volvió a pasar por la pantalla de mi mente.

Los mensajes de Néstor en el buzón de voz. El robo del móvil de Mateo Miró tras mi pantomima. Alfredo en el hospital. La llamada a Hortensia para decirle que su hermana estaba a salvo. La visita al piso de Cecilia. La visita a mamá. El encuentro con Fernando Miralles para decirle dónde estaba Gloria y el motivo de su ausencia. La anulación del ensayo con el grupo. La aparición de Néstor en el local. La llamada de Cecilia para decirle que un sicario había asesinado a don Luis Bernardo y a su mano derecha. El Aguapanela en el momento de ser retirados los cuerpos. La policía requisando todo lo que había en el piso de Mateo Miró. Y finalmente...

Casa.

¿Qué me dejaba?

¿Qué faltaba en ese breve recorrido?

Empecé a sudar.

El corazón a mil.

Lo tenía delante de los ojos, estaba segura, y no era capaz de...

¡La prima de Gloria!

¡Consuelo!

«Pidió dinero. Vendió hasta su anillo de casada. Doce o trece millones, tal vez quince».

Me incorporé de un salto en la cama.

—¡Grandísima loca hija de puta! ¡Pero... qué lista has sido y cómo te la has jugado! — exclamé con admiración.

¡Ella!

Abrí la luz y miré la hora. Demasiado tarde para telefonar a Fernando Miralles. Y por otra parte, lo más probable es que lo pusiera todavía más nervioso.

No, mejor dejarlo descansar.

Tampoco sabía sí...

—No, seguro. Todo encaja. Ha de ser eso. No puede ser casual.

¿Quién creía en las casualidades con dos muertos de por medio?

Volví a cerrar la luz, y los ojos, y pensé que me costaría una eternidad dormirme, porque sentía la adrenalina a mil y un vértigo alucinante en la cabeza.
Es lo último que recuerdo.

Lo primero que hice al despertar, nuevamente tarde por la necesidad de recuperar el sueño perdido, antes incluso de ducharme, fue entrar en internet y meterme en la página del aeropuerto de Barcelona.

El vuelo Avianca 018 de Bogotá a Barcelona estaba en hora y tenía prevista su llegada al Prat a las 13:40. Contando maniobras de aproximación, bajada de pasajeros, control de pasaportes y recogida de maletas, siendo optimista, cabía añadirle un mínimo de treinta minutos más, cuando no cuarenta y cinco o una hora, sin contar si les daba por ponerse a registrar los equipajes de algunos viajeros.

Llamé a Fernando y, esta vez, ya no tuve tanta suerte.

El marido de Gloria Restrepo había estado pendiente de mis llamadas durante los últimos dos días. Una vez sabida la suerte de su mujer, no era necesario.

Le dejé un mensaje en el buzón de voz.

—Si oye esto antes de ir al aeropuerto, como imagino que hará, por favor, llámeme con urgencia. Tengo algo más que decirle.

No me separé del móvil. Me duché, me vestí, saludé a Alejandra, que acababa de llegar a casa, y luego abracé a la abuela.

—Mamá vendrá el sábado o el domingo. Ya te avisaré.

Una pared hubiera respondido con más entusiasmo.

Tampoco era necesario. Todo había quedado dicho durante la cena.

Salí en mi moto diez minutos después, con el disco duro en el bolsillo de la cazadora. No sé por qué, me puse falda. No sé por qué, me sentía bonita. No sé por qué, quería lucir piernas.

Cuando llegué a los alrededores de la habitación de Alfredo vi al policía de guardia, que no era el del día anterior. Me acerqué a él y le pregunté si podía pasar, que era amiga del inspector Sanllehí.

—Se lo han llevado para unas pruebas —me dijo.

—¿Sabe si tardará mucho?

—Ni idea.

Me dieron ganas de preguntarle qué estaba haciendo allí, vigilando una habitación vacía, en lugar de estar pegado a Alfredo para protegerle.

Decidí esperar un rato, aunque la palabra «pruebas» era tan ambigua que muy bien podían estarle escaneando, sacándole sangre o haciéndole electros durante horas.

En la sala de espera me tropecé con Blanca.

—¡Hola! —me saludó llena de ánimo.

—¿Qué tal? —Correspondí a sus dos besos y su abrazo.

—Bien, muy bien. —Se la notaba aliviada—. La verdad es que mejor de lo que cabía esperar. Evoluciono satisfactoriamente, y muy rápido. Es lo que da tener una vida sana, no fumar y esas cosas. Alfredo está delgado, pero es pura fibra. Tendrías que verlo en traje de baño.

Me puse un poco roja.

—¿Y tus padres? —Me fui por la tangente.

—Ayer les pedí que se fueran a descansar y me hicieron caso. El golpe, los mayores que son... Llevaban demasiado sin dormir.

—Me ha dicho el policía de la puerta que le están haciendo unas pruebas.

—Sí, rutina, para determinar su evolución.

—¿Sabes cuándo terminarán?

—Ni idea, pero acaban de llevárselo. Cuenta un par de horas mínimo.

No podía quedarme tanto.

—¿Puedes decirle que he venido y darle esto? —Le entregué el disco duro—. Ya sabe de qué va.

—¿Líos policiales? —bromeó.

—Más o menos. —Sonreí.

—¿Por qué no vienes luego? Una cosa es que los médicos recomienden descanso y otra que no reciba visitas. Sé que le gusta.

—He de ir al aeropuerto, pero sí, con un poco de suerte sobre las cuatro creo que ya estaré lista. —Esa era mi esperanza más que ninguna otra cosa—. No es más que una comprobación para cerrar un caso.

—La chica detective —exclamó con cierta pompa.

—No te burles.

—¡No me burlo! Es de admirar. Y en serio, si me dices que vienes, me darás una alegría, porque yo esta tarde tengo un par de cosas que hacer y así sé que estará acompañado. Sus colegas suelen venir por la mañana, el pasillo siempre está lleno.

—De acuerdo, pero dile al poli de la puerta que me deje pasar. Lo cambian cada día salvo cuando estuvo ese tal Guzmán.

—Descuida, lo haré. Después de las tres y media o las cuatro y hasta las seis o siete, que es cuando dan de cenar, es la mejor hora para las visitas. Todo está muy tranquilo, no hay médicos haciendo rondas y hasta las enfermeras se toman un respiro.

—Gracias.

Nos dimos otros dos besos y me retiré.

Al llegar abajo vi al mismo hombre alto de traje negro y mirada impertérrita con el que había tropezado el día anterior al entrar en el ascensor. Visitara a quien visitara, debía de estar muy mal. Su cara avinagrada lo decía todo. Llevaba en la mano una maceta con unas flores y estaba ojeando la prensa del día en el quiosco de la planta baja.

Me olvidé de él al momento.

Llegué a casa de Fernando Miralles quince minutos después. Tras dos llamadas al interfono comprendí que no estaba en el piso. Lo probé de nuevo en el móvil.

El resultado fue el mismo de un rato antes.

Contestador de voz.

—Señor Miralles, no vaya al aeropuerto sin hablar conmigo. Podemos ir juntos si quiere. Sea como sea, yo estaré también allí.

No le dije que tenía «casi» buenas noticias.

Tampoco sabía hasta que punto eran del todo buenas.

Dos asesinatos...

Eran las doce y media.

En moto, como mucho, podía tardar media hora o tres cuartos hasta la Terminal 1. Llegaría con demasiada antelación.

Pero no tenía nada mejor que hacer.

Y probablemente Fernando Miralles ya estuviese frente a las puertas de salida de pasajeros, incapaz de quedarse en casa, aunque faltase una eternidad para salir de dudas y ver si Gloria aparecía sana y salva.

Me encasqueté el casco y tomé la Gran Vía para dirigirme a la autovía de Castelldefels.

El corte de tráfico, por una huelga de estudiantes, se produjo poco después de la plaza Cerdà.

El corte de tráfico acabó mal.

Yendo en moto, podía eludir los coches, tratar de salir del embotellamiento, abandonar el tronco central, bajo el nivel del suelo, y moverme por arriba. Pero los manifestantes se las sabían todas y no querían que nadie escapara de la encerrona.

Me cortaron el paso.

—¿Dónde vas, tía?

—Va, dejadme seguir, por favor. —Puse mi mejor carita de pena—. Mi novio llega de África. Llevo tres meses sin verle. Es de Médicos Sin Fronteras.

—Lo sentimos.

—No seáis así...

Bastaba con verles la cara.

Eran así.

Ni mi falda les emocionó.

Cuando llegué a la Terminal 1 del aeropuerto del Prat, eran las 14:15, es decir, que el vuelo de Avianca había aterrizado hacía como media hora. Primero lo constaté en la pantalla de información. Después busqué a Fernando Miralles.

Le vi apoyado en la barandilla, frente a las puertas, tal y como le había imaginado, con la mirada fija en ellas y la cabeza llena de plomo. Cuando llegué a su lado me miró igual que si viese a un fantasma.

—¿Qué haces... aquí? —balbuceó.

Se le notaba que no había dormido. Tenía los ojos enrojecidos, iba sin afeitarse, la misma ropa del día anterior.

Un guiñapo.

Pero el mismo amor, la misma ansiedad.

—Le he llamado por teléfono.

—Lo desconecté anoche. No quería hablar con nadie. Dios... —Pareció a punto de echarse a llorar, hundirse del todo—. Sé que la descubrirán. ¡Lo sé! ¡Si no la detuvieron allí antes de salir lo harán aquí! ¡La policía no es tonta! Y si no es así, ellos se la llevarán a alguna parte... —Miró en derredor suyo buscando a alguien con aspecto de traficante de drogas antes de volver a poner sus ojos en mí, de pronto llenos de rabia—. Yo... mataré a ese hombre. Te lo juro, Berta. Lo mataré.

—No será necesario —bajé la voz para que sólo me escuchara él.

—¿Qué? —Frunció el ceño sin comprenderme.

—No tendrá que matarlo porque ya está muerto.

Su mirada se extravió un poco más.

Su embotado cerebro no razonaba más que en torno a un punto.

—Venga. —Tiré de él—. Falta un buen rato para que ella salga.

—No...

—Venga y se lo cuento. —No le solté el brazo.

No fuimos demasiado lejos. Abandonamos la primera línea de los que se apoyaban en la barra metálica y retrocedimos apenas cuatro o cinco metros. Por las puertas no dejaban de salir hombres, mujeres, niños, cargados con maletas y sonrisas. A ambos lados de la barrera se producían los encuentros, los besos, las lágrimas. Los lugares con más besos y lágrimas por metro cuadrado de toda Barcelona.

—¿De qué está hablando? —me interrogó Fernando Miralles cuando nos detuvimos.

—Anoche un sicario mató al tal Luis Bernardo y a su secuaz. ¿Sabe lo que es un sicario?

—Sí, pero... ¿cómo que les mató?

—Entró en el bar y les descerrajó un tiro a cada uno en la frente.

—Entonces Gloria... —Empezó a abrir los ojos.

—Es libre.

—Pero ¡la cogerán igual! ¿Qué importa que él esté muerto? ¡La acusarán de ser una traficante!

Se lo dije entonces.

—Tranquilo. Ella no lleva nada encima.

—¿Cómo?

—Gloria no se ha tragado esas bolsas.

—Pero eso es... imposible. La mandaron para eso.

—La mandó don Luis Bernardo.

—Sí, claro.

—Muerto él... ¿para qué enviar la droga?

—¿Estás segura de eso? —Abrió los ojos un poco más.

—Gloria ya sabía que él estaba muerto. Desde mucho antes incluso. Lo sabía muy bien.

—¿Has hablado con ella?

—Señor Miralles. —Le cogí el rostro con las dos manos—. Su mujer pidió dinero. Vendió incluso su anillo de matrimonio. ¿No se ha preguntado por qué? ¿No le dice nada eso?

—¿Qué quieres... decir?

—Gloria pagó a ese sicario.

Noté cómo se le doblaban las rodillas. Seguí sujetándole el rostro y lo mantuve en pie. Sonreía para infundirle valor. Su cabeza trataba de armonizar todas las piezas, y le costaba a causa de los nervios, no haber dormido, la tensión, el miedo...

—Véalo así —hablé despacio para que cogiera el hilo—. Era pasar la droga, y arriesgarse a ir a la cárcel si la descubrían, o negarse y provocar que don Luis Bernardo le matara a usted. Parecía no haber más alternativa. Pero Gloria encontró una. Radical, sí, pero efectiva: mató al perro y con eso se acabó la rabia. —Dejé transcurrir unos segundos antes de proseguir—. He leído en alguna parte que los sicarios no son caros. Matan por unos miles. La vida a veces es muy barata. Debió de bastar un contacto, una llamada a España, un giro postal por la Western Union y listos. Adiós don Luis Bernardo, adiós problema.

—¿Gloria hizo eso? —No pudo creerlo.

—No lo vea como un asesinato. Ha actuado en defensa propia.

—¿Y cree que podrá vivir con ello?

—Sí, porque le tiene a usted —fui muy firme—. Podrá porque lo ha hecho por amor. No tenía otra opción. Todos nos defendemos cuando nos atacan, y más si nos acorralan y vemos la muerte de cerca. ¿Quiere que le diga algo?

—Claro.

—Puede que sea muy joven, pero soy una mujer. —Suspiré llena de confianza—. Conserve su pureza. No le diga que lo sabe. Finja, sonría cuando le mienta para justificar su ausencia, porque lo más probable es que le mienta, para protegerle más. Créala y olvídense de todo esto.

—¿Y cómo justifico que esté aquí esperándola?

—Dígale que contrató a un detective para que la buscara y que él descubrió que estaba en Medellín y regresaba hoy. Sólo eso. Al detective le habrá bastado con examinar las listas de pasajeros, tanto del día que se marchó, como del día de hoy. Y no olvide mencionarle que habló con su prima Consuelo. —Moví la cabeza de lado a lado con ternura—. Gloria le abrazará temblando, le besará, le pedirá perdón, le dirá que le ama... Luego se irán a casa y todo habrá terminado. Imagino que va a necesitarle, y mucho. No le haga más preguntas. Sólo quíerala.

Fernando Miralles me abrazó de pronto.

Tan fuerte que casi me ahogó.

Escuché su voz junto a mi oído.

—Son muy buenos, el señor Mir, tú... Pero sobre todo tú, Berta. Creo que... el cielo me guio hasta vosotros.

—Ahora ya puede ir a esperarla. —Me recompuse de su abrazo de oso.

—Gracias.

—Váyase.

—De verdad...

—¡Váyase!

Lo vi regresar junto a la barra.

Convertido en un hombre nuevo.

Un hombre lleno de esperanzas.

Pensé en quedarme, espiarles de lejos, ver su abrazo, la forma en que se reunían.

Romántica.

Y entonces por mi lado pasó un hombre.

Alto, con traje, elegante, gafas oscuras.

Un hombre parecido al del hospital, sólo que diferente, porque éste sonreía y abría los brazos para recibir en ellos a una mujer escultural que caminaba sobre unos delgadísimos tacones de aguja.

—Oh... no... —Desperté de golpe.

Oí la voz de Blanca en mi cabeza: «Después de las tres y media o las cuatro y hasta las seis o siete, que es cuando dan de cenar, es la mejor hora para las visitas. Todo está muy tranquilo, no hay médicos haciendo rondas y hasta las enfermeras se toman un respiro».

—¡Alfredo! —grité muy asustada antes de echar a correr como una loca.

Mientras mi moto engullía los kilómetros a la mayor de las velocidades, pensé en llamar por teléfono, dar la alarma.

Pero ¿a quién?

Por las mañanas los compañeros de Alfredo iban a verle. Todo estaba lleno de policías, de paisano y de uniforme. Luego se quedaba el guardia, junto a la puerta, solo.

Solo.

¿Quién reparaba en las personas que entraban y salían de un hospital?

¿Quién, por más que la descripción de un sospechoso encajase absurdamente con la de un visitante ocasional?

Alto, traje negro, cabello corto, gafas oscuras, ojos fríos...

Blanca lo había descrito como un asesino invisible.

Y no. Lo era todo menos invisible.

Implacable.

Tan sicario como el que había matado a los dos traficantes.

Le pedí a todos los dioses que no hubiera otra manifestación. Rogué a mi protector más divino que me evitara un accidente. Supliqué para que ningún coche me cerrara el paso o me mandara al arcén, la cuneta o un bordillo asesino. Confié en que ningún policía celoso del tráfico y las velocidades adecuadas me detuviera.

«Un asesino profesional.»

«Esperará paciente su nueva oportunidad.»

«Vigilará y controlará aguardando el momento.»

«Es un ritual. La primera bala duele, el herido se da cuenta de que va a morir, y esos segundos se hacen eternos. La segunda es la del corazón, la muerte. La tercera es la que remata a la víctima».

«Tanto odio.»

Y la voz de Blanca, la voz de Blanca, la voz de Blanca...

«Después de las tres y media o las cuatro y hasta las seis o siete, que es cuando dan de cenar, es la mejor hora para las visitas. Todo está muy tranquilo, no hay médicos haciendo rondas y hasta las enfermeras se toman un respiro.»

Me salté un semáforo, ya en la Gran Vía.

No podía mirar mi reloj. Estaba demasiado concentrada en la conducción. Pero calculé que serían las tres y media, quizás menos, quizás más.

«Mis padres están descansando. Si me dices que vienes, me darás una alegría, porque yo esta tarde tengo un par de cosas que hacer y así sé que estará acompañado. Sus colegas suelen venir por la mañana, el pasillo siempre está lleno.»

—Mierda, Alfredo... —Tuve ganas de llorar.

¿Cómo no me había dado cuenta al chocar con él en el ascensor?

¿Y ellos, los demás, estaban ciegos?

Un simple agente en la puerta...

Casi me caí justo al llegar al hospital. La moto se me encabritó al frenar en seco, se subió al bordillo y la sujeté *in extremis*. Tampoco me abrasé la pierna con el tubo de escape de milagro. No le puse la cadena. No guardé el casco. Cargué con él agarrándolo con una mano. Atravesé la puerta principal hecha una furia y alcancé los lentos, lentísimos ascensores.

Había mucha gente esperando. Demasiada.

Me lancé a las escaleras.

Al llegar al piso de Alfredo me detuve en seco.

Una voz me lo ordenó.

«Calma.»

Pasé por delante del cubículo de las enfermeras. Sólo había una y estaba concentrada en su trabajo. Continué caminando y vi al fondo la habitación de Alfredo, con el policía sentado junto a la puerta.

Me relajé.

Hasta que vi que el policía tenía la cabeza inclinada hacia adelante, como si durmiera.

Pero no dormía.

Las gotas de sangre del agujero de bala que tenía en la cabeza resbalaban por su cuerpo y empezaban a caer al suelo.

Me quedé muy fría.

Casi tan muerta como él.

Me acerqué lo más rápido que pude sin hacer ruido, flotando sobre el suelo, y me asomé al interior. El hombre de negro se acercaba a la cama donde Alfredo dormía. Llevaba el brazo derecho extendido a lo largo del cuerpo y la pistola con el silenciador colgando de su mano.

Yo sólo tenía mi casco.

¿Se lo echaba a la cabeza?

Comprendí que me mataría a mí igual que a él.

Toda la rabia, la ira, la desesperación que sentí en ese momento fue la que me hizo reaccionar.

Tomar el control.

Jamás imaginé que pudiera tener tanta sangre fría.

El policía muerto llevaba su pistola al cinto, en la cartuchera. Todo era cuestión de segundos. La abrí y extraje el arma. Por lo menos, una vez, dos o tres años antes, papá me había enseñado algo: que todas las pistolas tenían un seguro o habían de ser amartilladas para poder ser disparadas.

Le quité el seguro a la mía y ya no esperé más.

Ni siquiera conté hasta tres.

Entré en la habitación en el momento en que el hombre de negro levantaba su brazo derecho para apuntar a Alfredo.

¿Le gritaba?

No iba a detenerle con un grito. No iba a detenerle con nada que no fuera...

Disparé.

Casi a quemarropa, con la sangre fría de hacerlo en su hombro derecho más que en su espalda, para que así, con suerte, perdiera la sensibilidad o la fuerza de su brazo derecho.

Mi arma no llevaba silenciador, claro.

El estruendo tuvo que poner al hospital entero patas arriba.

Vi que Alfredo abría los ojos sobresaltado.

El hombre de negro se volvió, me miró con absoluta estupefacción, como diciendo: «¿Y quién coño eres tú?».

Mi balazo no le impidió levantar el brazo derecho.

Así que el segundo se lo disparé al pecho, a menos de dos metros de él.

Ese impacto si le hizo retroceder, caer hacia atrás, sobre la cama de Alfredo. Aun así no soltó su pistola. Intentó, una vez más, apuntarme y...

Alfredo fue más rápido.

Primero le sujetó el brazo. Después le arrebató el arma. Y cuando el asesino se debatió para escapar, le disparó él mismo.

Ésa fue la bala que le mató.

Mientras el pasillo se llenaba de voces y se oía el primer alarido ante el policía muerto en la puerta, el hombre de negro cayó al suelo y yo solté mi pistola, incapaz de seguir sujetándola.

También me hubiera caído, redonda, al límite de mis fuerzas, de no ser porque Alfredo, tras dejar su arma a un lado, se arrancó todas las agujas y tubos y, aún en su estado, saltó de la cama para abrazarme.

Oí su voz, muy dulce, junto a mi oído.

—Ya pasó, ya pasó... ¡Chst...! Ya pasó.

No sé por qué, lloré.

Nervios, supongo.

Alfredo siguió hablándome.

—Tranquila... Tranquila, Berta.

En el fondo él estaba peor que yo, débil, así que por poco no caemos los dos al suelo. Cuando un tropel de personas, enfermeras y enfermeros, nos envolvieron con sus batas blancas, supimos que si aquello no era el cielo, se le parecía.

Cerré los ojos y permanecí arropada por aquel abrazo.

—¡Avisen a Jefatura, por favor! —fue lo último que le oí decir a él.

Volver al hospital, menos de veinticuatro horas después, pero todavía con televisiones y medios informativos merodeando como lobos hambrientos, me produjo un cierto resquemor.

Ya había tenido bastante el día anterior.

Me puse gafas oscuras y traté de pasar lo más inadvertida posible. Pero al final colegí que atravesar aquella marea humana era como cruzar el mar Rojo a la brava y sin que nadie abriera las aguas, así que telefoneé a Blanca.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—Aquí abajo. ¿Hay alguna entrada lateral?

—Sí, voy a por ti. Rodea el hospital por la izquierda.

Hice lo que me decía y a los pocos metros la vi asomada a una puerta que parecía ser de emergencia. Llegué hasta ella y nos abrazamos como si hiciera una eternidad que no nos veíamos.

—¿Cómo estás?

—Bien —fui sincera.

—¿Acabaste muy tarde anoche?

—No, la verdad es que se portaron muy bien conmigo. Hice mi declaración y me dejaron marchar enseguida. Todos me agradecían haberle salvado la vida, aunque...

—¿Qué?

—Si hubiera llegado antes también habría evitado la muerte de ese agente.

—O el asesino te habría matado a ti.

Era una alternativa.

Y más que real.

—Dios... —exhalé.

—Ya está, tranquila.

—No me lo quito de la cabeza.

—Ayer no me dijiste cómo te diste cuenta.

¿Cómo me di cuenta?

El hombre de negro, el azar, mi instinto...

¿O todo había comenzado con el sicario de Gloria Restrepo?

Por lo visto los asesinos a sueldo abundaban.

—Suerte —dije.

—La suerte no existe, y lo sabes.

—Entonces el destino.

—Cuesta imaginar que ese tipo se moviera por aquí, como si nada, esperando su oportunidad, cuando toda la policía le estaba buscando —reflexionó Blanca.

—Vigilaban a Alfredo, pero sólo por precaución. Era lo que hacía ese pobre policía de la puerta.

—Sí. Dudo que imaginaran un nuevo ataque tan rápido.

Caminábamos por el hospital, rumbo a la habitación de su hermano, pero lo hacíamos sin prisas, como si diéramos un paseo. La diferencia de edad entre Blanca y yo era mucha, pero ya éramos amigas más allá de que le hubiera salvado la vida a él.

—Tengo buenas noticias —me dijo.

—¿Alfredo?

—No, él sigue recuperándose. Me refiero al que quería matarle, el que estaba detrás de todo.

—¿Lo han cogido?

—Sí. —Suspiró—. Le siguieron el rastro al hombre de negro. Fue fácil. En apenas tres horas ya caían encima del que le contrató. Se llama Ezequiel Martínez Castro, un pequeño capo mafioso que empezaba a crecer en España. Alfredo estaba a un milímetro de detenerle por un sinfín de cargos. El muy cabrón quiso impedirlo por la brava.

—¿Así que ya no hay más riesgos?

—No.

Yo también suspiré.

La vida volvía a ponerse en orden.

Todo en su sitio.

Aunque por mi parte llevase ya varios días ordenando la mía.

Llegamos al pasillo. Era un hervidero de policías, más que nunca. También vi a los padres de Alfredo. Los dos corrieron hacia mí y nos fundimos en un emocionado abrazo que casi me hizo llorar de nuevo. Los policías me miraban con respeto.

Con mucho respeto.

—Entra —me dijo Blanca—. Ha preguntado por ti varias veces.

—Gracias. ¿Vienes?

—No. —Mostró una sonrisa cómplice—. Quedaos a solas.

Crucé aquella puerta. No era la misma habitación del día anterior. Lo habían cambiado incluso de planta. Por detrás escuché el chasquido del cierre cuando Blanca nos aisló del resto del mundo.

Alfredo tenía los ojos abiertos, fijos en mí.

Más que su propia sonrisa, fueron ellos los que me emocionaron.

Tan llenos de vida.

Llegué hasta él y no supe qué hacer.

Mi amigo me cogió la mano. Sentí su caricia.

—Ahora resulta que te debo la vida —dijo sin ocultar su sarcasmo.

—Ya ves. —Le mostré el mío.

Transcurrieron unos segundos, no más de cinco o seis.

—Gracias —suspiró Alfredo.

—*Quid pro quo*.

—¿Cómo supiste que estaba en peligro? Dicen que llegaste corriendo.

—Vi a ese hombre dos veces, merodeando. Lo que no entiendo es cómo nadie más se dio cuenta cuando todos sabían que te había disparado un tipo alto, vestido de negro...

—Eres una buena detective —asintió.

—No, también me ayudó tu hermana. Dijo que a esa hora no había casi nadie y... Bueno, lo asocié todo. Una campanita de alarma repiqueteando en mi cabeza. Llámalo instinto.

Pensé en el sicario de Gloria Restrepo, pero eso ya no se lo dije.

—Sí, serás una detective cojonuda —repitió.

—Ya lo soy —me jacté—. Pero nos fue de un pelo. Si hubiera llegado un segundo tarde estarías muerto.

—Míralo de esta forma: si hubieras llegado un minuto antes estarías muerta, lo mismo que ese policía y yo.

Me senté a su lado en la cama y él me soltó la mano.

Las miradas también acarician.

—Berta, quiero que sepas algo, y es importante. Puede que ahora no lo valores pero... con el tiempo lo harás.

—¿Qué es?

—Tú no le mataste.

—¿Qué quieres decir?

—Era un asesino, sí, pero tú no le mataste, lo hice yo.

—¿Y mis dos disparos?

—Uno en el hombro, el otro en el pecho, pero sin afectar a órganos vitales. Sólo con eso, habría salido bien del incidente. La bala que le mató fue la mía, y yo soy inspector de policía, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Nunca vivas con pesos en la conciencia.

—Lo intentaré.

—Buena chica. —Lanzó una bocanada de aire—. Hay algo más.

—¿Más?

—Oí tu disco.

—¿Aquí?

—En un reproductor portátil.

—Vaya por Dios.

—Me gustó.

—¿De verdad?

—Un día diré: «Yo la conocí».

—Así que un día dirás que me conociste.

—Fardaré.

—Y lo dirás así ¿en pasado?

—Sí.

—¿O sea que no nos veremos más en cuanto yo me haga famosa?

Se echó a reír.

Y por primera vez, dijo:

—Me recuerdas tanto a una persona...

No supe qué decir. Blanca me había confiado un secreto. Alfredo no lo sabía.

Alfredo estaba tan distinto...

Mi móvil sonó en ese momento. Me sobresalté tanto que estuve a punto de caerme de la cama o hacer que se me deslizara por entre los dedos al cogerlo.

Todavía no sé si fue una llamada oportuna o inoportuna.

—¿Sí?

—¿Agencia de detectives Mir?

Un trabajo.

Un cliente.

La maldita vida, que seguía.

—¿Puedo telefonarle en cinco minutos, señor?

—¡Oh, sí, por supuesto! ¿Le ha quedado el número registrado?

—Sí.

—Espero su llamada.

—Gracias.

Colgué y lo guardé.

Se entreabrió la puerta de la habitación y apareció la cabeza de una enfermera. Me miró sin decir ni una palabra.

Suficiente.

Era como un «¡Eh, tú! ¿Qué estás haciendo aquí? Déjale descansar».

—He de irme. —Me puse en pie.

—Bien —lo aceptó él.

—Pero volveré.

Sonó a amenaza. Y lo era.

—Aquí estaré.

Fui yo la que se acercó, se inclinó y le di un beso en la mejilla.

Al separarme vi sus ojos.

Sí, Alfredo estaba muy distinto.

Regresaba de un lugar muy lejano, a las puertas de la muerte.

—Chao.

—Pórtate bien —dijo en plan paternal.

—¿Las chicas buenas van al cielo y las malas a todas partes? —bromeé

Se echó a reír. Justo hasta el límite en que empezó a dolerle.

Lo último que hice desde la puerta fue levantar mi mano y despedirme.

En el pasillo me esperaba Blanca.

No salí a la calle por la puerta principal. Seguía siendo la heroína del momento. Preferí el anonimato de aquella puerta escondida. Me puse mis gafas oscuras y me dispuse a regresar a la moto.

La musiquita de entrada de un WhatsApp me alertó.

Me detuve bajo un árbol y comprobé el mensaje.

Era una foto de Fernando Miralles y Gloria Restrepo, sonrientes.

El texto, muy simple: «Gracias».

Medellín, marzo 2013

Vallirana, julio 2013

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
EL CASO DEL ASESINO INVISIBLE	4
1	5
2	10
3	14
4	20
5	26
6	30
7	35
8	40
9	45
10	49
11	53
12	57
13	62
14	66
15	71
16	75
17	80
18	85
19	89
20	93
21	99
22	104
23	106
24	110
25	116
26	121
27	125
28	129
29	133
30	138

31	143
32	146
33	150
34	152
35	155
36	159
37	162